

Juan Esteban Peláez

◆.....◆
**LITERATURA
TENEBROSA**
◆.....◆

Contenido

AL LECTOR.....	3
ADIÓS MAMÁ.....	4
EL BARCO NEGRERO.....	7
EL PACTO CON BAAL.....	11
INFINITO.....	16
HAMBRE.....	17
EL MAGO DE UR.....	19
LOS DUENDES.....	28
CRÓNICAS DE UN SINIESTRO SECUESTRO.....	30
LA DAMA DE LAS RATAS.....	42
EL LADRÓN.....	45
LA SEPULTURA.....	47
MONSTRUO.....	50
EIDHARD.....	54
LA TABLILLA MALDITA.....	58
UN CUERPO EN LA SELVA.....	61
UN DUELO DE VENENO.....	68
VOCES DE LA ABUELA.....	70
CADA MINUTO A SU LADO.....	72

AL LECTOR

Este libro es una recopilación de historias de suspenso y terror, que lleva al lector por un camino tenebroso hasta finales inesperados. Buscando rescatar los estilos de Poe, Bierce y Maupassant, estas historias son cortas pero impactantes, fáciles de leer, pero sin subestimar al lector. Es recomendable leer sólo una al día.

ADIÓS MAMÁ

Fue un miércoles cuando mi madre murió. Su partida indudablemente aceleró mi enfermedad, lo que me paralizó casi completamente sólo meses después de su partida. Mi padre, después de su muerte, decidió sumergir su pena en el trabajo, yendo y viniendo a los graneros familiares. Casi no pasaba tiempo en casa, por lo que contrató una cuidadora para mí; una mujer terrible. Pero antes quiero que conozcan sobre mi amada madre y mi vida antes de su muerte.

Nací con una enfermedad degenerativa que va atrofiando los músculos, pero gracias a los cuidados y al amor de mi madre logré retrasar los terribles efectos de la enfermedad casi treinta años. De niño me apoyaba en muletas, por lo que no podía jugar con mis compañeros de colegio. Mi madre lloraba al verme triste, y yo lloraba al verla; no porque yo no pudiera correr o saltar, sino porque ver a mi madre triste era doloroso para mí. Pero entonces era ella quien jugaba conmigo. No importaba todas sus tareas, todas sus ocupaciones, todos sus problemas; ella siempre estaba para mí. Fue ella quien hizo mi difícil vida más llevadera.

Antes de los treinta años la enfermedad me dio un nuevo golpe, y me postró a una silla de ruedas. Y mi madre, siempre amorosa, fue quien me llevó y me trajo a todos lados, incluso si eran calles pendientes. No sé de dónde sacaba fuerzas para empujarme en la silla de ruedas, con su cuerpo frágil y delgado. Y nunca se quejó de haberme tenido, ni de haberme cuidado.

Por eso, cuando ella empezó a enfermar, mi vida empezó a menguar. En un acto de amor intenté más de una vez atenderla, cocinar o limpiar; pero por mi estado nunca lo logré. ¡Qué angustia e impotencia la que sentí! Pensé que a este mundo sólo vine a estorbar, a complicarle la vida a esa bella mujer. ¿Por qué Dios me había lanzado enfermo a este mundo?! Durante su enfermedad no pude hacer más que estar a su lado, tartamudeando algunas palabras (ya la enfermedad también me había afectado el habla), e intentando mecerle el pelo con mis manos temblorosas; pero ni para eso era bueno. Por el contrario, ella, enferma como estaba, se preocupaba para que yo comiera bien y estuviera bien peinado. Entonces yo intentaba aguantar las lágrimas, pero no podía, pues estaba enfermo, pero no era estúpido. Y mi madre entonces me pedía que no me sintiera triste y me secaba las lágrimas con sus débiles dedos.

Ese último miércoles logré tomar la mano de mi madre por varios minutos, sin temblar, y allí me quedé hasta que mi padre y una enfermera me pidieron que me despidiera. Entonces dije con esfuerzo y con voz quebrada: -¡Adiós mamá!

Ella, con una pantalla de lágrimas en los ojos, asintió y dijo: -No te preocupes, que nos veremos pronto. Te amo.

Entonces la enfermera, claramente conmovida por la situación, me sacó de la habitación y habló conmigo por varias horas, explicándome sobre la muerte, el cielo y el infierno. Yo entendía bien la situación. Mi enfermedad era muscular, no cerebral. El que a duras penas pudiera articular vocales no implicaba que mi cognición fuera mala. Hablaba como si

tuviera algún problema mental, pero no era así. Yo sabía que mamá estaba enferma y que pronto moriría. Y la verdad tenía un temor terrible sobre mi situación. Mi padre casi no permanecía en la casa, y mis hermanos no vivían en la casa. Nadie me atendería, y si alguien lo hacía no lo haría con el amor de mi madre. Esa noche mi mamá finalmente fue vencida por la enfermedad, y mi suplicio se intensificó.

Como lo mencioné anteriormente, mi enfermedad se agravó, a tal punto de no poder hablar ni poder levantar los brazos. Por lo que mi cuidadora tenía la tarea de alimentarme y limpiarme; pero en verdad la terrible mujer me dejaba mucho tiempo sin comer (incluso podía pasar dos días); lo que me hizo adelgazar mucho. Yo no podía quejarme, y mi padre le atribuyó mi deterioro a la enfermedad y a la depresión.

Así pasó un eterno año. Yo hedía a heces y orina, y mi estómago estaba adolorido por el hambre. Mis días más felices eran cuando mi padre o alguno de mis hermanos venía a visitarme; pues la cuidadora se apresuraba a asearme y a darme de comer. Ellos hablaban conmigo tan sólo unos minutos, pero para mí eran los minutos más felices. Y durante esos minutos ellos hablaban de mi madre. Yo quería hablar con ellos, no sólo de los malos tratos de la cuidadora, sino de cuánto extrañaba a mamá y cuánto la amaba. A menudo, durante esos minutos, lágrimas salían de mis ojos. Creo que eso los incomodaba; pero igual me abrazaban para reconfortarme.

Y en ocasiones mi padre me mostraba algunas fotos del álbum familiar, donde él y mi madre se veían radiantes y jóvenes. Mi madre antes de tenerme tenía el cabello rubio y largo, y era muy bella. Cuando yo nací ella cambió su físico, y pareció más abnegada. Durante ese año mi padre también envejeció: sus cabellos se volvieron canas y sus hombros se encorvaron, como quien carga un peso invisible. Incluso su voz se volvió profunda y melancólica. Además, a diferencia de mi madre, él no tenía la paciencia para cuidarme, y a menudo renegaba de mí.

Finalmente llegó ese terrible septiembre, donde la cuidadora decidió irse mientras mi padre viajaba. No le avisó a nadie, simplemente se fue, dejándome solo en la casa. Prácticamente fue mi sentencia de muerte. Entonces los minutos se volvieron horas. Veía todo a mi alrededor, inmóvil y silencioso, mientras el hambre empezaba a golpearme. Desde el día anterior no había comido nada, y si mi padre o algún familiar no llegaba pronto entonces el hambre y la sed me matarían.

Y durante todo ese tiempo estuve recordando a mamá, ese ángel que me dio la vida y me dio una mediana calidad de vida. Era obvio que si mamá faltaba yo no duraría mucho, y veía cada vez más cercano mi encuentro con ella. Quería encontrarme con ella de nuevo, sentir sus abrazos, sus caricias, el sabor de su comida, cómo me arreglaba el cuello de la camisa y cómo jugaba conmigo mientras andaba en muletas. Sí, quería morir y verla de nuevo. Ya no quedaba más en este mundo para mí. Ella era mi mundo y ya no estaba. ¿Qué podía esperar un pobre paralítico que sólo gagueaba?

Mientras ya me empezaba a sentir mareado, inconsciente del tiempo en el que había estado solo, entró mi padre y una hermosa rubia corriendo. Sabía que había visto a esa mujer en algún sitio, pero no recordaba dónde. Mi padre entró pálido, asustado por mi estado y gritando improperios hacia la cuidadora, diciendo que la iba a demandar y que la iba a

meter a la cárcel. Pero noté entonces que mi padre parecía más joven, incluso sus canas parecían haber desaparecido.

Entonces la bella rubia se acercó a atenderme. Me acarició el rostro y me meció el cabello. No hizo mueca alguna de asco al inclinarse, aunque yo sabía que apestaba por la falta de baño. Y me dijo palabras dulces. En ese momento vi a mi mamá detrás de la rubia, con su delantal azul y con una sonrisa y una mirada tierna. Yo me animé, pues pensé que por fin podría verla y abrazarla de nuevo.

Pero en ese momento pasó algo increíble: yo intenté hablar con mamá, y despedirme de ella, pero ella supo lo que intentaba y señaló a la rubia.

Al mismo tiempo que mi padre decía: -Dana, no te agaches que estás embarazada.

¡Dana! El nombre de mi madre. ¡Claro, era ella! La había visto en el álbum de fotos; mi padre me la había mostrado meses atrás. ¡Esa rubia era mi madre y estaba embarazada de mí! Cuando entendí esto mi madre, aún detrás de la joven, sonrió. Entonces me sentí muy feliz, porque volvería estar otra vida con mi mamá. ¡Otra vida con ella! Así que miré a la rubia, a la joven Dana y le sonreí tembloroso.

Ella, desesperada por mi estado, pidió a mi padre llamar a los paramédicos. Primero me dijo que todo estaría bien, pero al ver mi grave estado, dijo como para calmar su dolor y su angustia: -A mi hijo le pondré tu nombre, lo juro. Y así estaremos juntos toda la vida.

Mi madre me dijo una vez, cuando era niño, que éramos los hijos quienes elegíamos a los padres antes de nacer, y tenía razón. Así que, ya elegida mi madre de nuevo, y mientras yo lloraba de la alegría al saber que reencarnaría y viviría de nuevo con ella, balbuceé a Dana con todas mis fuerzas y lo más claro que pude: -¡Adiós mamá!

EL BARCO NEGRERO

Este escrito describe la travesía del «A Menina», una de las historias más horribles relacionadas a un barco negrero. Inicia en Dakar, Senegal, en marzo de 1767, época dorada del tráfico de esclavos. Dakar era uno de los mayores comercios de trata de personas, vendiendo a cada tripulación entre 100 y 250 esclavos por contrato. Estos desdichados eran capturados por crueles esclavistas en varios países, incluso tan lejanos como el Congo y Sudán. Uno de estos esclavos capturados fue Aka, guerrero nómada del centro de África. Aka y su tribu habían sido vencidos por una tribu extranjera, y por lo mismo ahora iba encadenado y a pie, bajo el terrible sol, hacia Dakar. Ya su madre, su padre y dos de sus hermanos habían perecido durante esta caminata de muerte; sólo su hermana Abeba y su hermano menor Taleh, seguían con vida.

Después de varios meses de caminar encadenados y comer sólo arroz y pan, los esclavos llegaron al puerto y fueron vendidos por un hombre llamado Essoh a una tripulación relativamente novata, proveniente de Portugal y al mando de José Almeida Cruz, un inexperimentado capitán de un barco negrero. Almeida Cruz había logrado un contrato con un terrateniente de Brasil para la compra y venta de ciento treinta esclavos, pero el capitán había incluso logrado conseguir ciento cuarenta y dos, doce más de lo acordado. Había contratado a algunos marineros jóvenes y ansiosos de aprender el oficio. Ahora veía su sueño hecho realidad, pues montaba al barco filas de hombres negros, casi todos sanos y evidentemente fuertes, y mujeres robustas y resistentes. Para Almeida Cruz, estas personas eran símbolo de riqueza, aunque fueran tratados como ganado.

El 16 de marzo el A Menina zarpó de Dakar cargado con alimentos y esclavos. Aka había estado encadenado por meses, pero ahora las cadenas le parecían más férreas, y la situación había empeorado. Lo habían separado de su hermana, y su hermano estaba en la misma cubierta, pero invisible para él entre tantas personas. Aka sintió entonces el horrible calor de la cubierta del barco apenas lo encadenaron, acostado bocarriba y a menos de un metro de otros dos hombres. Era un bochorno que casi ahogaba, poniéndolo a sudar más que el sol de mediodía. Los marineros los encadenaron a todos, uno al lado del otro, y cerraron el compartimiento enrejado. Aka sólo veía la reja que casi le rosaba la nariz, mientras sentía el calor y el olor a sudor de sus compañeros cercanos.

-Dicen que los blancos comen gente. Probablemente nos coman apenas salgamos del barco -dijo uno de los compañeros de Aka.

Aka entonces temió por su vida, pero muy en el fondo quería morir. Estaba encadenado después de que las praderas subsaharianas eran su límite, y ahora compartía con desconocidos cuando antes sólo conocía a las personas de su tribu. Sin embargo, se sintió a gusto al escuchar su idioma, pues casi todos los esclavos hablaban idiomas diferentes por provenir de diferentes países.

-¿Cuál es su nombre? -preguntó Aka.

Y el hombre acostado a su lado, evidentemente contento por tener con quien hablar, respondió: -Soy Bakary, Bakary Okeke, y soy escriba.

Ambos hombres hablaron y se dieron cuenta que eran de tribus diferentes, incluso pudieron ser enemigos; pero allí formaron una gran amistad, pues tenían un enemigo en común: los hombres blancos.

Así transcurrieron tres horribles días. Los esclavos, al estar encadenados, hacían acostados sus necesidades, untando a sus compañeros más cercanos. El hedor se levantó como un vapor espeso y húmedo, y empezó a impregnar toda la asfixiante cubierta, lo que hacía que los marineros evitaran bajar con frecuencia para revisar a los esclavos. Durante esos tres días siete personas murieron a causa de enfermedades o por el calor. Uno de esos siete muertos fue un hombre que permanecía al lado de Taleh, el hermano de Aka. Taleh había sentido el olor a putrefacción un día antes. Llamó al hombre, e incluso intentó sacudirlo con las cadenas que los ataban; entonces se dio cuenta que estaba desgonzado y con los ojos blancos. Taleh gritó a la tripulación por varias horas, pero sólo después de treinta horas la tripulación bajó y removió el cadáver, ya pálido y rígido. Los siete cuerpos fueron lanzados al mar.

Ya al cuarto día pasaron cerca de Cabo Verde. Allí hicieron una parada y aprovecharon para lavar la cubierta con agua de mar. Sacaron a todos los esclavos y los bañaron, siempre encadenados. Además, los obligaron a comer pan y frijoles. A los esclavos que se negaban a comer los obligaban a tragar con horribles artefactos que les abrían la boca casi hasta fracturarles las mandíbulas. Aquellos negreros eran terriblemente crueles; pero sabían que un esclavo muerto era menos ganancia.

Salieron de Cabo Verde el 22 de marzo, cargados con varios cereales y botellas de ron, además de algunas ratas que se colaron en la carga. Estas ratas se volvieron en verdad un problema, pues por la noche algunas roían los dedos de los pies de los esclavos. Esos animales mutilaron a dos negros antes que la tripulación lograra cazarlas.

Así pasaron dos semanas más, aumentando el suplicio de Aka y sus compañeros. Pero los esclavos ignoraban que ese viaje podía durar incluso ocho semanas (dependiendo del clima). Nueve esclavos más ya habían muerto, casi todos por disentería o malaria; pero Aka seguía con vida, y fue él quien se dio cuenta del error de uno de sus custodios el 3 de junio. Ese día los marineros, novatos y confiados, decidieron tomarse una licencia, y, acompañados de Almeida Cruz, se emborracharon con ron hasta altas horas de la noche. Ese día habían limpiado un poco las rejas de la cubierta, pero un marinero llamado Flavio Da Silva había dejado un candado sin asegurar. Ese candado estaba casi sobre la cabeza de Aka. Aka vio esto y pensó que podía alcanzar el candado con su mano si coordinaba el movimiento con Bakary. El esclavo le contó a su compañero, y este último, viendo un posible escape a su suplicio, aceptó. Bakary tenía como plan escapar y lanzarse al mar y morir, o que los marineros lo mataran. Pero los planes de Aka eran más oscuros.

Entonces ambos subieron las manos atadas con grilletes, y Aka, que tenía la mano más delgada, logró alcanzar con sus largos dedos el candado. Estuvo intentando sacarlo del cerrojo por varias horas, pero era más pesado de lo que pensaba y con sólo sus dedos le era difícil manipularlo. Sabía que esa era una oportunidad de oro, por lo cual no podía esperar hasta el amanecer, donde probablemente volvería a bajar algún tripulante. Pero la empresa

fue en vano por mucho tiempo. Aka, cansado y sudoroso, intentaba una y otra vez soltar el candado, hasta que después de un gran esfuerzo logró sacarlo. Lo había logrado.

Aka y Bakary intentaron subir la reja con sus manos y sus piernas, pero era muy pesada. Sin embargo, varios esclavos se dieron cuenta que la reja sobre ellos estaba suelta, y, aunque hablaban diferentes idiomas, todos entendieron que era una oportunidad. Así que empezaron a coordinar fuerzas, aprovechando la borrachera y la algarabía de los marineros allá arriba. Hasta que, en un golpe de fuerza bruta, algunos esclavos, los más fuertes, lograron sentarse y poner sus espaldas contra la reja. Después otros más, y después más, hasta que lograron subir la reja lo suficiente para empezar a salir de las prisiones. Ya afuera se dieron cuenta que habían abierto sólo una de las siete celdas de la cubierta; pero no eran pocos, pues eran casi cuarenta esclavos que ahora podían moverse.

Aunque todos estaban encadenados, muchos se dieron cuenta que las cadenas los unían de cinco en cinco. Esto les permitía maniobrar, incluso pelear. Así que esperaron a que algún marinero bajara para emboscarlo. Y así fue. Después de dos días, un marinero llamado Adão Duarte bajó para dar su ronda. Tenía una fuerte resaca por el ron, pero se disipó por completo al abrir la puerta y sentir varias manos enormes y fuertes en sus brazos y en su cuello. Uno de los esclavos le golpeó los testículos y lo hizo hincar de inmediato. Otro tomó su pistola y un tercero lo golpeó en la cabeza con un palo hasta romperle el cráneo. Adão Duarte nunca tuvo oportunidad de defenderse ni de gritar.

Entonces los cuarenta esclavos salieron de la cubierta, vociferando y armados con palos. Los marineros, algunos todavía ebrios, no esperaban el ataque, y fueron tomados por sorpresa. Los hombres negros, aunque atados entre sí, lograron irse palo en mano contra los tripulantes. Muchos ni siquiera tenían sus armas al alcance, lo que demostró su clara y costosa inexperiencia. En tan sólo una hora se llevó a cabo una masacre.

La crueldad de los esclavos hacia sus captores puede ser justificada por años de sufrimiento, y, aun así, los actos en el A Menina son aterradores. Casi todos los marineros fueron molidos a golpes, reventándoles los ojos y fracturándoles las mandíbulas, hundiéndoles la cara y desnucándolos contra el castillo de popa. Hubo algunos marineros que prefirieron lanzarse al mar, muriendo ahogados o devorados por tiburones. Pero el suplicio de otros fue más extendido. Una de las historias más terribles fue la de un marinero de facciones femeninas, llamado Emilio, que fue violado sistemáticamente por varios esclavos, incluido Bakary. Emilio murió desgarrado dos días después. A Flavio Da Silva, el marinero que no aseguró el candado, lo desollaron vivo, iniciando en sus muslos y terminando en su espalda. Finalmente, a Almeida Cruz lo descuartizaron y colgaron sus partes al bauprés y a la cofa del mástil, mostrando así el éxito del amotinamiento. De los cuarenta esclavos murieron catorce, presas de puñales o balas.

Al día siguiente, ya con los ánimos un poco calmados, los veintiséis esclavos sobrevivientes pensaron con más detalle el paso a seguir. Uno de los tripulantes había entregado bajo tortura las llaves de los grilletes, por lo cual pudieron liberarse y así lanzar por la borda a sus catorce compañeros fallecidos. Todos, por unanimidad, declararon a Aka como el líder del barco. Aka, envalentonado, lo primero que ordenó fue liberar al resto, pues deseaba ver a sus hermanos. Pero su liderazgo empezó con el pie izquierdo, pues se

dio cuenta que su hermana Abeba y su hermano Taleh habían perecido días atrás, ambos de disentería. Entonces Aka lloró desconsolado, ya con la adrenalina baja, y pidió ayuda para lanzarlos al mar. Los cuerpos de ambos llevaban varios días bajo cubierta, y estaban podridos. Pero no eran los únicos, pues casi cincuenta esclavos yacían muertos en las celdas. Así que Aka y el resto decidieron deshacerse de los cuerpos.

Pero mientras hacían esto, los esclavos acabados de liberar se lanzaron a los almacenes para atiborrarse de comida. Muchos hablaban idiomas diferentes, por lo que no hacían caso a Aka y a sus hombres. Entonces empezaron a nacer peleas por la comida entre varios grupos. Todos empezaron a fraccionarse, agrupándose por los idiomas. Sólo en cuatro días se agotaron las provisiones, lo que dejaba a los amotinados en una situación precaria.

Aka, cansado y sin saber qué hacer, dejó que cada grupo hiciera lo que quisiera. Él sólo quería volver a casa, pero no había ningún navegante en el barco, por lo que iban ciegos y a la deriva. Intentaban ubicarse con las estrellas, pero no sabían utilizar un astrolabio. De hecho, la gran mayoría de los que estaban allí nunca habían visto el mar antes.

Para el 10 de junio, de los ciento cuarenta y dos esclavos que embarcaron el A Menina, sólo quedaban cincuenta y cuatro. Casi todos los esclavos habían muerto de hambre, inanición, escorbuto, malaria o disentería; y ninguno de los marineros había sobrevivido a la matanza. Ya no había provisiones y las diferentes lenguas hacían casi imposible un consenso, sin mencionar que estaban perdidos en altamar. Todo esto llevó al terrible último capítulo del viaje del A Menina. Aka y Bakary, llevados por el hambre y la desesperación, lograron convencer a los hombres más rudos de empezar a deshacerse de los más débiles. Así que, entre empujones y golpes, lograron encerrar a casi veinte personas en la cubierta, volviéndolas de nuevo prisioneras. A otras diez las asesinaron, y, desesperados, las devoraron. Este canibalismo les permitió subsistir un mes más. Cada vez que tenían hambre o sed simplemente iban a la cubierta y mataban. Empezaron con los foráneos (los que provenían del sur o del oriente de África), pero después continuaron con sus propios compatriotas. El casco del barco empezó a pintarse de sangre, y los festines semejabán una imagen horrible y subhumana, donde las personas eran impulsadas a los peores actos. Pero el barco seguía a la deriva, y la carne se podría rápidamente bajo la luz del sol y la suciedad del casco. Además, la cantidad de sangre que caía al mar atraía a los tiburones, que perseguían el barco con paciencia. Ya no había esperanza.

El A Menina fue encontrado tres siglos después en una expedición privada. La cantidad de huesos bajo cubierta y los escritos simbólicos de Bakary Okeke dieron luz a la historia. Bakary dejó de escribir aproximadamente el 14 de julio de 1767 (aunque los escritos no tienen fecha, por lo que se cruzaron con las bitácoras del capitán Almeida Cruz). Bakary escribió que Aka, su líder, fue uno de los últimos en morir, y que, llevado por la deshidratación y el hambre, se lanzó a los tiburones que seguían de cerca el barco. Bakary también indicó que sólo cuatro hombres, incluido él, quedaban con vida antes de dejar de escribir. Era como si la muerte se hubiera ensañado con el barco. Y, como si fuera la cereza del pastel de la tragedia, la expedición encontró el barco hundido a tan sólo 250 millas náuticas de Cabo Verde. Por lo que la tripulación estaba a tan sólo 10 o 12 días de llegar a la costa. «Tan cerca y tan lejos».

EL PACTO CON BAAL

Llegamos con mi esposa semanas atrás al pequeño pueblo de la costa. La inclemente hambruna nos hizo escapar de la parcela que mis abuelos nos habían heredado. Hace dos días logramos acomodarnos en la humilde pesebrera de mi primo, esperando que la situación sea temporal. Aquí también ha caído la hambruna como una ola sobre la playa; pero al menos todavía hay trigo suficiente. Hemos comido pan y bebido cerveza estos días, lo que nos ha permitido tener más energía y ayudar con algunos quehaceres que nos implican un pago.

Hemos bajado mucho de peso. Incluso ya veo mis costillas sobresalir del pecho. Me levanto y me acuesto pensando en comida, en una buena carne con papas y un buen vino. El solo imaginarme esto me hace babear. Pero la vida es cruel: mi estómago se encoge salvaje y ruge todo el día, y mi humor es en extremo irritable. Esto ha hecho que riña de forma constante con Mariella, mi devota esposa. Pero acá en el pueblo tenemos más posibilidades de sobrevivir que en el campo, donde ya no crece nada a causa de ese maldito cielo plomizo y gris que no deja pasar la luz del sol y que devasta con voracidad todas las plantaciones.

Ahora bien, durante la estadía en el pueblo escuché varias veces el bramar de un buey, allá, a lo lejos. Puede sonar normal, pero el bramido siempre se escucha a las tres de la mañana, la mala hora, y no es común: parece un bramido que se funde con palabras incomprensibles y horribles, y suena muy fuerte, más fuerte que las campanas de la iglesia. Además, suena poderoso, pero se siente lejano, como si fuera de otro mundo.

—Dicen que es Baal. Nunca te acerques a la costa cuando escuches ese bramido —me dijo mi primo, pálido por los nervios.

—El sacerdote nos advirtió sobre él —convidó su esposa—. Dicen que ese demonio tienta a las personas buenas para después robarles el alma.

—Muchos que han ido a verlo no han vuelto —añadió mi primo—. No sé si el demonio se los lleva o si solo mueren de hambre, pero sé de un vecino que fue a verlo y ya lleva varios meses desaparecido. Su esposa, ahora sumergida en la locura, sale todas las noches a buscarlo; pero no encuentra pistas de él. Ella enfermó de fiebre hace poco; probablemente no pase el invierno.

Pero mientras ellos me advertían, yo solo podía pensar en el hambre y en las penurias de mi esposa. ¿Podría ese maligno ser sacarme de tan precaria situación? Quizás podría darme un poco de oro para pagar una habitación, o comida para saciar este hondo suplicio. Me sentía tan desesperado que estaba dispuesto a arriesgarme. Entonces miré el cansado rostro de mi esposa, y lo decidí.

Esa noche no escuché el fantasmagórico bramido, ni la noche siguiente, pero a la tercera sí lo percibí, maligno y distorsionado entre palabras de algún idioma prohibido. Así que, rápido y en silencio, salí corriendo hacia la playa, a solo minutos del pueblo. La oscuridad era intraspasable, casi líquida, por lo que tuve que prender una antorcha. Corrí bajo el frío viento por varios minutos, guiándome solo por el berrido que sonaba de vez en cuando. Nada era visible.

Entonces, entre la oscuridad, pude escuchar el oleaje del mar. Aunque todo estaba muy oscuro, pude diferenciar el agua del cielo. Algunas estrellas flameaban frías allá arriba. Volví a escuchar el bramido, así que corrí hacia la costa y escuché, inequívoco, un cencerro. Allí finalmente lo vi: era un hombre encapuchado, muy alto y delgado, que traía de las riendas un buey enorme con cuernos largos. Ambos eran más oscuros que la noche misma, y se recortaban como siluetas malignas y solitarias entre la playa y el mar.

Dudé en acercarme. Temblaba, pues sabía que frente a mí estaba un demonio antediluviano. Pero el hambre y la desesperación me impulsaron, así que me acerqué. El encapuchado me vio y se detuvo, esperándome en medio de la noche sin luna.

—¿Señor Baal? —pregunté tiritando de frío y de terror. Una pantalla de sudor me cubría toda la frente, mientras respiraba profundo para no desmayarme.

Entonces vi el buey y quedé aterrorizado: aunque era claro que era un buey musculoso y bien alimentado, tenía la cara de un hombre, notablemente atormentado. Casi solté la antorcha del miedo, pero logré asirla. El buey con cara de humano me miró con esos ojos hinchados e inyectados de sangre, y bramó; pero seguido del bramido me dijo: —¡Mátame! Yo me estremecí, y miré al encapuchado mientras aguantaba el aliento. Pero este nada hizo. Solo me miró bajo la capota, inmóvil. No podía ver su rostro en la noche y a la luz de la antorcha, pero sentía esa mirada fija y terrible sobre mi esquelética existencia.

—¿Eres Baal? —volví a preguntarle con voz quebrada.

Y el encapuchado alto asintió. Su presencia era grotesca, terrorífica.

—Me dijeron en el pueblo que concedes deseos. Estoy desesperado, tengo hambre y sed, y quiero salir de esa pesebrera y tener una habitación para mí y mi esposa. ¿Puedes concederme eso? —pregunté.

Él, con un ademán de su mano y sin inmutar palabra, me pidió que lo siguiera.

Caminamos en silencio por varios minutos sobre la costa, mientras yo veía con horror el buey. Las expresiones del animal mostraban un dolor intenso, como si estuviera enfermo. De vez en cuando el engendro bramaba, adolorido, y después decía algunas palabras indescifrables de una lengua profana. En ese momento un pensamiento terrible vino a mi mente: ¿Será ese el precio que tengo que pagar? ¿Acaso me convertirá en un animal con cara humana y me hará sentir dolores intolerables? A mí llegó entonces el arrepentimiento. Pero, aun así, seguí caminando al lado de la esbelta figura que parecía flotar sobre la arena, pues no hacía ruido ni dejaba huella. Y a medida que nos acercábamos al bosque, a las faldas de las montañas, la figura empezaba a desprender un hedor terrible de putrefacción. Tuve que cubrirme la nariz y respirar por la boca, pues el olor agrio empezó a intensificarse, hasta volverse casi inaguantable. El buey pareció notarlo también, pues intentó alejarse del encapuchado, y volteó la cara mientras hacía arcadas.

Anduvimos por una senda sinuosa por unos minutos, cuesta arriba, hasta llegar a una pequeña casa entre los negros árboles. La casa, asediada por cientos de vibrantes moscas, estaba arruinada, con el techo lleno de agujeros y las ventanas rotas. El olor a moho rondaba la edificación, y la parte izquierda estaba roída por la maleza. El encapuchado amarró al buey en un madero y me invitó a pasar. Me petrifiqué, incapaz de dar un solo paso. Tenía miedo, mucho miedo. Pensé en dar media vuelta y salir corriendo, escapar hacia el pueblo y contarle todo a mi amada. Pero una presencia más poderosa que mi

voluntad me obligó a seguir adelante, a entrar a la casucha y sentarme en un pedazo de madera, frente a la figura negra y alta. Solo la antorcha iluminaba el tenebroso recinto.

El demonio me miró con detenimiento y se quitó con parsimonia la capucha. El horror que sentí es indescriptible: su esperpéntica cabeza no era humana, era de un macho cabrío, negra, con cuernos y barba. Sus dos ojos diamantinos y amarillos me miraban desde el vacío, como muertos, pero a la vez alertas, cual merodeador terrible. El hedor se hizo más insoportable en la casa, por lo que incapaz de aguantar el terror y la fetidez, vomité en el suelo. Pero al demonio no pareció importarle, solo quedó en silencio. Levanté la cabeza y lo miré, respirando por la boca para aguantar la pestilencia. Entonces miré el entorno a la luz de la antorcha, y vi las paredes sucias y salpicadas de negro y marrón; parecía ser sangre y heces.

Y entonces habló. ¡Esa cosa habló! —Puedo quitarte el hambre y la sed —dijo con voz críptica, aunque no movía los labios.

Entonces me señaló una bolsa de cuero bajo la madera donde yo estaba sentado. La saqué y vi que estaba llena de monedas de oro. Mis ojos se abrieron por la sorpresa y la codicia, pero temí el precio.

—Debes llevar esta bolsa de monedas a la pesebrera donde te encuentras. Si las monedas permanecen en la pesebrera gozarán de fortuna. Tendrán comida y bebida. Pero si alguna de las monedas sale de la pesebrera entonces cobraré el precio —dijo Baal mientras me invitaba a tomar la bolsa y salir de allí.

Sin pensarlo mucho, salí de ese horrible sitio con la bolsa en una mano y la antorcha en la otra. Apenas lo hice miré al buey amarrado, que me miraba con angustia y un sentimiento de profunda miseria.

—¡Mátame! —gritó de nuevo en acto desesperado.

Pero yo solo volteé la cabeza y fui cuesta abajo, primero hacia la costa y después hacia la ciudad.

Desperté al día siguiente con dolor en todo el cuerpo, como si me hubieran molido a palazos. Tenía las vestimentas mojadas por el frío viento de la noche anterior, y la mano me dolía por sostener la antorcha. Mi mujer ya se había levantado para ayudarme a mi primo con la limpieza. Me senté y vi a mi lado la bolsa de cuero. La abrí y, en efecto, estaban las monedas brillantes que Baal me había dado. Casi de inmediato entró mi mujer con un gran corte de carne asada.

—¡Mira amor, encontramos un ternero abandonado cerca de la casa! Como nadie lo reclamó lo tomamos como nuestro. Vamos a tener un festín con los vecinos —me dijo animada.

Yo, atónito por tal suerte, vi esa carne con incredulidad. Entonces me abalancé al plato como famélico desesperado, y trocé la carne con el cuchillo, y la comí con lágrimas en los ojos. Hacía mucho tiempo no comía carne. En ese momento supe que Baal cumpliría con su promesa.

No me pareció difícil cumplir la condición del demonio. Decidí no decirle nada a Mariella sobre las monedas, ni a mi primo ni a su esposa. Quizás ellos pensarían que estaba loco y que era un deplorable codicioso al no querer gastar el oro. Así que lo guardé en un pequeño hueco en el suelo de la pesebrera. Al mismo tiempo, la suerte empezó a sonreírnos: las

cosechas de mi primo crecieron con rapidez, y las dos vacas empezaron a dar leche en grandes cantidades. Incluso hubo carne en el menú. Además, el señor del feudo, aconsejado por varios nobles, envió varios barriles de vino al pueblo. De repente una bonanza cayó del cielo, al tiempo que los nubarrones grisáceos y encenizados se abrían y dejaban entrar la dulce luz del sol de primavera. Fueron en verdad momentos felices.

Algunas noches escuchaba el bramido lejano del buey maldito. Apenas lo escuchaba me arrastraba de la cama al hueco donde estaban las monedas de oro para cerciorarme que permanecían allí. Las contaba una por una; eran cincuenta y seis monedas. En una de las caras tenían grabadas el rostro de un bufón burlón y cruel, mientras que en la otra había una inscripción en latín: «*Baal, deus caeli et dominus terrae et fructuum*» (Baal, dios del cielo y dueño de la tierra y las cosechas). Las repasaba en la oscuridad nocturna como un enfermo mental, una a una, examinando con las yemas de mis dedos el repujado de cada cara, aletargado y temeroso de que faltara una.

El tiempo pasó. Varias veces me vi tentado a sacar una moneda para comprar más vino, o más carne, o más pan. Mariella y yo ya habíamos subido de peso, pero queríamos más, cada vez más. La codicia humana es tan fuerte que tarde o temprano devora a su recipiente. Ya no solo queríamos carne, ahora queríamos carne adobada con cerveza y papas. Y ya no queríamos solo una copa de vino, queríamos una garrafa completa. En dos ocasiones saqué dos monedas de oro de la sucia bolsa, pero cuando estuve en el umbral de la pesebrera recordé el hedor del demonio, la casucha horrible y arruinada, y al enfermizo buey... ¡Oh, el pobre buey! Entonces, invadido por el vertiginoso miedo, las devolví a la bolsa.

Pero mis bellos días se fueron con la primavera, pues no solo yo vivía en la pesebrera, y la falta de comunicación con la pareja es, en promedio, un catalizador para la tragedia. Ese día yo venía con dos baldes llenos de melaza para los cerdos, cuando vi que mi esposa venía feliz, saltando y con una gran sonrisa en su rostro sucio.

—¡No lo vas a creer! —dijo animada—. Adivina lo que encontré en el suelo de la pesebrera —añadió.

Entonces mi mundo empezó a menguar, engullido por un vórtice tenebroso. Temí, temí mucho, pues sabía que ella había encontrado las monedas. Solté los baldes y la tomé por los hombros.

—Dime que no sacaste las monedas de la pesebrera —le pedí con una infinita angustia.

Ella me miró, sorprendida y un poco temerosa. —Las llevé a la casa de tu primo —respondió.

Esa noche estuvimos en vela. Yo ya había devuelto las monedas a la pesebrera, pero sabía bien que Baal no me perdonaría. Y, para mi terror, empecé a escuchar el buey a las tres de la mañana (de nuevo la mala hora). Mariella y yo nos miramos con temor y nos tomamos de las temblorosas manos.

—Le pediré que nos perdone —le dije a mi amada, mientras ella me devolvía la mirada, asustada y pálida.

Y, en ese momento, sentí un terrible hedor, un hedor agrio y nauseabundo que yo conocía bien. Sabía que él ya estaba allí, con nosotros, en la pesebrera, pero permanecía oculto. Miré a todos lados, a todos los rincones, pero no era visible. Encendí una antorcha, cuidando de no acercarla a la paja, y recorrí todo el recinto con lentitud.

—¡Por favor, perdónanos! Si quieres llévate de nuevo las monedas y déjanos en la miseria otra vez; pero perdónanos —grité mientras me acercaba a Mariella.

Y, casi de inmediato, vi cómo una imagen translúcida emergía del cuerpo de mi mujer. Tenía forma de esqueleto, pero era transparente y parecía un osario hecho de agua. Y vi una enorme mano negra de largos huesos y uñas filosas asir esa figura esquelética y arrancarla con violencia del cuerpo de mi mujer, como si arrancara el alma de la carne. Casi de inmediato Mariella cayó desgonzada, sin vida, fría y pálida.

—¡No! —grité, intentando convencerme de que todo estaba bien. —¡Te lo ruego! —volví a gritar mientras tomaba el cuerpo vacío de mi amada, con sus labios ahora morados y su piel blanca, al tiempo que lloraba con desconsuelo y dolor. En solo segundos el hedor desapareció, siendo reemplazado por el olor a animales y heno. Supe que Baal se había ido con mi amada en sus monstruosas garras.

No pensé mucho, pues mi amor era grande. Así que salí corriendo de la pesebrera con la bolsa de monedas y la antorcha hacia la playa. Trastabillé varias veces, pero corrí apresurado sin mermar el paso. El buey se había callado, pero yo recordaba bien el camino hacia la casucha espantosa. Y en menos de una hora llegué a los lindes del bosque oscuro que trepaba las laderas de las montañas. Allí suspiré, descansé un poco y me llené de valor. Entonces, ya sin dolor en el pecho, empecé a subir la enigmática senda.

Temblando de frío y de temor, caminé en medio de la densa oscuridad con la antorcha en la mano, sintiendo el olor a madera húmeda y moho, hasta llegar a la casa entre los árboles. Allí la terrible pestilencia me causó náuseas, pues olía a carne podrida y azufre, pero estaba empeñado en devolver las monedas y recuperar a mi esposa. Me acerqué a la casa y vi amarrado al buey con cara de hombre, que respiraba de forma estertorosa y berreaba del dolor y cansancio.

Entré a la oscura casa y vi a Baal allí, con sus ojos amarillos y muertos mirándome, y sus cuernos largos y su barba larga, y sus fosas nasales húmedas y su esbelta y alta talla. Me miraba con detalle, pero sin expresión.

—¡Toma las monedas y deja a mi amada! ¡Por favor, devuélvemela! Ella no tiene la culpa —le rogué mientras me arrodillaba y le tendía la bolsa con las monedas.

El aterrador demonio me miraba fijamente, en silencio, anodino, lacerando mi alma y escrutando mi ser. Un aura roja parecía rodearlo en medio de la oscuridad.

—¡Por favor! —insistí mientras sentía dolor en las rodillas y frío en mi espalda.

Baal parecía una apestosa estatua de mármol negro, inmóvil, lejano de este plano. Solo sus ojos brillantes se movían. Parpadeaba con parsimonia, pero no movía un solo músculo de su peludo y espantoso cuerpo. En ese momento apareció a su lado, casi transparente, el demonio Astaroth.

—Por favor, pagaré cualquier precio —le pedí con lágrimas en los ojos, al tiempo que miraba el espíritu recién llegado.

—¿Cualquier precio? —preguntó Baal con tono perverso, incluso sádico.

Entonces miré por la ventana quebrada el buey allá afuera, bajo el cielo nocturno y maldito, amarrado, con frío, con una expresión de hombre trastornado, y plagado de dolores y tortuosas enfermedades.

Y respondí: —Cualquier precio.

INFINITO

Me senté de nuevo en la silla a escribir sobre la mesilla de cedro, y mi escrito empezaba así:

La chimenea ardía mientras me hundía en las hojas del libro de pasta negra. Recuerdo el gozo al leer ese horrible cuento de terror llamado «Abominación», que me llenaba de temor y a la vez de alegría. Mi amor por el terror se fundía entre esas páginas, mientras el fuego calentaba el cuarto y me llenaba de sosiego. Entonces cerré el libro y miré hacia la ventana. Llovía copiosamente, y el sonido de las gotas contra la ventana me aletargaba, casi con un vaivén hipnótico que me recordaba que estaba solo. Sin embargo, la decisión de exiliarme me mantenía tranquilo.

Llevaba ya varios meses desde que había comprado la pequeña casa en el bosque, lejos del pesado trajín de la ciudad. La casita era pequeña, de techo de tejas y ventanillas redondas, como las de los cuentos de hadas. Estaba rodeada de árboles con flores amarillas, y varias mariposas azules revoloteaban en las tardes doradas. Pero esa noche llovía, recuerdo que llovía, y el viento mecía con fuerza las copas arbóreas, produciendo un rugido fiero y a la vez maravilloso. Todo formaba la música de los arquitectos: la lluvia, el viento, los ramajes, el crepitar de la madera en la chimenea.

Dejé el libro sobre la mesilla de cedro y bajé al primer piso. Crucé la pequeña sala y abrí la puerta, indiferente al viento húmedo y a la lluvia fría. Algunas gotas me acariciaron el rostro, me refrescaron el cuello y me mojaron el cabello, al tiempo que pensaba en mi soledad. Pero no me sentía solo, pues me había encontrado conmigo mismo. Mi presencia me hacía compañía. Yo mismo llenaba los rincones de la casa. Mis pensamientos me divertían y mis escritos me hablaban. La soledad es maravillosa si se aborda por convicción, pero debo admitir que la soledad impuesta es horrible. La soledad obligada es un castigo, y el claro ejemplo es el «solitario» en las cárceles. El no tener a nadie con quien hablar causa una depresión que borda el gélido suicidio. Pero yo tengo familia, y puedo llamarla y hablar con ellos cuando quiera, y puedo invitarlos a mi casita y estar con ellos a la luz de la chimenea. No estoy solo, sólo decidí estar solo, aunque no me siento solo porque estoy conmigo. Y a veces me veo cocinándome, y me veo lavándome la ropa, y me veo planchándome mis camisas, y me veo disfrutando la comida que me hice, y me veo acostándome en la blanda cama, rodeado de libros, tranquilo y feliz.

Cerré la puerta de la casa y subí de nuevo las escaleras. La chimenea aún seguía encendida. Así que me senté de nuevo en la silla a escribir sobre la mesilla de cedro, y mi escrito empezaba así:

La chimenea ardía mientras me hundía en las hojas del libro de pasta negra. Recuerdo el gozo al leer ese horrible cuento de terror llamado «Abominación», que me llenaba de temor y a la vez de alegría...

HAMBRE

-Entonces no era un mito -dije al ángel mientras miraba la pequeña abertura en la pared. La luz era débil en esa parte de la mazmorra, y todo era de un color amarillo podrido. El olor a tierra húmeda proliferaba por todo el sitio, y unas antorchas iluminaban pobremente el pasillo. Frente a mí estaba la pequeña entrada al salón del que tanto me habían hablado. Era el único salón que no tenía puerta ni tranca, ni guardias ni candados. Sólo había una pequeña entrada de un metro de ancho. Cualquiera podía entrar y salir, pero, según las historias, adentro había una terrible trampa.

Rafael me miró con serenidad y asintió. -No es un mito -dijo con voz profunda mientras los fuegos del pasillo se reflejaban en sus ojos serenos. El cabello le brillaba y las alas blancas lanzaban una larga sombra sobre la fría pared. De todo el oscuro sitio, el ángel era lo más majestuoso.

Entramos al salón de medio lado y de inmediato sentí el hedor a vómito y orina, combinado con el olor a comida condimentada. Adentro estaban seis personas (aparentemente), sentadas en una mesa repleta de comida, ubicados de tres en tres. Una de las personas estaba derrumbada sobre la mesa, con la enorme cabeza en la madera. Las otras cinco figuras, casi bestiales, devoraban apresurados la comida que había en la mesa, como si compitieran por quién come más. Todos eran obesos, extremadamente obesos, y deformes. Incluso no diferencié si eran hombres o mujeres, sólo veía a la luz de las antorchas las moles amorfas llenas de pliegues de piel.

Me tapé de inmediato la nariz y la boca, mientras detallaba con horror esas masas enormes y sudorosas. Sólo se escuchaba el desagradable mascar de la comida. A veces alguno parecía atragantarse, pero simplemente eructaba o vomitaba y continuaba con su repugnante banquete. Todo el sitio apestaba. En la parte posterior había una puerta cerrada por donde ingresaban las cantidades industriales de alimento seboso para esos enormes gordos, y había algunas sábanas llenas de pulgas tendidas en el duro suelo, donde al parecer dormían esos sujetos.

-¿Quiénes son? -pregunté horrorizado-. ¿Son humanos?

Y Rafael asintió. -Son humanos, aunque por sus figuras parezcan monstruos -respondió-. Llegaron a la mazmorra clamando por comida. Quienes llegan aquí son indigentes en su mayoría, impulsados por el terrible látigo del hambre. Llegan desesperados por algo de comer; pero después no quieren escapar de la agradable sensación de llenura. Abandonan el noble óctuple sendero budista, y olvidan la importancia de transitar por el camino medio. Van de un extremo al otro, aterrorizados por la sensación de hambre, pero lanzándose al abismo de la gula. Olvidan lo sagrado que es el cuerpo, y lo deforman devorando hasta la saciedad.

-¿Pero son prisioneros? ¿Acaso le hicieron mal a alguien?

-No. El único mal se lo han hecho ellos mismos. Se odian, pero se justifican. Han dado rienda suelta a la gordura, y ahora es muy difícil volver atrás. Han devorado tanto que incluso engulleron su propia voluntad. No han sido acusados de ningún crimen, y pueden salir de aquí cuando ellos quieran... pero -entonces Rafael miró la pequeña abertura de la entrada.

-Entonces sólo deben dejar de comer para poder salir por la abertura -dije inocentemente.

El ángel asintió. -Es cierto -dijo-, pero la prisión de su mente y su hedonismo es mucho más fuerte que su voluntad. Estas bestias carnosas no desean adelgazar, no desean salir de la mazmorra para aguantar de nuevo hambre y sed, y frío y sueño. Prefieren atiborrarse de comida en esta pestilente sala y morir de obesidad, como por ejemplo ese... -el ángel señaló al gordo que estaba derrumbado sobre la mesa. Era claro que había dejado de respirar mientras hablábamos-. Son pocos los que vencen la pereza; son pocos los disciplinados, los que se comportan bien todos los días aunque el tedio los aborde. Desde hace mucho tiempo no veo ninguno que entre y pase por esta estrecha salida. Los humanos tienden más a justificar sus decisiones que admitir sus errores y darse cuenta que perdieron tiempo y energía. No toleran la idea de que no valieron sus esfuerzos.

Entonces me acerqué un poco más y vi algo que no encajaba en ese deplorable sitio. Había una niña pequeña y delgada agazapada en un rincón del salón, claramente ultrajada. Tenía el rostro sucio y lleno de miedo, sus risos estaban arremolinados y con hollín, y su ropa estaba sucia y rasgada. No hablaba, y me miraba con terror, como esperando ser golpeada.

-¿Y la niña? -pregunté preocupado-. ¿Por qué está aquí? Ella puede salir cuando quiera.

-La niña se llama Hambre -respondió Rafael-. Y ella ata la voluntad de este salón. Si ella sale de este recinto los cocineros dejarán de traer comida, y los gordos se devorarán entre ellos. Es ella quien maneja la voluntad de los obesos. Es por ella que llegan los famélicos. Es por ella que estas personas comen de manera desbordada. Es por ella que se enferman y mueren bajo los pesados rollos, y es ella quien devora los mórbidos cuerpos. Ella es Hambre.

No podía creer lo que escuchaba. Miré la carita asustada de la niña y sentí un gran peso de miseria y dolor. Ella era muy expresiva, y el temor que sentía brillaba entre esa oscuridad. Sin embargo, me dio la sensación que la niña había visto siglos enteros, y que era terriblemente antigua, tanto como el universo mismo... como el hambre. Pero físicamente se veía como una frágil y pequeña niña. Sólo quería tomarla entre mis brazos y salir corriendo con ella; pero el ángel se dio cuenta, me tomó del hombro y meneó la cabeza.

-Vamos, debemos continuar descendiendo -dijo Rafael.

Yo asentí y salimos por la pequeña abertura, escuchando el quebrar de los huesos de pollo y el beber del vino. No volteé a mirar a la pequeña niña. En vez, continuamos bajando por la mazmorra hasta llegar a otro salón. En un rincón del nuevo recinto interdimensional y oscuro había un pequeño niño leproso, sin párpados y con una gran sonrisa de felicidad, que se apresuró a abrazarme con sus descarnados muñones.

Entonces Rafael, recordándome que yo mismo era un recluso, me dijo: -Este es tu recinto, y este pequeño niño se llama Enfermedad. Ahora es tu turno.

EL MAGO DE UR

Esta es la historia más horrible que he conocido. Aunque es muy antigua y tiene un tino bíblico, he de aclarar que nada tiene que ver con la biblia, pero es incluso más terrible que las historias de Sodoma y Gomorra, los castigos del pueblo de Madián o la historia de Job. Su escritura es cuneiforme, y la tablilla donde está escrita muestra una antigüedad enorme, incluso tenebrosa. Es una tablilla muy parecida a la «Estela de los Cuervos», pero la supera en tamaño y misterio. Aunque se habla de ciudades sumerias como Umma y Ur, la ciudad donde se desarrolla parece no estar en ningún registro de la Mesopotamia antigua.

La historia inicia con la llegada de dos extranjeros a la ciudad de Kussur, que, según el escrito, quedaba a pocos kilómetros de la ciudad de Umma, entre los ríos Tigris y Éufrates. La pareja cruzó la calle en medio de la oscura noche y llegó a la casa de un alfarero llamado Natum. La puerta sonó con varios toques apresurados, así que Natum se levantó de la cama y abrió la puerta. Bajo la luna de plata vio dos figuras altas vestidas con sedas de colores (algo muy extraño en la ciudad). Eran un hombre y una mujer.

El hombre, barbado, fue quien habló con voz gruesa y severa. -Te pido que nos des estadía esta noche. Somos viajeros y vamos a Umma desde Ur. Estamos cansados y hambrientos.

-Hay un estadero cerca, señor -dijo Natum, al mismo tiempo que veía a su esposa Eana, que se había levantado de la cama. No quería extranjeros en su casa.

-Serás recompensado si nos muestras tu bondad -dijo el extranjero-. Pero la bondad tendrá algunas pruebas que debes pasar. Danos estadía y te recompensaré.

Natum vio las vestimentas costosas del extranjero, y miró a la joven que lo acompañaba. Era hermosa y muy joven, casi una niña. Era de baja estatura, delgada, y tenía un hermoso rostro visible tras un velo casi transparente. El demonio de la codicia intentó darle consejos a Natum, pero su acción fue impulsada más por la bondad de su esposa Eana, quien sin pensarlo pidió a los extranjeros que siguieran.

-La noche es fría y sabemos qué es tener hambre -dijo Eana-. Por favor sigan y descansen. Les daremos comida sin buscar recompensa -añadió mientras tomaba a la jovencita de la mano y la entraba a la casa.

Natum asintió. Aunque los hombres tomaban las decisiones y las mujeres callaban, la presencia de los extranjeros hizo que Natum simplemente consintiera la decisión de su mujer sin titubear. Además, algo en la presencia del extranjero lo inquietaba y, a la vez, le daba tranquilidad. Esta duda lo hizo aceptar.

-Quien da de comer a alguien con hambre nunca es olvidado por el hambriento -dijo el extranjero-. Cumpliré con mi promesa y los recompensaré; pero la recompensa tardará cinco días y cuatro noches en llegar.

-No hay necesidad de recompensa -aseguró Natum, impulsado por algún sentimiento de admiración hacia el extranjero. De repente ahora veía en la pareja recién llegada un aura blanca de poder y bienestar. Aunque estaban hambrientos no estaban delgados, y aunque venían de viaje no estaban sucios ni apestaban. Por el contrario, apenas entraron dejaron en la casa la dulce fragancia de sus perfumes, cual incensario de una religión lejana. Se sentaron en el suelo a petición de Natum. Casi al tiempo, Eana llegó con dátiles y panes duros.

-Soy Ush, el Mago de Ur, y quien me acompaña es Inna -dijo el extranjero-. Como les dije anteriormente, vamos a Umma a advertir al rey sobre su ofensiva contra Lagash. Pero hemos sido acosados por varias personas que nos ven como una amenaza o un premio.

-Aquí estarán a salvo -dijo Natum sin pensarlo. Pero la verdad es que no había asimilado el peligro. Ignoraba que muchos habitantes de Kussur habían visto llegar al mago, y se preparaban para capturarlo.

Estuvieron hablando por varios minutos, pero Inna, la jovencita, permanecía callada. Estaba evidentemente preocupada, pues miraba constantemente la puerta, como quien espera la ruina. Aunque tenía el velo, sus ojos expresivos mostraban terror.

El mago se dio cuenta de esto y le pasó unas plantas que sacó de su bolsillo. -Come y aprieta esta esfera con tu mano izquierda -le pidió mientras le pasaba una pulida esfera de cristal pequeña, de unos cinco centímetros de diámetro.

La joven tomó las plantas, las masticó y tomó la esfera con su mano izquierda. Casi de inmediato pareció entrar en un letargo, como si las hierbas la hubieran drogado. Mantuvo la esfera apretada por un tiempo, hasta que el mago se la quitó de la mano con delicadeza.

-Ahora su alma está en la esfera -explicó el mago al ver los rostros dudosos de Natum y Eana. Ninguno entendió la situación en el momento.

Entonces, cuando la noche era más oscura, unos golpes sonaron en la puerta. Varios hombres se habían aglomerado frente a la casa de Natum con palos y cuchillos. En Kussur los extranjeros no eran bien vistos, además había muchas supersticiones sobre los hechiceros.

-¡Danos al mago, Natum! -gritó uno de los furiosos hombres.

Los cuatro entonces se levantaron de un salto, aterrados. Los corazones se aceleraron y las manos temblaron.

-¡Largo! -ordenó Natum a la turba sin abrir la puerta. Aunque era un alfarero y no un guerrero, Natum era valiente. Además, su admiración hacia los recién llegados había crecido.

-¡Entrégnos al mago! -insistieron varias voces masculinas. Entonces patearon la puerta para tumbarla.

-¡¿Qué hacemos?! -preguntó Eana mientras miraba a la pequeña Inna.

Esta última lloraba de miedo mientras se aferraba al mago.

Natum, llevado por la adrenalina, fue a la parte trasera de la casa y volvió con una pala, presto a defender a sus visitantes. -¡No les entregaré al mago! -insistió-. ¿Para qué lo quieren?

-¿Acaso no lo sabe? -preguntó otro hombre-. Si se bebe la sangre de un mago se acaban los dolores, y si se come su carne se obtienen poderes y suerte.

Natum miró a Ush, que evidentemente estaba temeroso, y recordó el ritual que había hecho con Inna hacía sólo unos instantes. ¡Esos malditos querían devorar al mago! Pero Natum reaccionó y negó con la cabeza. -¡Eso no es cierto! -gritó.

El mago, al ver la acción de Natum, le puso la mano en el hombro. -Eres bondadoso, igual que tu esposa, y por eso serán recompensados -dijo, blanco del miedo. Entonces, tembloroso y lleno de un instinto monstruoso, tomó a Inna del cabello, le rasgó el velo del rostro y la arrastró con violencia hacia la puerta.

La jovencita lloraba. -¡No, señor, por favor! ¡Mi señor, no! -gritaba aterrada mientras se tomaba el cabello para zafarse, al tiempo que se retorció como una serpiente para huir. Pero el mago parecía tener la fuerza de un león. Abrió la puerta con cierta facilidad y lanzó a la joven delgada y hermosa al suelo, de rodillas entre los hombres con antorchas y armas. -Les doy a mi acompañante para que me dejen en paz. Pero si ella no sobrevive para mañana, el dios Enki les castigarán dependiendo sus horas de sufrimiento. Quedan advertidos- dijo, y cerró la puerta.

La turba quedó paralizada al escuchar la potente voz del mago. Pero apenas se cerró la puerta volvieron a vociferar, los ánimos reverberaron y algunos hombres volvieron a la puerta para intentar tumbarla y comerse al mago; pero esta vez la puerta parecía ser de piedra, y no pudieron moverla ni un centímetro. Otros hombres, ansiosos y enfermos, se abalanzaron a la jovencita, le rasgaron la ropa y la ultrajaron frente a la casa de Natum.

-¡Señor! ¡¿Qué ha hecho?! -gritaba Eana mientras escuchaba a la niña gritar afuera. Se arrodilló frente al mago y le tomó los pies. -¡Señor, sálvela! -insistió sollozando. -Los estoy salvando a ustedes dos a cambio del bienestar de ella -dijo Ush mientras ayudaba a levantar a la mujer. La miró a los ojos y le mostró la bola de cristal-. Acá está su alma. Está a salvo, aunque su cuerpo sea vejado. Pero todos ellos pagarán esta blasfemia -añadió irritado.

Natum estaba inmóvil, temblando y con la pala bien aferrada. Sólo escuchaba los gritos cada vez más débiles de Inna y las risas de los terribles hombres que turnaban sus horrendos deseos. Finalmente, después de cuatro horas, todo fue silencio. El amanecer llegó y esos monstruos con cuerpos humanos se fueron a sus casas, extasiados y cansados.

Ninguno durmió en toda la noche. El mago estuvo sentado frente a la puerta durante todo ese tiempo, cabizbajo y en silencio, mientras parecía hablar solo (o con el alma de Inna). Natum y Eana simplemente esperaron a que todo acabara. Y, cuando todo fue calma, el mago abrió la puerta con gran facilidad, y vio a su hermosa jovencita tendida en el suelo, maltratada, con el cabello arremolinado y los labios secos. Nada quedó de la hermosa joven que llegó de Ur.

Inna abrió los cansados ojos con lentitud, y apenas vio al mago intentó levantarse, anduvo gateando como un animal hacia su señor, y apenas llegó a sus pies dijo: -Mi señor, ya he cumplido con mi misión de cuidarlo. Le pido que no me olvide.

El mago se apresuró a tomarla entre sus brazos, le limpió las mejillas y le secó las lágrimas. -No te olvidaré Inna, y pronto estaremos juntos. Todos pagarán lo que te hicieron- entonces le mostró la esfera de cristal y dijo: -Ya puedes descansar.

Inna entonces dejó de respirar en los brazos de su señor, y su rostro cambió, pues el dolor desapareció. En vez, pareció una niña dormida plácidamente entre los fuertes brazos del mago.

Natum y Eana permanecían quietos mientras miraban como la jovencita moría. Entonces el mago levantó su cuerpo y lo ingresó a la casa. Su rostro pálido mostraba una ira terrible. Apretaba los dientes tras sus labios sellados, mientras tendía en el suelo a su querida acompañante. Inspeccionó por completo su cuerpo, crispó los dedos y dijo a Natum: - Necesito herramientas para cortar el cuerpo. Y necesito que me ayudes.

El alfarero, llevado por un infinito deseo de bondad y tristeza, aceptó. -Le diré al carnicero que me preste algunas herramientas, pero debemos hacerlo hoy. No creo que pueda prestarme sus herramientas más de un día.

-Un día es suficiente -dijo Ush sin dejar de mirar el rostro blanco e inerte de Inna. Sus ojos vacíos miraban al techo, y sus perfumes poco a poco dejaban su dulzura.

Natum pensó que el mago quería darle digna sepultura, por lo que, sin dudarlo, se apresuró a pedirle a un vecino carnicero utensilios para descuartizar bestias. El carnicero, que era uno de los monstruos que había pedido la sangre del mago, le dio las herramientas sin dudar. Ya no quería saber nada del mago, y ahora sólo quería descansar, pues estaba agotado por la terrible noche.

Cuando Natum llegó con las herramientas, Eana les dio algo de cerveza y algunas manzanas. Ambos hombres las comieron y, con la puerta de nuevo trancada, iniciaron una horripilante y agotadora tarea. El mago decapitó el cuerpo de Inna, mientras Natum, que no era experto, cortaba como podía las extremidades de la jovencita. A menudo se encontraba con huesos duros, y la sangre dificultaba la tarea, pues hacía más difícil asir la carne. La casa se llenó entonces de charcos rojos y densos, y las paredes se llenaron de sangre, como si la casa entera fuera un matadero. El mago y Natum quedaron bañados en sangre (aunque se habían quitado la ropa para la horrible empresa). Para el atardecer ya habían descuartizado a Inna en diez partes.

-Mañana irás al zigurat con la cabeza de Inna y le dirás al sacerdote que, como compensación por la pérdida de mi acompañante, exijo diez bolsas con monedas de oro y tres bueyes -dijo el mago, agitado y cansado.

Natum sintió escalofrío al escuchar esto. -Mi señor -dijo-, el sacerdote no aceptará nunca esa compensación. Incluso mi vida corre riesgo a causa de tal exigencia.

Pero Ush pareció ignorar el peligro. -Si no acepta entonces entierra la cabeza en las higueras que quedan al sur de la ciudad. No debes cavar muy profundo, basta con que los carroñeros no la encuentren. Y dile al sacerdote que tiene cuatro días antes que Enki envíe cinco sirvientes.

Natum miró a su esposa, y temió, pero al ver el rostro severo del mago, aceptó. Al estar cerca de Ush se sentía valiente, respaldado por alguna magia, casi indestructible. Además, el ver los pedazos de Inna en su hogar lo llevaba a un mundo onírico de terror y angustia, del cual, sin certeza alguna, quería concluir con la tragedia para los causantes; y sabía muy en el fondo que todas estas instrucciones llevaban a la venganza.

-Iré mañana al zigurat y daré el mensaje, señor -dijo el alfarero. Su mujer lo miró entonces con orgullo y se sintió más enamorada de él, y el mago, gratamente agradecido, asintió.

Y así fue. Natum se levantó muy temprano, pues no pudo dormir bien a causa de la preocupación, y puso la cabeza azulada de Inna en un plato de barro. La cubrió con un paño y fue al zigurat, donde el sacerdote rezaba a Enki (no sin antes entregar las herramientas al carnicero). Su corazón palpitaba y sudaba del miedo mientras caminaba, pues exigirle algo a un sacerdote era peligroso. Anduvo por las calles terrosas de Kussur hasta llegar a la edificación. El zigurat tenía tres terrazas enormes, y se encontraba erguido en el centro de la ciudad. En la última terraza estaba el santuario.

El hombre subió las escaleras con lentitud, cada vez más asustado y fatigado, y con la cabeza de Inna en sus manos. Ya las moscas empezaban a rondar la cabeza, causando alrededor ese zumbido terrible. Además, el olor penetrante ya empezaba a inundar el entorno. Muchos adeptos que se encontraban en el zigurat empezaron a notar la peste, pero ninguno dijo nada.

Cuando Natum llegó al santuario, se apresuró a un sacerdote conocido por él que se encontraba en el interior, de rodillas y rezando a Enki.

-Mi señor -dijo Natum mientras manoteaba el aire para espantar las moscas-. No sé si ya se ha enterado de la llegada del Mago de Ur a mi hogar, pero me ha enviado con un mensaje. Quiero que sepa que sólo actúo como mensajero.

El sacerdote era joven y generoso, y conocía a Natum por viejos favores. Entonces asintió, se puso de pie y miró la cabeza bajo el paño. -Dime el mensaje y yo se lo daré al sumo sacerdote -dijo con bondad, aunque la cabeza de ojos blancos bajo el paño le daba asco.

-El mago desea una indemnización porque los habitantes de Kussur abusaron y mataron a su acompañante -dijo Natum mientras hacía entender que la acompañante era la cabeza de labios morados que tenía en sus manos.

El sacerdote meneó la cabeza. -El sumo sacerdote dirá que no, pero acaba con tu mensaje -pidió mientras volteaba la cara para evitar el olor a podrido.

-El mago exige diez bolsas con monedas de oro y tres bueyes. Si se acepta el pago dejaré la cabeza en este zigurat para que ustedes dispongan de ella.

-¿Y si no aceptamos?

-Tengo que enterrarla en las higueras del sur, según la instrucción del señor Ush.

El sacerdote se tomó la barbilla, pensativo por la extraña orden. -No puedo quedarme con esa cabeza, y el sumo sacerdote no aceptará realizar el pago -aseguró.

-El Mago de Ur dice que si no acepta, en cuatro días Enki enviará cinco sirvientes.

Esta afirmación hizo que el sacerdote cambiara de semblante. Él temía a la furia del dios Enki, y no quería sufrir bajo su voluntad. -Si, digamos, decidimos dar el pago, ¿a dónde lo llevamos?

Esta pregunta tomó por sorpresa a Natum. No esperaba acoger a Ush más días. Esperaba que después de enterrar a Inna el mago siguiera su camino a Umma. Pero, sin tener una respuesta clara, dijo: -Lleven el pago a mi casa.

El sacerdote asintió y, dando un último vistazo a la cabeza, dijo: -Debió ser una niña hermosa. Ve y entiérrala en las higueras. Pero no vuelvas, pues el sumo sacerdote no es tan piadoso como yo. Le daré tu mensaje pero estoy seguro que entrará en cólera. No te acerques durante esos cuatro días al santuario. Si durante ese tiempo no sucede nada olvida el pago y aconséjale al mago que escape de Kussur.

Natum entendió y se sintió más tranquilo, pues su empresa había salido bien. Había cumplido con dar el mensaje y aún tenía su cabeza sobre sus hombros. Ahora sólo quedaba ir al sur para enterrar la cabeza y todo acabaría.

Bajó la escalera del zigurat y caminó con la apesada cabeza bajo el terrible sol de mediodía hasta llegar a las higueras del sur. Allí se tomó su tiempo para encontrar una buena sombra y se dispuso a enterrar la cabeza. Cometió el error de no llevar pala, pero, para su fortuna, allí la tierra no era muy dura, por lo que pudo abrir un hueco con algunas piedras y con sus propias manos. Sin embargo, bajo el calor del día tal tarea era fatigante. Además, el hambre

ya lo abordaba. Pero logró enterrar la cabeza antes que el dorado crepúsculo invadiera el horizonte.

Cuando volvió a casa vio al mago comiendo algunos dátiles en el suelo de la sala. Eana había salido por agua para acabar de limpiar la sangre de las paredes y el suelo.

-Ya enterré los nueve pedazos de mi querida Inna. ¿Aceptaron la compensación? -preguntó Ush.

Natum meneó la cabeza. -Enterré la cabeza en las higueras. Espero que los animales no la desentierren -dijo. Ya se sentía más tranquilo, aunque estaba exhausto.

-Te diré qué sucederá antes de irme -dijo Ush-: Mi amada Inna sufrió cuatro horas, por lo que en cuatro días Enki enviará su venganza. Serán cinco quienes lleguen, y arruinarán Kussur. Debes quedarte en tu casa y poner este amuleto en tu puerta para que ellos no entren-. Entonces le dio un pequeño amuleto de bronce con una figurilla de un ojo con cuatro alas alrededor.

Natum tomó el amuleto y asintió.

-Al ver a los enviados de Enki los sacerdotes sabrán de su error. En ese momento tendrás la recompensa que te prometí. Al quinto día vendré a despedirme-. Entonces el mago se levantó y abrazó con bondad a Natum. -Gracias por todo -dijo-. Te recomiendo que, después de recibir tu pago, vayas a Umma y hagas allí una nueva vida; pero esa decisión es tuya y de Eana. Allá te recibiremos con los brazos abiertos.

-¿Quiénes? -preguntó el alfarero.

-Nosotros -dijo Ush sonriendo. Entonces suspiró y abrió la puerta-. Nos vemos en cinco días -aseguró el mago mientras salía de la casa.

Natum pareció descansar finalmente. Ya había hecho su tarea, y ahora podía volver a su humilde vida de alfarero. Aunque en sólo dos días habían sucedido cosas terribles en su casa, ahora todo había terminado. La verdad no esperaba compensación ni recompensa por su tarea, sólo quería descansar y volver a la normalidad con su amada esposa.

Pero nada volvió a la normalidad. Los días pasaron y los rumores de la ida del mago invadieron la ciudad. Durante los próximos tres días nadie estuvo interesado en Natum, y poco se mencionaba el asesinato de Inna. Pero llegó el espantoso cuarto día, y con él la tragedia y el horror.

Natum, obediente, había colgado en su puerta el pequeño amuleto. Él y Eana estaban en su hogar, cuando a eso de las tres de la tarde sonó una trompeta tempestuosa, un sonido poderoso que llegó a toda la ciudad como un clamor de muerte y ruina. Nadie nunca había escuchado sonido igual, y, lo peor, era que provenía del cielo, como si horrores primigenios descendieran de las estrellas lejanas y sin nombres.

Natum y Eana salieron de la casa para mirar lo sucedido, y se dieron cuenta que la ciudad estaba en caos. La gente corría de un lado a otro, escapando hacia todos lados. Los niños lloraban y los perros ladraban, las vacas mugían y los árboles se sacudían de un lado a otro, halados con violencia por vientos que no tenían sentido alguno, pues iban y venían de todos lados, como si muchas tormentas de arena rodearan la ciudad.

Casi de inmediato empezó el suplicio para los blasfemos: Cada uno de los hombres que habían abusado de Inna empezaron a sentir un intenso dolor en sus entrepiernas, a tal punto

que empezaron a arrodillarse, incapaces de caminar. Y, de repente, sus carnes empezaron a derretirse como si fuera barro. La carne y la piel de sus entrepiernas empezaron a caerse entre sus pantalones como líquidos, o entre sus dedos. Parecía orina, pero eran pedazos enteros derretidos de sus miembros. Empezaron entonces a temblar y a sudar de dolor, y a gritar con fuerza. Era tan intensa la sensación, que los segundos se volvieron minutos, y los minutos horas. El miedo desapareció de esos abusadores, y el hambre y la sed, y el cansancio y el calor; todo fue reemplazado por ese terrible dolor por el derretimiento de sus sensibles miembros. Hasta que sólo quedó un hueco de carne viva expuesto entre el abdomen y los muslos, hueco infectado por arena y atacado por torrentes de moscas que se apresuraron a poner sus larvas en la carne palpitante. Todos los violadores, sin excepción, aclamaron la muerte para descansar de tal tortura; pero ninguno les dio muerte, pues todos estaban aterrorizados y ninguno se detuvo para darles la paz eterna. Todos los abusadores padecieron durante cuatro días, castigados por las cuatro horas que abusaron de Inna. Al quinto día después de llegada la maldición, todos murieron presas del dolor.

Pero mientras los violadores sufrían el terrible derretimiento de su hombría, encorvados e inmóviles por el dolor, la ciudad de Kussur recibía la visita de los sirvientes de Enki. Después del clamor de la trompeta aparecieron cinco seres tenebrosos sobre la ciudad, enormes como casas, claramente ajenos a este mundo. Quizás fueron la inspiración de los ángeles, pues eran alados; pero en nada se acercaban al arte renacentista (esta observación la incluyo, pues no hace parte de la tablilla). Los monstruos constaban de un ojo enorme y repugnante inyectado de sangre, que parpadeaba lentamente y miraba hacia abajo, hacia la ciudad, como escrutando las almas que corrían y gritaban desesperadas. Y alrededor del horrible y nauseabundo ojo había cuatro alas enormes y blancas que se batían lentamente, levantando arena y sacudiendo las copas de los pocos árboles del rededor. La ciudad empezó a llenarse de un hedor amargo, claramente proveniente de esos seres alados, y los fuegos empezaron a aparecer por todo Kussur, consumiendo bestias y calcinando humanos.

Y sobre el zigurat había una calamidad diferente a las otras cuatro: Un poderoso ángel deforme y horripilante que parecía estar envuelto en un aura púrpura de desesperación y angustia. También tenía cuatro alas, pero su forma era más humana, pues tenía cuerpo. Sin embargo, sobre sus hombros descansaba una cabeza con tres rostros, dos a los lados y uno al frente. Ninguno de los rostros tenía ojos, ni fosas nasales ni boca; parecían máscaras inexpresivas y a la vez terroríficas. Sólo se movían sus alas, lentamente, como alejado del mundo e inundado en otra dimensión; pero a la vez esa falta de acción le daba un aspecto siniestro. Ese sirviente terrible enviado por Enki fue la última visión de toda la ciudad. Después de su aparición todo fue oscuridad y caos, y muchos murieron de miedo y terror, y otros por el fuego, y los abusadores por la maldición.

Natum y Eana entraron a su casa mientras Kussur entraba en pánico. Allí estuvieron encerrados por horas, mientras escuchaban el clamor y la angustia de quienes intentaban escapar de la ciudad. El hedor se fue incrementando a tal punto que causó náuseas en la pareja, pero la peste y la enfermedad no cruzaron la puerta. Los gritos y el caos duraron toda la noche.

Cuando la mañana llegó tocaron a la puerta del alfarero. Natum abrió y vio que era el joven sacerdote del zigurat, acompañado de algunos guardias y tres bueyes.

-El sumo sacerdote ha muerto y ya no hay nada para nosotros en Kussur -dijo el sacerdote mientras miraba el destruido zigurat-. He aquí tu pago. Me he tomado el atrevimiento de compensar al Mago de Ur.

Natum tomó las diez bolsas de oro que el sacerdote le dio, y dio las gracias. -¿No lo castigarán por esto, señor? -preguntó.

El sacerdote joven meneó la cabeza, miró de nuevo la ciudad arruinada y dijo: -No hay nadie quien me castigue. Voy a Uruk con mi familia. Te recomiendo que también abandones la ciudad, pues nunca volverá a ser próspera después del castigo de Enki -añadió, y sin más, siguió con su séquito hacia el sur, hacia la ciudad de Uruk.

Natum simplemente no lo podía creer. Miró a Eana y se abrazaron, agradecidos de haber sobrevivido el terrible castigo del dios.

-¿Crees que el mago vendrá por el pago? -preguntó la mujer.

-Si viene se lo entregaré, pues es su compensación por la pérdida de Inna -respondió Natum con seguridad.

En ese preciso momento tocaron de nuevo la puerta de la casa. Al abrir Natum y Eana quedaron sorprendidos, gratamente sorprendidos, y una enorme felicidad invadió sus almas. Allí estaba Ush, el Mago de Ur, acompañado de la hermosa Inna, con sus sedas impecables y su velo sobre el bello rostro.

Eana miraba a la jovencita con detenimiento. -¿Estás bien? -preguntó asombrada.

Inna le respondió con una hermosa sonrisa en el fino rostro tras el velo: -Estoy bien. Nada me pasó esa noche. Siempre estuve en manos de mi señor.

Entonces el mago sacó la esfera de cristal y se la mostró a la pareja. -Ella siempre estuvo aquí. El resto fue sólo un cuerpo vacío que infectó a los abusadores y los hará sufrir durante cuatro días, ni más ni menos. Pero ese dolor los hará visitar el infierno en vida.

Natum, incapaz de aguantar la felicidad, abrazó al mago y a la joven, y dijo: -Me alegro que estén bien. He aquí la indemnización de la ciudad -explicó mientras le mostraba los bueyes-. El oro lo tengo dentro de la casa.

Pero Ush meneó la cabeza. -Me llevaré un buey, pues lo necesito para mi viaje; pero el resto es de ustedes. Esta es la recompensa por tu bondad, y por la bondad de Eana. Ahora son ricos, y pueden ir a cualquier ciudad. Es mi forma de agradecerles.

Natum y Eana se hincaron ante el mago, que con una sonrisa dio media vuelta y tomó a un buey de las riendas. -Espero verlos pronto -dijo con profundidad.

Inna, rodeada de dulces fragancias, abrazó de nuevo a Natum y a Eana, hermosa, y con gran alegría se despidió de la pareja, siguiendo a su señor hacia el norte, hacia Umma, donde sería suma sacerdotisa, pues había pasado la prueba que Ush le había puesto. Así termina la historia del Mago de Ur.

En la tablilla se realizan más menciones que pueden servir como pistas, pero hay menciones confusas. Por ejemplo, se vuelve y se menciona a Ush el Mago, pero esta vez se cita como sirviente del rey Enmerkar que, según la lista de los reyes sumerios, fue el

segundo rey de Uruk y gobernó por 420 años (antes del relato de la epopeya de Gilgamesh). Pero Enmerkar gobernó Uruk, mientras Ush nació en Ur, por lo que esta mención puede o no ser al mismo mago.

Por otra parte, la ciudad de Kussur sólo es mencionada en esta estela, pero no se encuentra en ninguna otra fuente. Por lo que se cree que Kussur (si en verdad existió) fue destruida antes del 2500 a. C., antes del relato de la «Estela de los Cuervos».

Finalmente, los sirvientes del panteón mesopotámico son conocidos como los Anunnaki, pero en la tablilla es clara la descripción de los horribles ojos alados, y del esperpento gigantesco y grotesco que se posicionó sobre el zigurat de Kussur y lo destruyó. Esta descripción no coincide con ninguna otra encontrada de los Anunnaki, y deja más preguntas para los investigadores.

Ninguna otra tablilla cuneiforme ni ninguna otra fuente antigua mencionan a Natum, Eana, Inna o al Mago de Ur.

LOS DUENDES

Imagina esto: que vives solo y en medio de la silenciosa y oscura noche escuchas pequeños pasos sobre el techo o en el primer piso de tu casa, sin tener gatos o perros. O imagina que si no cierras las puertas éstas empiezan a mecerse como si una mano invisible las abriera; peor aún, se cerraran de golpe sin viento. Imagina que debes dormir con la luz encendida porque apenas la apagas ves tres figuras pequeñas y más negras que la misma penumbra, de pie e inmóviles como estatuas, mirándote desde el umbral de la puerta, fijos, esperando que te duermas. ¿Podrías dormir con esas tres sombras a tus pies? Imagina que esas tres pequeñas figuras se acercan cada vez más a la cabecera de tu cama con cada parpadeo... cada vez más cerca, hasta estar casi en tu rostro... pues ese es mi diario vivir desde ya casi un mes.

Todo empezó durante mi cumpleaños. Una tía que vive en el extranjero me envió como regalo tres pequeñas estatuas de duendes para poner en el jardín. Un regalo, creo yo, para salir del paso. Yo simplemente las dejé en el jardín y poca atención le puse. Pero casi de inmediato empecé a sentir presencias en mi hogar. Vuelvo y aclaro que vivo solo. Empecé a sentir pequeños empujones en las pantorrillas cuando subía o bajaba las escaleras, como si alguien pequeño intentara lanzarme por los escalones. Incluso alcancé a pensar que eran pequeños temblores.

Pero ese era sólo el comienzo. En la cocina los cubiertos empezaron a cambiar de cajones, incluso apareciendo en las gavetas más altas, donde tenía las ollas. El suceso con cubiertos más extraño fue cuando encontré una cuchara en el baño del segundo piso. Además, los productos de aseo (como el desodorante y el jabón), empezaron a acabarse bastante rápido. Todo esto pueden parecer travesuras mínimas, y lo son, pues lo verdaderamente aterrador empezó hace tan sólo un mes.

Cuando mi madre vino a visitarme nos tomamos una foto en el jardín con la casa de fondo, pues era un día soleado y agradable... las estatuas de los duendes no salieron en la foto. Es como si hubieran desaparecido por completo. Mi madre no se dio cuenta del detalle; pero yo sí, pues ya tenía sospechas de esos malditos seres. Todos estos extraños eventos habían empezado desde mi cumpleaños, por lo que deducir no era difícil. Y cuando fui consiente que eran ellos, empecé a verlos. ¡Los vi! Empecé a verlos corriendo por la casa, pequeños y como sombras tridimensionales. Eran rápidos y aterradores. No les veía el rostro ni el cuerpo, sólo veía una masa negra y bípeda que a veces se quedaba quieta y, de repente salía a correr. Otras veces simplemente se asomaban en algún rincón de la casa, silenciosos, espiándome, aterrándome.

De repente empezaron a entrar a la casa por las noches a esperar a que yo me durmiera. Yo sentía su presencia cerca de mi cama, por lo que tuve que empezar a dormir con las luces prendidas y el televisor encendido para no quedarme en el silencio y en la oscuridad absoluta. No quería percibirlos. Sólo quería olvidarlos, ignorarlos y poder dormir en paz.

Hace unos días mi novia decidió quedarse a dormir; pero a las tres de la mañana empezaron a escucharse pasos en la cocina, allá abajo. Primero fueron leves, pero de repente se sintió

el caer de un cuchillo. Esto fue suficiente para que ambos quedáramos sentados del miedo en la cama. Creo que sobra decir que ella ya me aseguró que jamás se quedaría de nuevo en mi casa.

Así que ayer, furioso, bajé a primera hora del caluroso día y salí al jardín, y destrocé las estatuas de los duendes con un martillo. Creo que los vecinos se alarmaron, pero nada dijeron. Mientras las rompía, sentía satisfacción y a la vez terror por alguna represalia sobrenatural de esos pequeños y malditos seres. Había dos caminos: o me libraba o me condenaba.

Hoy, ya de noche, acabé de sentir cómo se abría lentamente la puerta de mi casa... ahora escucho suaves pisadas subiendo las escaleras... y, no quiero voltear a mirar porque sé que están detrás de mí, en el umbral de mi puerta, inmóviles como figuras de mármol negro, con un aura roja a su alrededor, y estoy seguro de que están muy molestos.

CRÓNICAS DE UN SINIESTRO SECUESTRO

El bochorno era inaguantable, el aire estaba estancado entre las cuatro paredes y las ataduras me tallaban las muñecas. Simplemente parecía que mi mundo menguara en medio de sombrías apariciones y mi ser se ahogara en deseos de morir, mientras me sentía privado de mi libertad.

Ya llevaba tres días y dos noches de cautiverio, oculto en un rústico escondite entre la selva tropical. No me habían sido concedidas las peticiones de aflojar las amarras, y mis muñecas estaban prácticamente destrozadas por las cabuyas, apretadas férreamente con fiera inclemencia. Las cabuyas de los pies no me ardían tanto, pero sentía espantosos calambres. Además, mis captores me habían puesto una pañoleta sobre los ojos, la cual se había aflojado, dejándome ver poco de mi entorno.

Recordaba una y otra vez el fatídico día que me secuestraron: Salía del interior del país hacia el norte, cuando un falso retén detuvo el bus y subieron cuatro encapuchados con fusil en mano. Entonces se dirigieron a una mujer joven y, con violencia, la tomaron por los cabellos y la obligaron a bajar. Después se llevaron a un anciano bien vestido y elegante, y finalmente me capturaron a mí.

Nos subieron a una camioneta muy lujosa, nos amarraron unos a otros y nos vendaron los ojos. Sentí que nos llevaban por sendas destapadas, y por los reflejos de luz que se filtraban por la venda, deduje que nos internaban a la frondosa y espesa selva. Duramos buen tiempo en movimiento, en medio de sonidos selváticos, hasta que sentí que la camioneta se detuvo, y, a ciegas, caminamos obligados por un guadal muy lacerado.

Bajo el fuerte calor, subimos una pendiente prolongada hasta finalmente llegar a lo que creo es una choza escondida entre la maleza. Allí nos desamarraron y nos separaron. A mí me guiaron a ciegas hasta llegar a un estrecho y claustrofóbico cuarto. Me amarraron a la cama y me mantuvieron solo con agua amarga y pan duro y mohoso. Por esta clase de alimentos, mi estómago se empezó a retorcer en violentas contracciones.

No supe nada más del anciano, pero escuché los gritos de la joven un día después de nuestra captura. Era obvio que la joven estaba siendo ultrajada, pues sus gritos eran de auxilio y desesperación. Me cuesta trabajo pensar en los horribles tratos que la joven recibió por parte de nuestros captores.

En cuanto a mí, los secuestradores poca atención me prestaron. Simplemente daban rondas para vigilarme, y me alimentaban de mala gana, pues no me soltaban las apretadas y fastidiosas amarras.

Como ya he dicho, la pañoleta sobre mis ojos había cedido un poco, dejándome detallar el cuarto. La cabecera y el costado izquierdo de la cama se recostaban contra las paredes. A

mi derecha había una mesita de mimbre que sostenía una lámpara de caperuza. En cuanto al frente, había un cuadro de Simón Bolívar y una gran grieta que subía desde el piso hasta unos cincuenta centímetros aproximadamente.

Al cuarto entraba mucho calor, tanto de día como de noche. A veces, por las noches, escuchaba a los secuestradores hablar sobre rescates y nuevos golpes; pero no sabía dónde estaba ni qué harían conmigo. Con fuertes calambres a causa de la falta de movimiento, el estómago lacerado y el rostro enjugado por el sudor, no deseaba más que morir, pues mi esperanza de ser liberado se apagaba con los eternos minutos que se esfumaban.

Entonces, en medio de la angustia y la desesperación, llegó la tercera noche. Cerré los ojos y, a ciegas, tragué renuente el inmundo pan que uno de los captores me embutió. Cuando se retiró, levanté la pañoleta con movimientos de mi cabeza, y me quedé por buen tiempo detallando cada rincón del azulado cuarto. Parecía ser plenilunio, pues la luz plata entraba por un ventanal de marco oxidado y en cruz a mi derecha. La luz, aunque tenue, dejaba el cuarto lleno de sombras, que con el pasar del tiempo me parecían más deformes y monstruosas.

Llevado por una extraña ansiedad, me sumí a un estado tembloroso. Tenía los nervios muy alterados y la respiración se me entrecortaba cada vez que me parecía ver una sombra fuera de lugar. Y de súbito, y en medio de un silencio sepulcral, sentí que la sangre se me heló al escuchar un grito desesperado. De inmediato identifiqué la voz de la joven que había sido capturada conmigo. Después del grito vinieron más gritos, provenientes de los secuestradores, y logré escuchar un violento forcejeo. Mi corazón de nuevo se angustió al pensar qué clase de enfermos actos se desarrollaban fuera de mi habitación.

Poco después todo fue tranquilidad de nuevo. Creí escuchar los sollozos de la joven, pero no estoy seguro de ello; y en medio de la calma, intenté dormir. Cerré los ojos, olvidando las sombras terroríficas, y entré a un sueño intranquilo y fraccionado.

A la mañana siguiente fui despertado por uno de mis captores con un vaso de agua, tibia para mi disgusto. Parecía ser que me estaba deshidratando a causa del calor, pues, aunque estaba inmóvil, me sentía cansado y sin fuerzas. El dolor en mi estómago se había aliviado, pero aún me fastidiaban las amarras. Sin embargo, guardaba silencio, pues no deseaba molestar a los secuestradores.

Así pasé todo el día, bajo el picante calor y un pegajoso baño de sudor. Mis esperanzas cada vez decaían más y el deseo de morir se incrementaba, olvidando por completo el entorno que me rodeaba. El desánimo me ganaba la batalla, pues poco pensaba en mis seres queridos y en mis proyectos a medio hacer. Me fijaba más en las desdichas de la joven y en mis propias desdichas.

Cuando la noche cayó, iluminada y fantasmal, esperé a que el guardia que me alimentaba se fuera para por fin abrir mis cansados e hinchados ojos y mirar mi cuarto. Entonces, cuando sentí que el hombre cerraba la puerta de la habitación con llave, abrí los ojos súbitamente; pero cuando los enfoqué fuera de la pañoleta, hacia mis pies, mi ser se llenó de terror: Una sombra lánguida y esbelta, semejante a la pata de un insecto monstruoso, parecía surgir

cautelosamente de la grieta en la pared frente a mí. La pata, casi invisible por las sombras cercanas, se movía lentamente, como tanteando su entorno; pero de repente se internó de nuevo a la penumbra de la grieta.

Al principio quedé estupefacto por mi visión, y mi ser entero empezó a temblar, al mismo tiempo que mi corazón parecía deseoso de salirse de mi pecho. Pero después caí de nuevo en un estado racional, y creí que era una ilusión óptica causada por las sombras. Para corroborar esta idea, volteeé mi cabeza un poco y miré hacia la ventana. Allí revoloteaba contra el cristal un lánguido zancudo de patas largas y alas grandes, intentando entrar. Esto explicó la aparición, y me tranquilizó. Pero había algo seguro: Mis nervios cada vez se tornaban más susceptibles, y si no me mataban mis captores, lo haría un susto súbito.

La situación se estaba empezando a ennegrecer, pues después de tan absurdo susto no pude dormir. Lo más doloroso era que yo sabía que mi temor no era justificado, pues me parecía lo más ridículo del mundo. Sin embargo, mi ser parecía estremecerse al ver la grieta en la pared, y la ventana se me asemejaba cada vez más a una boca espantosa e iluminada de un demonio circundante. Esa noche no pude conciliar el sueño, aunque estaba muy cansado.

Las próximas dos noches no sucedió nada aterrador, aunque en mi ser se sembraba un temor inexplicable. Inclusive, los duros tratos de mis captores pasaron a segundo plano. La habitación se había asemejado a una cálida tumba llena de sombras y sonidos tenues. Pero lo que más me desconcertaba era que todo había sido producido por mi mente y un profundo estado de idiotez.

El séptimo día después de mi cautiverio, el 12 de febrero, mis secuestradores me quitaron la venda del rostro. La fuerte luz me encandiló los ojos; pero cuando pude enfocar los rostros de mis captores, vi que eran hombres jóvenes e inexpresivos. Sus rostros, descuidados y barbados, mostraban una fuerte fiereza, y sus cabellos eran grasosos y arremolinados. Me dieron de comer una carne casi cruda, manjar que me supo a gloria, y tomé apresurado el vaso de agua que me brindaron.

Cuando se retiraron, miré mi entorno por fin a la luz del caluroso día: Era más estrecho de lo que había supuesto. El calor se hizo más tolerable sin la venda, pero las amarras no cedían. Tenía todo el cuerpo entumido y en las extremidades sentía un incómodo cosquilleo a causa de la falta de sangre.

Sin embargo, ese día vi el crepúsculo con maravilla y felicidad. Sin la venda sobre los cansados ojos, los tonos rojizos y dorados del cielo eran visibles en su total esplendor, y entre las frondosas copas de los árboles circundantes se filtraba una dulce luz de oro. Tan pequeño logro fue para mí una inmensa alegría, pues me sentí de nuevo vivo y con las esperanzas reanimadas.

Pero mi felicidad fue acallada cuando la oscura noche llegó. Aunque el ángulo en el que estaba no me permitía ver la luna, deduje que empezaba a menguar; pero sí veía muchas estrellas rutilantes. Sin embargo, la luz que entraba a mi habitación era muy lívida, tenue y fantasmal; en cambio, las sombras inundaban el entorno en desfiguradas formas.

A las tres de la mañana, aproximadamente, escuché de nuevo los sollozos de la joven, lo que me afligió de sobremanera. Además, creí ver un roedor corriendo rápido al costado derecho de mi cama. La luz era muy escasa, pero por la forma de moverse, supuse que era un ratón lo que se escondía debajo de la cama.

Cuando el sueño me estaba dominando por fin, mis ojos se abrieron de súbito al escuchar un suave golpe proveniente debajo de mi cama. Al no poder moverme, me vi obligado a especular, llegando a la conclusión de que el ratón había producido el sonido seco. Sin embargo, mi ser no se pudo calmar en toda la noche, y solo pude dormir cuando los primeros rayos del sol se colaban por los verdes ramajes del rededor.

La falta de sueño me estaba alterando los nervios, cosa que parecía disgustar a mis secuestradores, pues me empezaron a tratar con más dureza, hasta el punto de apretarme aún más las amarras; acto casi inhumano. Rogué a uno de mis captores que me cambiara de cuarto, pero en vez recibí un fuerte golpe en la cabeza con un pedazo de madera.

-¿Cree que tiene derechos aquí?! ¡Si quiere lo ponemos en un hotel cinco estrellas! –gritó el secuestrador airado.

Así que no pude hacer más que bajar la cabeza, mientras sentía con fastidio la tibia sangre bajar por mi frente. El dolor de cabeza era inaguantable, el entumecimiento estremecedor y la esperanza débil.

Pero allí no terminaron mis lamentos: La noche del 13 de febrero, con una pantalla de sangre coagulada sobre la frente, vi que mi habitación de nuevo tomaba visos espantosos. Las sombras se alargaron lánguidas y horripilantes, y los tenues sonidos aceleraron mi corazón de forma escandalosa. Sentí el roedor bajo mi cama, pues parecía correr en círculos, inquieto y alarmado. Intenté mirar bajo la cama, pero las cabuyas me lo impidieron. Entonces renuncié a todo intento, y permanecí quieto.

Cerré los ojos para imaginar los movimientos del roedor, pero me fue imposible. Así que me sacudí bruscamente sobre mi cama, lo cual hizo que el ratón saliera nervioso hacia la grieta de la pared frente a mí. Esperé por mucho tiempo que saliera, pero no lo volví a ver.

Abrí de nuevo los ojos a las cuatro de la bochornosa mañana. El sueño se me había vuelto esquivo a causa de los nervios. Entonces, en medio de un silencio aterrador, me enfoqué en la grieta. La pared frente a mí no estaba a más de tres metros, cosa que me impacientaba. Y, de súbito, escuché un sonido seco proveniente del interior del agujero. ¿Qué clase de criatura yacía escondida en la negra grieta?! Mi corazón no se relajaba y el silencio volvió a invadir el recinto.

No sé por cuánto tiempo me quedé mirando el oscuro agujero, pero incluso me atrevo a escribir que, mientras estuve atento a la abolladura en la pared, los ojos me lagrimearon. Intenté calmarme respirando profundo, hasta que lo logré. Después del suceso, cerré los ojos e intenté dormir de nuevo, pero entonces escuché una suave voz.

-¿Estás despierto? –preguntó la joven aparentemente desde un salón contiguo. Su acento era paísa.

-Sí –respondí a modo de susurro-. ¿Estás bien?

-No aguanto más –dijo la joven con indescriptible angustia.

Las palabras parecieron lastimarme el alma. Y en contra de mi realista pensamiento, aseguré: -Debes tener fe, pues nos van a rescatar.

Ella pareció soltar una nerviosa risa. -Sabes bien que no lo van a hacer, ¿cierto? -dijo sin vacilar.

-Pero no podemos hacer más que esperar.

Entonces escuché el abrir de una puerta, y un hombre gritó furioso: -¡Es hora de dormir, zorra!-. Al poco tiempo sentí golpes y lloriqueos, y mi aflicción se hizo más profunda. Después de eso, no pude dormir.

No era ni la sombra de lo que era antes del cautiverio: Estaba sucio, barbado y con el cabello pegajoso. La sangre sobre mi frente se mezclaba con el sudor, y las amarras prácticamente habían destrozado mis miembros. Pero al pensar en el trato de la joven por parte de los secuestradores, olvidaba todas mis desdichas y hasta me consideraba afortunado.

Ya llevaba casi semana y media, según mis cálculos. Las noches se habían vuelto eternas y terroríficas a causa de mis nervios, y los días eran largos y muy cálidos. Me sentía cada vez más cerca de la muerte. Las pocas horas en las que podía conciliar el sueño eran acompañadas por horribles pesadillas. Mas lo que en verdad me asustaba era que, poco a poco, la franja que separaba mis pesadillas de la realidad era cada vez menos gruesa, confundiendo mi cerebro y sumiéndolo a indescriptibles horrores.

Al medio día del 16 de febrero me despabilé. Miré mi tedioso y cálido entorno y me sumí de nuevo a la cruda realidad. Pero cuando enfoqué la gran grieta, mis ojos se abrieron de espanto, pues puedo jurar por lo más querido, que vi unas enormes y lánguidas patas ocultarse lentamente en la grieta. Eran tres, de un negro más oscuro que la noche y de unos treinta centímetros. Las patas se escondieron con sigilo, y se asemejaban a largas y delgadas varas.

¡¿Qué clase de bestia se ocultaba en las tinieblas de la pared?! Las patas, por lo que había podido deducir, eran las de un insecto enorme y monstruoso. ¿Acaso mi cerebro estaba pasando a un letargo que me estaba enloqueciendo?

¿Pero y si era verdad lo que había visto? La sola idea de tomar por verdadera mi visión me causaba terror. Estaba inmovilizado, y aparte, tenía un ser espantoso a menos de tres metros. ¡Quién sabe qué pasaría si me dormía plácidamente! ¿Acaso el monstruo saldría de su macabro escondite y me inyectaría su tóxico veneno?

El terror se apoderó de mí, a tal punto, que me puse a gritar y a sacudirme con violencia. Casi de inmediato llegaron dos de mis secuestradores y me golpearon con fuerza en el abdomen, sacándome el aire. Me gritaron infinidad de injurias, pero poca atención les puse, pues mi atención estaba puesta en la horrible y lánguida grieta. Rogué que me cambiaran de habitación, pero mis captores no hicieron más que golpearme con una vara de guadua y con las culatas de las pistolas. Así que, resignado y lleno de dolor, dejé de insistir.

El día se me pasó rápido y la noche cayó con ambientes fúnebres. La grieta pareció más oscura que las tinieblas, y el cuarto tomó un aspecto más atroz que los días anteriores,

quizás por mi alterado estado. Me sacudí con fuerza de nuevo, intentando aflojar las cabuyas; pero el guardia que estaba cerca de mi puerta se dio cuenta de mi desesperada empresa, y de inmediato me apretó las amarras con un nudo ciego.

La desesperación se hacía cada vez más inaguantable y agónica. Aunque del agujero nada emergía, el pensar que había oculto algo entre la pared me aterraba. Mi cuerpo empezó a temblar y mi rostro se bañó en sudor; pero nada emergía de la grieta. La incertidumbre me agobiaba, pues era mejor que algo saliera de la grieta en ese momento, y así apagar mis dudas; pero nada emergía de la fisura. Las sombras se tornaron monstruosas y desfiguradas, y el silencio se hizo denso, hasta el punto de sentir solo el estrepitoso latido de mi corazón. La sangre corría por mis venas intentando oxigenar el alterado cuerpo, e incluso creo que alcancé a desmayarme por unos minutos a causa del pavor; pero nada emergía de la grieta.

¿Qué demonio había tras la espantosa abertura?! De hecho, ¿acaso había algo? La duda estaba consumiendo mi ser por completo, hasta el punto de una absurda locura. Las tinieblas parecían intensificarse en el interior del cuarto, y el viento acariciaba con fantasmal sutileza los cristales de las ventanas. Pero la hendidura, más asemejada a una garganta macabra e infernal, no escapaba la pesadilla que anidaba en su interior.

El horror que en mi estómago se enterraba me estremecía por completo, haciéndome tomar profundas bocanadas de tibio aire. Me era imposible dormir, pues temía que el espanto saliera y se acercara mientras yo dormía. Pero si salía, ¿acaso podría hacer algo? Me era imposible moverme, así que, si el monstruo emergía por fin, no podría hacer más que verlo.

La tétrica noche acabó para mi alivio. Mis ojos se hincharon y se enrojecieron a causa del trágico desvelo, y mi cuerpo aún tiritaba de temor. Con la subida del sol, la calma volvió a invadir mi ser. La grieta parecía más pequeña y menos intimidante a la luz del día, lo que ayudó a disminuir mi intranquilidad. Intenté dormir, pero uno de los secuestradores entró al cuarto y me embutió el desayuno con desagrado. Solo logré dormir poco después de mediodía, cayendo en un letargo intranquilo y fraccionado.

Cuando desperté, ya la luna se posaba plateada en el cielo despejado. Parecía estar en una pesadilla que no terminaba. La noche daba al recinto un aspecto críptico y espeluznante, lleno de ilusiones fantasmagóricas. Parecía que cuando el sol se ocultaba era llevado de la selva tropical al más aterrador de los castillos.

Entonces mi incertidumbre se despertó de nuevo, causando estrepitosos síntomas, como el tiritar de mi cuerpo y el ya acostumbrado sudor en mi frente. Así pasaron las horas, mientras desde el interior de la oscura grieta sentía que el monstruo me miraba fijamente, esperando un solo descuido mío, solo uno. Quizás el delirio ya se había apoderado de mí completamente; pero en verdad sentía que desde el interior del agujero me observaban.

Los minutos pasaban, mientras en mi ser se filtraban matices de angustia y duda. Algo tenía en claro: No debía dormirme. El silencio era opacado por los sonidos selváticos, pero en el cuarto preponderaba la expectativa. ¡Dios mío, ¿qué hay oculto en las tinieblas del agujero?!

Y la respuesta llegó: A mis atónitos ojos emergieron de la penumbra de la grieta cuatro esbeltos miembros, sujetándose a la pared. Mi respiración se cortó y mi ser se heló, pues parecía estar en la más horrible de las pesadillas. Las sigilosas patas se movían lentamente y de forma elegante, tanteando, y de vez en cuando se escondían de nuevo en la grieta, desapareciendo de mi asombrada vista.

Yo no podía hacer más que ver con horror cómo el monstruo dejaba sus extremidades al descubierto, pues yo permanecía postrado a la cama por las amarras, inmóvil. Deseaba levantarme de la tediosa cama y salir corriendo de allí, sin importar que los secuestradores me mataran; prefería morir a balazos que permanecer un momento más en las páginas de este cuento de terror; pero no podía hacer más que mirar.

Me intenté aflojar de nuevo los nudos de las cabuyas, pero todo fue inútil. Y vi con miedo que las patas se dejaron de mover al sentir el movimiento que yo hacía al intentar desamarrarme. Yo me petrifiqué y dejé de inmediato mi empresa, pues temía que la bestia saliera por fin de su estrecho nido y arremetiera contra mí. Parecía ser que el movimiento impacientaba y excitaba al monstruo.

Al no sentir más movimiento de mi parte, la bestia siguió palpando la pared con sus largas y delgadas patas, las cuales dejaban caer sobre la pared una vacilante sombra que daba una ilusión óptica que maximizaba la verdadera longitud de cada miembro, haciendo la escena más espantosa.

Y finalmente, después de unos pocos minutos, el monstruo encogió sus patas como si fuesen compases, y las introdujo de nuevo en el agujero, desapareciendo de mi vista. El resto de la noche permanecí paralizado y con la mirada fija en la grieta. El largo y delgado agujero parecía inmolarme mi vista con fuerza e inexplicable terror.

Llegó el 18 de febrero, un día excesivamente caluroso y tedioso. Mi cuerpo, enjuagado por completo a causa del sudor, ya no me respondía, pues las amarras habían impedido el flujo de sangre a mis extremidades, y, por tanto, el dolor se hacía casi inaguantable. Mi estómago parecía haberse acostumbrado a la putrefacta comida que me brindaban mis secuestradores, pero la deshidratación me causaba mucho cansancio e incomodidad.

El sol, bien arriba, convertía mi cuarto en un fastidioso horno, y el aire, rebotando en las paredes, era denso y bochornoso. Pero, aunque el calor era tan intenso que se volvió imposible ignorarlo, lo que más llamaba mi atención era el extraño ser que se escondía en el agujero.

Permanecí atento a la grieta, mientras a mi alrededor se desarrollaban acontecimientos que poco interés me producían. Escuché por parte de los secuestradores algo relacionado con pagos y rescates, y a las tres de la tarde se escuchó un helicóptero sobrevolando las copas arbóreas de la frondosa y densa selva.

Pero cuando el helicóptero pasó sobre los árboles, a una distancia cercana de la choza, sentí un brusco movimiento tras la pared, como si el ruido del helicóptero excitara a la bestia. Y escuché un golpe seco, como si el ser trepara entre la pared un metro aproximadamente.

¿Qué clase de bestia hay entre la pared?! ¿Qué monstruo se esconde y me asecha en la oscuridad?! Mi desesperación se tornaba cada vez más intensa, pues no sabía con qué clase de animal compartía el cuarto.

Después del paso del helicóptero, mis captores se sumieron en intranquilidad, lo cual nos trajo fatuas consecuencias: La joven y yo fuimos golpeados con violencia con varas de guadua en las piernas ya casi insensibles. La joven, en el cuarto contiguo al mío, lloraba desconsolada, mientras yo soltaba gemidos silenciosos. Jamás pensamos que el sonido de un helicóptero nos causara tanto dolor.

Sin embargo, con un ojo hinchado a causa de un golpe, múltiples contusiones en brazos y piernas, y un fuerte dolor en el pecho; el sonido del helicóptero me avivó las esperanzas. Entonces salí por un momento de la locura y la desesperación, y me vi de nuevo caminando libre por el mundo. El helicóptero significaba que los rescatistas estaban sobre la pista de los secuestradores. Incluso llegué a pensar que no moriría en tan inmundo sitio.

Pero mis esperanzas sufrieron una gran congoja al escuchar a los secuestradores.

-Matemos a esos estorbos, que nada van a pagar por ellos –dijo uno de los secuestradores.

-Sí –añadió otro, que con nerviosismo y acelere, entró a mi cuarto con un revólver en la mano.

En ese momento mi corazón se aceleró y mis pulmones se vaciaron por completo. La idea de morir ya era cotidiana en mi pensamiento, pero jamás había visto la muerte tan cercana. Había deseado morir en el transcurso de mi cautiverio, pero al escuchar el helicóptero y pensar de nuevo en la libertad, había cambiado de parecer. Así que, simplemente cerré los ojos y esperé a que la bala me atravesara. Pero entonces, quien parecía ser el mandamás, interrumpió.

-¡Esperaremos a que nos paguen y nos largaremos sin dejar rastro! –gritó el corpulento hombre.

Las palabras detuvieron al hombre del revólver; pero yo no quise abrir los ojos. Poco después escuché que la puerta de mi cuarto se cerraba con llave y los hombres discutían a grito tendido.

El ambiente permanecía tenso cuando la noche cayó. Al escuchar las sádicas formas que los secuestradores proponían para desaparecernos, la habitación perdió importancia. Parecía haber salido del espantoso estado de locura y fantasía, y ahora me sumía en un peligro real y próximo.

Pero la discusión se intensificó como a las once de la noche, y en mi mente se enterró de nuevo el temor. Parecía ser que los secuestradores habían ingerido alcohol, y la borrachera hizo que los golpes aparecieran a diestra y siniestra. La violencia de la pelea fue tal, que uno de los secuestradores cayó muy golpeado contra la puerta de mi cuarto, causando un estruendo muy fuerte que aumentó mi pánico. Parecía ser que dos de los secuestradores estaban decididos a matarnos, mientras los otros dos, llenos de codicia, deseaban el rescate.

Cuando el hombre chocó contra la puerta, mi ser cayó en el más alto de los delirios que el miedo puede producir. -¡Dios mío, sálvame! –grité a los cuatro vientos cuando vi por fin el

engendro que tanto me había agobiado. Nada me había preparado, ni siquiera mis más horrendos pensamientos, para asimilar tan espantosa figura. Pero por la conmoción de mis captores y el gran estado de embriaguez, el grito fue ignorado.

El choque contra la puerta había inquietado al monstruoso adefesio, que silenciosamente salió de su inmundo antro y trepó rápidamente la pared hasta posarse bajo la luz de plata de la luna menguante. Los ocho miembros, flacos y elegantes, tenían como treinta centímetros de largo de la fina punta hasta el corpulento tronco. El abdomen era enorme y monstruoso, y la cabeza y el tórax, del tamaño de una pelota de golf, sostenía unos pedipalpos horrendos y unos colmillos espantosos. La monstruosa araña, del tamaño de una charola mediana y negra como la penumbra, permanecía estática sobre la pared, dejando caer su esbelta sombra, cosa que le daba una apariencia más famélica.

Mi ser se petrificó al ver la horripilante aparición, semejante a una gigantesca Viuda Negra. ¿Cómo había sido capaz de dormir teniendo tan gigantesco engendro asechando? Y si se acercaba, ¿cómo me libraría de él? Las amarras seguían inclementes y mi cuerpo ya no me respondía. ¿Qué demonios podría hacer si tal bestia me tomaba como una de sus desdichadas víctimas?!

Aunque mi desespero era enorme y desesperanzador, no me moví ni un centímetro, pues la araña parecía no verme, y lo último que quería era que se excitara y se fijara en mí. Mentalmente oré a todos los santos que a mi cabeza vinieron, y con el corazón como un motor y los ojos húmedos, cansados y bien abiertos, vi cómo el macabro insecto se guarnecía nuevamente en su espeluznante grieta.

Aunque la araña no estaba a mi vista, mi ser no pudo tranquilizarse desde entonces. Mi cuerpo empezó a temblar de forma escandalosa, mientras sentía mi corazón bombear sangre de forma rápida. Poco después de la salida de la araña, la algarabía acalló, concluyendo que esperarían el rescate. Aunque estaba a salvo por un día más de mis secuestradores, no podía respirar calmadamente, pues ahora consideraba a la araña como principal peligro.

No dormí en toda la noche, y recibí el mísero desayuno con los ojos cansados, pero bien abiertos. Por más que rogué al guardia que me cambiara de cuarto, mis peticiones fueron de nuevo ignoradas. Entonces recurrí a una medida más desesperada, y me empecé a zarandear con fuerza para ver si la araña salía y el hombre que me daba el desayuno la veía. Sin embargo, la araña no salió de su deforme y delgado escondite.

-Si en verdad desea tanto un cambio de cuarto, voy a hablar con los otros a ver si lo guardamos en otra parte –dijo el hombre, que de mal humor salió de la habitación.

Mi ser pareció descansar al escuchar tales palabras. E intenté descansar, pero se me hizo imposible.

Poco después fui llevado a un cuarto contiguo. Me desamarraron las cabuyas y sentí que el cielo bajaba hacia mí, pues mis miembros, aunque encalambrados y destrozados, volvieron a ser llenados de sangre, y aunque sufría un inmenso dolor a causa del largo tiempo de inmovilidad, parecí despertar de una pesadilla. Al no poder siquiera caminar, dos de los secuestradores me cargaron por un pasillo iluminado por la dulce luz del día, y me dejaron

sobre una cama similar a la anterior. Allí, para mi desconsuelo, me amarraron de nuevo; pero esta vez con menos fuerza.

El cuarto era más fresco, pues había dos ventanas abiertas: Una a la cabecera de la cama y otra postrada en la pared derecha; parecía ser un cuarto esquinero. Entonces cerré los ojos cansados y decidí dormir. Pero un pequeño sonido me estremeció y me sacó del letargo al que había caído con tanta dicha. El sonido era seco y ahogado, y para mí era obvio que provenía del interior de la pared.

Abrí entonces mis ojos con horror, y a mi ser volvieron los síntomas de nerviosismo, pues para mi desconsuelo, sabía de qué se trataba: El sonido, proveniente del interior de la pared frente a mí empezó a moverse de sitio, dejándome saber que era la araña que se movía entre las paredes de mi nuevo cuarto. Mi corazón se aceleraba cada vez más, ya que detectaba el pesado movimiento de la monstruosa araña cada vez más cerca. ¡Dios mío, ¿ahora qué?! La araña subió al techo y se arrastró hasta posarse sobre mi cabeza. Yo miraba el techo con pavor, pues temía que se desplomara y dejara caer la bestia sobre mi rostro. ¡Y aún permanecía atado e impotente para defenderme!

Entre el techo, y exactamente sobre mi cabeza, la araña pareció detenerse, pues el sonido mermó y se detuvo. El silencio pareció más intimidante, pues pensaba en horribles hados que la araña podía brindarme. De allí no se movió en todo el día, lo cual me aterró de sobremanera. En la noche, sentí un poco de movimiento, pero parecía ser que la araña solo se acomodaba. No se desplazó hasta el día siguiente, como a mediodía.

Cuando la araña finalmente se movió, el techo crujió en sus adentros, pues sostenía el monstruoso bicho. Entonces sentí que la araña bajaba por la pared de mi derecha, donde la cama se recostaba. El sentir a la espantosa araña tan cerca, a menos de cincuenta centímetros, hizo que mis pulmones se contrajeran y mi respiración se cortara no sé por cuánto tiempo. Cuando la araña, pasó a mi lado, aún entre la pared, me fosilicé del pánico.

Así, la araña se desplazó en diagonal, pasando a la pared donde la cama descansaba su cabecera, y después bajó y se quedó quieta por mucho tiempo. Entonces moví la cabeza y miré donde se había detenido. Me es imposible describir la zozobra y el horror que sentí al ver una enorme grieta en la pared a mi derecha. El agujero, más alto y ancho que la grieta del cuarto anterior, lanzaba un aliento hediondo, semejante al hedor de pútridas carroñas. ¿Cómo no me había dado cuenta de tan horrible detalle?

Estaba de nuevo al alcance de la araña, y nada podía hacer ahora. Los secuestradores no accederían a cambiarme a una nueva habitación, y mis amarras, aunque menos apretadas, me mantenían inmóvil. Aparte, mis miembros ya no respondían, por lo tanto, estaba literalmente postrado a los deseos de la araña. Ahora el escondite del monstruo estaba más cerca de mí, pero la bestia no era visible.

Así que la locura se posó en mi cerebro, olvidando mi entorno. Perdí la cuenta de los días, pues mi mundo solo se desplazaba en interminables y horribles pesadillas que se confundían con un fragmentado y tedioso sueño. El negro agujero me enloquecía poco a poco, a tal punto de olvidar el calor, el hambre y la sed. Solo la grieta inmolaba mi

atención, esperando con temor la salida del monstruo. La esperanza de ser liberado se nubló de mi mente, olvidando el mundo exterior por completo.

Entonces, en medio de mis espeluznantes y destructivos letargos, sentí que mis sentidos volvieron de súbito a mi cuerpo al escuchar una ráfaga de balazos exactamente fuera de mi cuarto. Al escuchar el estrepitoso movimiento tan cerca de mi cuarto, miré con horror que la araña, excitada por el ruido y los golpes cercanos, salía nerviosa y con paso elegante, pero rápido, de su horrendo escondite.

-¡Dios mío! ¡Ayuda por favor! –grité con todas las fuerzas de mis pulmones, y me empecé a zarandear con violencia para aflojar las amarras. Pero no hice más que inquietar a la espantosa araña, que de inmediato corrió a la pata inferior izquierda de la cama.

Después de otro violento estruendo en las cercanías, la araña subió a la cama por la pata y, con paso sigiloso, avanzó lentamente hacia mí. Se posó sobre mi pie izquierdo, mientras yo, aterrado, me movía con furia. Entonces la araña siguió avanzando lentamente, palpando con sus babosos pedipalpos mi muslo y produciéndome un nervioso cosquilleo.

-¡Ayuda! ¡Sálvenme! –grité de nuevo, pero los balazos opacaron el grito. Entonces la enorme araña se metió bajo mi harapienta camisa, causándome espantosos cosquilleos. - ¡Por favor! ¡Dios mío, sálvame! –volví a gritar, mientras la araña, bajo mi camisa, punzaba con sus patas mi blando abdomen. –¡Auxilio! –grité con más desesperación; pero entonces sentí la punzada: La bestial araña introdujo lentamente sus enormes colmillos sobre mi vientre, causándome una sensación de ardor sobre la piel. En poco tiempo me sentí inmóvil, incapaz de mover siquiera mi tronco. Una espesa baba subió como una amarga agriera hasta mi garganta, y se posó en mis inertes labios. Sin embargo, sentía aún los sutiles movimientos de la araña.

Poco después, la camisa se me subió hasta el cuello, y vi y sentí con horror, que la araña parecía inyectarme con un enorme aguijón espesos huevos en mi ombligo. El abdomen de la araña parecía sumirse en fuertes contracciones, mientras que una fastidiosa sensación me indicaba que los huevos se posaban en mi interior. Creí sentir la punzada en medio de mi ombligo, pero no estoy seguro. Así que, incapaz de aguantar más el terror, me desmayé, quizás por el veneno o por el dolor; no lo sabré nunca.

Al despertar, vi con asombro que me encontraba en un hospital al norte de la capital. Allí, mis alegres familiares me contaron que había sido rescatado, que los cuatro secuestradores habían sido abatidos y que la joven y yo habíamos sobrevivido. La joven, aunque había recibido un tiro sobre el hombro derecho, ya estaba fuera de peligro.

También me contaron que los rescatistas me habían encontrado en pésimas condiciones: Estaba deshidratado y desnutrido, y mis miembros estaban entumidos e inservibles a causa de las amarras. Sin embargo, los médicos habían afirmado que me repondría. Conté de inmediato sobre la araña, pero los médicos aseguraron que no tenía nada en mi estómago.

Por más que me mandé a hacer exámenes adicionales, nada encontraron los médicos en mi interior. Sin embargo, algunas noches siento fuertes dolores de estómago, y las náuseas son cada vez más agrias y frecuentes. A veces siento que me estoy muriendo. Pienso que dentro de poco tales insectos estallarán en mi interior, saliendo de sus babosas bolsas; y yo no seré

más que un nido de gigantescas y deformadas arañas que saldrán quizás por mi boca y mi nariz. Mas otros días simplemente me levanto rebosante de alegría y de salud, como si nada en verdad hubiera pasado.

Confieso, amigos míos, que he pensado en suicidarme; pero ¿qué tal si todo fue solo una pesadilla? ¿Acaso mi cerebro me jugó una mala pasada? A veces las siento mover sus finas patas y sus monstruosos pedipalpos, pero otras veces simplemente no siento nada. Hasta el día de hoy me invade la horrible duda de si todo fue real o simplemente fue una pesadilla.

LA DAMA DE LAS RATAS

El 17 de noviembre una carta llegó a la estación de policía. El caso tuvo poca cobertura mediática, pero fue un caso realmente trágico. La carta indicaba con lujo de detalles que había una mujer secuestrada en el segundo piso de una casona en el centro de la ciudad. Era de un remitente anónimo y la carta estaba hecha a mano.

Al llegar a la dirección indicada en la carta, la policía vio que era una casona antigua y enorme, con la pintura agrietada y estropeada por la humedad. Un gran olor a orina y a basura se acumulaba en la deprimida y estrecha calle que estaba repleta de «graffitis». Al entrar a la casona vieron que servía como un expendio de drogas. Había varios indigentes y drogadictos acostados en las arruinadas alcobas y en los estrechos pasillos, con bolsas con pegante y agujas infectadas.

Cuando se abrieron paso entre los habitantes de calle, entraron a una de las habitaciones del segundo piso y vieron la miseria en su mayor expresión: Una mujer, abrigada solo con una cobija, yacía amarrada como una bestia. Estaba tan desnutrida, que la piel le forraba los huesos y su rostro estaba cadavérico. Sus caderas sobresalían filosas y no tenía fuerza para levantarse. Las costillas le salían del pecho y la columna de la espalda. Su pelo estaba sucio y arremolinado. En la cama eran visibles las cucarachas, y debajo de la cama y entre las paredes se paseaban ratas negras y monstruosas. La cobija estaba llena de pulgas y de puntos rojos de sangre. La alcoba hedía a heces y a orina a tal punto de que los policías tuvieron que entrar con tapabocas.

La mujer no hablaba bien, y desconocía un gran número de palabras, pero se hacía entender. Mediante algunos balbuceos de su parte, e historias de vecinos y habitantes de la calle, se pudo saber que la mujer era hija de una anciana que la había mantenido encerrada por veintiséis años en ese cuarto (toda su vida). La anciana había muerto solo un día antes de que la carta fuera enviada a la policía. La pobre mujer no tenía nombre ni documentos de identificación; para la sociedad «no existía».

Al ver a la policía, la mujer (que fue llamada Milagros por ser considerada en verdad un milagro de supervivencia) sintió que nacía de nuevo. Vio cómo una policía le quitaba las ataduras de la cama; y mientras se sentía libre brotaron de sus ojos lágrimas de felicidad. Hubiera querido abrazar y besar a los policías para agradecerles, pero la desnutrición no se lo permitió. Salió de la casona alzada por un gran policía y fue llevada de inmediato a un hospital. Desde ese momento para ella esos hombres vestidos con uniforme se volvieron sus ángeles, sus héroes.

Después de unos días en el hospital, la mujer fue considerada una carga económica por las directivas, pues ninguna entidad cubría sus tratamientos y su estadía. Por lo tanto, Milagros fue expulsada del hospital. Ahora se encontraba sola en una dura ciudad llena de indiferencia. Ya tenía más fuerzas, y se apresuró a conocer las calles. Intentó hablar con las personas que encontraba en el camino, pero todas la ignoraban y le huían; pues Milagros tenía un aspecto enfermizo a causa de su encierro, y aunque tenía fuerzas para caminar todavía se notaban sus huesos, y su rostro era alargado y hundido.

No tenía ropa y no sabía pedir caridad. La aterró la televisión y el internet, y ver la enorme cantidad de personas que transitaba por el centro de la ciudad a unas horas determinadas. El sonido de los carros la asustaba, y el hambre la empezó a atormentar. Durante su encierro, su despiadada madre le daba de comer una repugnante sopa espesa y agua; pero ahora no tenía nada que comer, por lo cual empezó a extrañar incluso esa horrible sopa. Así pasaron los días, y el desespero la llevó a buscar comida en la basura cual perro callejero.

Pero en un golpe de suerte, Milagros fue encontrada por un buen hombre que la llevó a una institución para personas con adicciones. Milagros no sufría de ninguna adicción y no tenía problemas mentales; su único pecado fue nacer y ser muy inocente en un mundo sagaz. Por lo mismo, (por ser sana y no tener adicciones), la institución solo la tuvo unos días, alegando que los adictos necesitaban la cama más que una persona miserable pero sana.

Milagros fue arrojada de nuevo a la calle. Ese día, en la puerta de la institución, Milagros se sintió ahogada y con mariposas en el estómago, pues el solo pensamiento de dormir en la calle y aguantar hambre la paralizó. Lloró desconsolada mientras temblaba del miedo y de la desilusión. Se abrazó a sí misma y se sentó a sollozar mientras la gente pasaba a su lado, evitándola. Entonces se sintió la persona más sola del mundo.

Así pasaron los días y algunos meses. Durante ese tiempo sufrió de algunos dolores de estómago, pero los hospitales no la atendieron porque prácticamente «no existía» por no tener documentos. Se alimentó a través de los botes de basura y las sobras de los restaurantes. Dormía en estrechos callejones, aguantando frío y hambre. Incluso la prostitución le fue esquivada por su aspecto lánguido y poco agradable.

Y sus fuerzas se acabaron por completo el 5 de marzo, cuando sus salvadores se volvieron tiranos. Ella no siempre tenía acceso a los baños, así que hacía sus necesidades en la calle. A menudo los ciudadanos la insultaban, pero ella poco entendía; pues Milagros solo aprendió las palabras que su madre le decía. Ese día Milagros vio a dos policías y recordó a sus salvadores, tal y como siempre lo hacía al ver los uniformes. Su pecho se llenó de alegría al ver a sus héroes, y al recordar los dulces rostros de los policías que la rescataron. Pero estos policías se acercaron a ella insultándola, y la apalearon por hacer sus necesidades en la calle. El dolor de Milagros fue inmenso, pues ahora que estaba en la calle hasta sus héroes la trataban como a un animal.

Esa misma noche, adolorida por lo ocurrido, decidió ir de nuevo a la casita de donde había sido «rescatada», y entre drogadictos y risas ebrias subió las escaleras rechinantes y sucias, y llegó al pasillo y abrió la puerta de su antigua prisión. Todavía hedía, pues Milagros había tenido que dormir sobre su inmundicia durante su encierro. Pero ese hedor le trajo recuerdos menos caóticos, incluso familiares. La luz débil entre las cortinas sucias le causó gran sosiego. Entró y volvió a llorar, pero de alegría, porque se sintió tranquila. Sintió una paz indescriptible, lejos del caos, de los insultos, de la indiferencia, del ruido, del hambre, del frío, de la sed, del martirio.

Entonces se apresuró a cortarse las venas para que la sangre brotara, cerró la puerta y se acostó cómodamente, mientras una sonrisa de alegría se posaba en su rostro famélico y sus

ojos desprendían lágrimas de felicidad. Un calor de euforia le llenó el corazón y un aire de consuelo acarició su rostro. Finalmente, la inanición y el desangre la vencieron y no la dejaron levantar; pero ella no quería volverse a levantar de la cama. Y se quedó acostada como una niña tierna y dulce mientras las ratas se paseaban por sobre su cuerpo. En poco tiempo, bajo un olor fuerte proveniente de la cerrada habitación, Milagros dejó de ser un milagro. Cuando pudieron entrar a la habitación, los drogadictos vieron que la joven descansaba sobre la cama con una sonrisa sin labios y un hueco en el vientre, el cabello a tiras y la ropa enrojecida; pero descansaba bajo una calma que nunca conoció durante toda su vida.

EL LADRÓN

Fue una noche de fiesta como ya se había vuelto costumbre. Un sábado un poco alocado en el centro de Suba para dispersar un poco el estrés del trabajo. Llegamos al puente peatonal que tenía que cruzar para llegar a mi casa, que quedaba detrás del centro comercial, al otro lado de la avenida. Mis amigos, como siempre, tomaron un taxi y se fueron para sus respectivas casas. Yo, inocente del peligro, subí solo el puente, algo que ya había hecho incontables veces; pero esa noche fue diferente.

Estaba llegando al final del puente cuando un hombre alto y moreno se puso frente a mí con un cuchillo enorme. La borrachera se me pasó en ese momento, pasmado por el temor. Inicialmente los vapores del licor me impulsaron a defenderme, pero la razón me hizo entregarle mi celular al inquieto ladrón. Pero, no contento con eso, el infeliz me pidió la billetera y las llaves. Yo no pude hacer más que entregarlas, pues temía que tuviera compañía; y así era, pues en ese momento salió otro hombre que me seguía. Me insultaron y me dijeron que me fuera sin hacer ruido. Yo, impotente y furioso, no pude hacer más que devolverme hasta la mitad del puente. Y cuando ambos ladrones salieron a correr, yo di media vuelta y seguí hacia mi casa.

La cabeza me palpitaba de la adrenalina, y todo mi cuerpo temblaba. La falta de acción me rondaba la mente, y pensaba una y otra vez qué habría pasado si me hubiera demorado un poco más en el bar, o quizás menos. Quizás nada de esto hubiera pasado. También pensé en la cantidad de información que tenía en el celular: Contactos de familia y amigos, contactos de trabajo, fotos y videos. Recordé que no había descargado las fotos de mi viaje a Guatavita; pero al menos le había enviado algunas a mi hermana, por lo que podía pedírselas después. ¡Y los documentos! Realizar los trámites de la libreta militar, de la cédula, de la licencia de conducir... ¡Malditos ladrones! Tenía algo de dinero, no mucho; pero recordé que tenía las tarjetas de débito. Entonces apresuré el paso porque tenía que bloquearla, pues allí tenía la quincena recién depositada.

Y mientras iba sumido en mis pensamientos y preocupaciones, vi que de una calle cercana salieron tres hombres corriendo. «¿Otro robo?» pensé. «¡Malditas ratas, deberían morirse todas!» volví a pensar con rabia; pero este pensamiento pareció una profecía. Pensé en ir a ayudar a la víctima, pues yo mismo había sido una víctima reciente. Entonces vi a dos hombres tirados en el piso. Uno en la mitad de la calle, inmóvil y sobre un charco de lo que parecía ser sangre. Sus manos estaban sobre el cuello, y estaba en posición fetal. Supe casi de inmediato que estaba muerto, y que lo habían matado con una puñalada en el cuello. El terror me petrificó. Nunca había visto un muerto en mi vida, y frente a mí estaba un cadáver.

Pero volví de mi sopor al escuchar la voz del otro sujeto que estaba sentado contra una pared. Tenía sangre en el pecho. Al parecer este hombre también había sufrido algunas puñaladas. Me acerqué y, llámese karma o coincidencia, que era el mismo maldito que me había robado en el puente peatonal. Al parecer a esos desgraciados también los habían robado, o era un ajuste de cuentas.

-¡Ayúdame papá! Llama a una ambulancia.

Entonces me acerqué, le revisé los bolsillos y encontré mi billetera. La tomé de inmediato. Pero no encontré mi celular. Entonces, con un humor macabro, me levanté y le dije al ladrón con desdén: -Lo siento, no puedo llamar una ambulancia porque un maldito se robó mi celular.

Y me retiré mientras miraba de reojo cómo el hombre empezaba a contraerse de dolor, y se tendía en el pavimento al igual que su amigo muerto. Y antes de que yo saliera de nuevo a la avenida, el ladrón ya yacía muerto. Fue una noche agitada.

LA SEPULTURA

Un cementerio se puede definir de varias maneras: Puede catalogarse como un campo de sueños eternos, o también como un tapete de gusanos y esqueletos. Incluso algunos más osados pueden describirlo como un sitio de almas en pena que rondan por las tumbas; pero para Luis era simplemente su oficina.

Luis había trabajado como sepulturero desde su mayoría de edad. Lo había visto todo con respecto a su trabajo: Cientos de familias llorando a sus seres queridos, ataúdes finos y sepulturas humildes, incluso había estado en una balacera ocasionada entre unos familiares borrachos que tenían armas y habían empezado a disparar al cielo, y la policía que intentó frenarlos. Pero nada lo había preparado para lo que vio la noche de ese martes 25 de mayo.

Aunque el invierno estaba en auge, esa noche no llovía. El frío era intenso y una bruma espesa tapizaba el cementerio como lo muestran las pinturas terroríficas. Sin embargo, este ambiente tétrico solo causaba frío a Luis y a su compañero Víctor. Víctor también tenía que trabajar esa noche porque al día siguiente por la mañana iban a enterrar dos cuerpos. Y las familias, que eran poderosas, había pedido explícitamente que los huecos para los féretros estuvieran listos a las 6 de la mañana.

Resignados por trabajar esa noche, los sepultureros decidieron tomar unas cervezas antes de empezar a cavar. Las horas pasaban y las cervezas empezaban a acumularse en los cráneos de los hombres, que con chistes y conversaciones sin sentido olvidaban el terrible frío y la impenetrable oscuridad del rededor. Solo contaban con dos lámparas de bombillo. No estaban en el edificio principal porque allí se encontraba el guardia del cementerio: Un hombre rudo que había tenido problemas con ambos sepultureros. Las lámparas a duras penas iluminaban las tumbas cercanas del cementerio; pero era luz suficiente para disfrutar de una borrachera inesperada.

Ya embriagado, Luis se dispuso a iniciar su trabajo. Tomó de un solo sorbo lo que quedaba de cerveza y fue a tomar la pala que se encontraba cerca. Cuando la fue a levantar la sintió pesada, más pesada de lo normal. Pero pensó que era por el mareo de la embriaguez. Entonces cuando se la fue a poner en el hombro sintió que se la arrancaban de las manos. Trastabilló por un momento y sus dedos quedaron maltratados. Miró quién se la había arrebatado, pero solo había oscuridad. Tomó la lámpara, pero solo vio lápidas que reflejaban la luz por entre la bruma azulada que ocultaba el suelo. Miró a Víctor, pero estaba bebiendo cerveza a una distancia prudente, sentado sobre el pasto.

Entonces Luis volvió a tomar la pala e, iluminándola con la lámpara, se la puso en el hombro y se dirigió al sitio establecido para cavar. Con sus dedos un poco adoloridos, empezó a abrir la tierra; pero a los pocos minutos la lámpara se apagó de repente, dejando a Luis sumergido en la oscuridad. Aunque sabía que tenía los ojos abiertos no podía ver nada más que la lámpara de Víctor a lo lejos y al hombre sentado cerca de ella.

-¿Qué sucede Luis? -preguntó Víctor mientras intentaba buscar a Luis en la oscuridad.

-La lámpara se dañó -respondió mientras se dirigía a la luz de Víctor. Tomó la lámpara, dejó la suya y se apresuró a seguir cavando.

Mientras el hoyo tomaba profundidad, Luis sentía un cansancio poco común; como si hubiera trabajado sin descanso todo el día. Empezó a jadear, generando vapor de su boca. Los dedos de la mano maltratada cada vez le dolían más, y, de repente, empezó a sentir que tierra empezaba a caerle en la nuca y en la cabeza. Ya el hueco era muy profundo. Luis volteó a mirar para arriba pensando que era Víctor, pero no había nadie. Sin embargo, y para asombro del sepulturero, podía ver con claridad a la luz de la lámpara cómo la tierra caía sobre él como lanzada por alguien. Entonces salió de inmediato de la tumba y miró agitado alrededor. Solo vio a Víctor con la lámpara (que ahora funcionaba). Se acercó a él y le preguntó sobre la lámpara.

-Es raro. Apenas me la dejó acá encendió de inmediato. Creo que los fantasmas no desean que entierre ese cuerpo –dijo de manera jocosa.

Pero Luis estaba aterrado. –Creo que es cierto. Han pasado cosas muy extrañas hoy –dijo.

Víctor lo miró con extrañeza. –Debe ser la cerveza.

Luis asintió, un poco más calmado. –Debe ser –añadió mientras se sentaba al lado de su compañero. Destapó otra cerveza y preguntó: -¿Quién es el difunto?

Víctor respondió: -Un joven de veintisiete años. Un accidente de tránsito en una moto.

Después de unos minutos de charla, Luis volvió a su trabajo. Se sentía de nuevo mareado por la cerveza, pero estaba un poco más calmado. Se arrojó de nuevo al hueco y siguió cavando mientras la bruma se metía en la tumba como el agua en un hoyo. El frío no era tan intenso en la tumba, pero la bruma se apiñaba alrededor como telarañas.

Minutos después Luis empezó a sentir de nuevo que le echaban tierra en los hombros y en la cabeza. Miró de nuevo hacia arriba y no vio nada. Entonces dejó la lámpara fuera del hueco y siguió cavando. Y, de repente, ya no sintió tierra sobre él. Quería pensar que la borrachera era la causante de todos los extraños sucesos, pero muy en su interior sabía que algo macabro reptaba alrededor esa noche. Algún hado quería evitar que hiciera su trabajo.

A eso de las cuatro de la mañana, Luis acabó de cavar la tumba. Salió agotado del hueco y se dirigió a Víctor. Al llegar su compañero dijo: -Es mejor dejar de una vez la inscripción al lado de la tumba.

Luis asintió. Y cuando fue a recoger la tumba vio a la luz amarilla de la lámpara una mano que acariciaba la inscripción. Entonces vio a quien le pertenecía la mano y vio a una joven de cabello negro y piel pálida como la de los muertos. Unos ojos azules brillaban como gemas, y tenía un rostro bello y fino. Luis no gritó, pero de inmediato se echó hacia atrás en acto reflejo. Su corazón empezó a palpar con fuerza y por un momento olvidó respirar. La lámpara se cayó de su mano y todo fue oscuridad.

Víctor vio cómo Luis dejaba caer la lámpara. Entonces se incorporó y fue hacia su compañero, pensando que la borrachera finalmente lo había vencido. Pero al ver a Luis notó que estaba muy pálido, e hiperventilaba como si tuviera un ataque de asma.

-¿Se encuentra bien? –le preguntó mientras lo ayudaba a levantar.

Luis no respondió.

-Vamos, mejor me acompaña a abrir el hueco y se relaja un poco.

-¿Si la vio? –preguntó Luis.

Pero Víctor negó con la cabeza. –Está muy ebrio. Mejor vamos –le dijo mientras prácticamente lo llevaba a cuestas.

Luis, con todos los músculos de su cuerpo tensionados, no decía palabra alguna mientras Víctor abría la tumba. Solo tenía en su mente el rostro tenebroso de esa joven de ojos azules, rodeada de silencio y oscuridad; un rostro blanco en medio de un cementerio a las cuatro de la mañana. ¡¿Cómo era posible?! Tomó de nuevo un sorbo de cerveza e intentó tranquilizarse; pero la cerveza ya no le surtía efecto y la intoxicación era lejana. Incluso, mientras tomaba cerveza sentía el respirar de la joven en su nuca. Así que se volteaba constantemente, buscando en vano con la lámpara ese rostro atemorizante. Pero en el cementerio solo había oscuridad. También imaginó ver entre la baja bruma cómo emergía la cabeza de la joven, pero esta vez cadavérica y terrible; pero no pudo afirmar que eso en verdad pasó o si solo lo imaginó.

Al mismo tiempo Víctor hablaba desde el interior de la tumba, ignorante del estado de Luis. –Lástima enterrar jóvenes llenos de vida. Los viejos no deberíamos enterrar jóvenes. ¿Sí sabía que esta tumba corresponde a la novia del joven de su tumba? La pareja iba en esa misma moto. La jovencita era quien iba manejando. Y era muy linda.

Luis ya imaginaba lo que estaba sucediendo. Entonces preguntó con temor: –¿Y ella tenía ojos azules y cabello negro?

Entonces Víctor sacó la cabeza de la tumba y lo miró atónito. –¿Cómo lo supo? –y mientras preguntaba esto vio que Luis bebía otro sorbo de cerveza. Y al lado de Luis había una figura negra de pie que recortaba la luz de la lámpara.

–Porque la tengo a mi lado –respondió Luis cabizbajo y petrificado del terror.

MONSTRUO

Aún tengo el recuerdo de mi hermana, encorvada sobre la cama, convertida completamente en un monstruo; y esa horrible imagen es la que viene a mí en las noches, cuando todo está oscuro y en silencio, atormentándome hasta que llega de nuevo el alba. El sueño me es esquivo, al igual que la tranquilidad, mientras pesadilla tras pesadilla hace que pierda peso y sufra migrañas, hasta llevarme, quizás, a una muerte prematura.

Todo empezó durante mi infancia. Mi familia era de ensueño: unos padres amorosos y mi amada hermana, Lana. Yo era el menor de los dos, y por lo mismo, era como tener dos mamás. Lana era cuatro años mayor que yo, y me cuidaba y me amaba con una dulzura que nadie en el mundo podía brindar. A menudo me mimaba y cada vez que me veía me abrazaba, y me daba picos en las mejillas. Era la hermana más maravillosa del mundo.

Pero en un viaje al campo, Lana, saltando una tapia no muy alta, se laceró la pierna con un pequeño clavo. Ella simplemente sacó el clavo de su pie, lloró un rato y siguió disfrutando de sus vacaciones. Pero la bacteria ya estaba en su interior, y se esparció rápida, silenciosa y horrible.

Pronto su salud empezó a mermar. Al principio mis padres poca atención les prestaron a los síntomas, pues no había dolor... no aún. Inició con una pequeña fiebre cuando llegamos del campo. Pero la fiebre se prolongó por una semana, acompañada de una pequeña hinchazón en la pierna. Lana se quejaba de mucho cansancio, y no quería ir al colegio. El dolor llegó sólo dos semanas después. Y casi detrás del dolor vino la rápida y mordaz decadencia de mi amada hermanita.

Todo fue muy rápido. La osteomielitis, increíblemente agresiva, la deformó en poco tiempo. Sus bellas y dulces manos se descarnaron y se alargaron, como si fueran garras aguilénas. Su rostro empezó a adelgazarse y a perder su candor, incluso pareció más envejecido por las muecas de dolor y las arrugas de su frente. Sus labios se secaron y su cabello se volvió grasiento, sucio, y se le empezó a caer por mechones. Día a día se iba encorvando, encogiéndose, y pronto su columna empezó a ser visible en su espalda. Mis padres y yo sólo podíamos ver como la enfermedad la devoraba.

Entonces ella empezó a odiar la vida por sus dolores, al mismo tiempo que empezó a odiarnos a causa de la envidia. En sus ojos veía la furia al verme moverme sin dolor alguno, sin angustia, libre de una cama y de una enfermedad invalidante. Envidiaba cómo podía ir al baño sin depender de nadie; cómo podía tomar una ducha caliente en vez de un baño con paños húmedos; cómo podía recibir la luz del sol, tener amigos, ir al colegio y seguir una vida normal.

Ella, incapaz de moverse, empezó a orinarse en la cama, por lo que mi madre la limpiaba constantemente. También empezó a necesitar ayuda para comer, por lo que yo, infinitamente agradecido porque la amaba, lidiaba a veces con esta tarea. Pero ella, culpando a Dios y a la suerte, me veía como si ahora fuera su enemigo. Me escupía casi siempre la comida, y chillaba en mi cara como un cerdo, enviándome ese hálito vaporoso y

hediondo de sus dientes sucios, que poco a poco se le caían. Entonces empecé a evitarla. Ya no quería cuidarla, y peleaba mucho con mis padres por la situación.

Cuando pasaba por su cuarto sentía ese hedor, así que cruzaba con paso apresurado. Pero apenas lo hacía ella gritaba mi nombre y me dirigía indecibles improperios. Recuerdo esa voz distorsionada y chillona que me hacía saltar de terror, mientras un frío de odio y miedo me recorría la espalda.

Así pasaron los meses, y después un año. Mi madre, claramente cansada, seguía su cuidado resignado a esa bestia en la que se había convertido Lana. Mi hermanita había desaparecido por la maldita osteomielitis, por esos malditos estafilococos que, casi seguro, estaban en ese diminuto clavo en el campo. ¡Maldito ese clavo! ¿Cómo era posible que algo tan pequeño e inanimado pudiera arruinar mi familia de la noche a la mañana? Mi padre también se veía cansado; pero el más renuente era yo. Los hombres somos menos propensos al cuidado, y por eso ya no quería saber nada de mi hermana. Incluso, empecé a desear que muriera y dejara a mis padres para mí solo. No puedo asegurar que mis padres pensaran lo mismo, pero creo que más de una vez contemplaron la idea.

Pero Lana, aunque odiaba la vida, parecía dirigir su odio hacia nosotros. Parecía que quería vernos sirviéndole, limpiándola, alimentándola; como si nuestra infelicidad le hiciera más llevadera la enfermedad, como si los dolores fueran más tolerables si nosotros estábamos amargados, como si nuestra miseria fuera su consuelo, pues si ella no era feliz nadie podía ser feliz. ¡Cuánta crueldad! Alimentarla era complicado, pues gruñía y escupía; y vestirla era cada vez más difícil, pues sus ropas quedaban pegadas a su piel a causa de las llagas crecientes en su espalda. Entendía su dolor, pero ella se encargaba de hacer de su propio cuidado una tarea más ardua.

Y yo me convertí en el objetivo principal para esparcir su miseria. Siempre que me acercaba intentaba tomarme del pelo y zarandearme, pero sus fuerzas la abandonaban y se contraía en un doloroso pasmo. Incluso, en una ocasión que ayudé a mi madre a limpiarla, intentó mordirme con esos dientes podridos y filosos. Ese fue el último día que ayudé a mi madre con los cuidados. Ya no quise saber más de ella. Para mí, Lana, mi amada hermanita, estaba muerta.

Pero Lana no moría. Y pasaron dos años, dos horribles y eternos años cuidando ese despojo maligno y lleno de odio y envidia. Mi madre se envejeció a tal punto que su cabello se llenó de canas y su rostro se arrugó. Mi padre también sufrió, pues tuvo un preinfarto en víspera de navidad. Su rostro se adelgazó y dejó de sonreír. Yo, siendo niño, sólo quería que todo acabara.

Y todo acabó una noche lluviosa de octubre, por casualidad el mes de las brujas (para mí, Lana era una fea bruja de cuento de terror). Yo dormía, arrullado por el sonido de las gotas sobre las tejas, cuando escuché, en la oscuridad, un alarido horripilante que fue subiendo de decibeles hasta desaparecer. Parecía un grito proveniente de una cripta profunda y húmeda. Mis padres se levantaron de inmediato; pero yo no lo hice, pues sabía que era Lana. Yo no quería ver ese monstruo. Entonces sentí que llovía más duro, y empezó a iluminarse el negro cielo con rayos, al mismo tiempo truenos furiosos sacudieron las ventanas de la casa.

Escuché otro grito, ahora ahogado; casi un mugido doloroso y terrible. Otro rayo cayó y las ventanas de nuevo se sacudieron. Yo sólo me cubrí con la cobija, y, sintiendo de repente una paz extraña, supe que Lana había muerto. Casi de inmediato la lluvia mermó, y no cayeron más rayos durante esa noche. Por fin Dios... o el Diablo... se había llevado esa alma encerrada en ese cuerpo torturado. Lana, mi hermana, por fin nos dejaba descansar.

Pensé que todo había terminado. Su funeral fue triste, pero todos nos sentíamos aliviados. Mis padres lloraban, pero parecieron rejuvenecer. Yo por fin sentí que podría tener la atención completa, pues mis padres ya no tendrían que cuidar a Lana. Es horrible admitirlo, pero sentí un tino de felicidad, pues finalmente pasó lo que había esperado tanto tiempo.

Sin embargo, ya sin la presencia de la enferma, la mente me empezó a jugar malas pasadas: recordé a la dulce Lana, a mi amada hermanita, que me abrazaba y me mimaba. Recordé a la bella niña que permanecía sonriente, que con dulces caricias aliviaba mis raspones, que me hacía galletas con la masa que le sobraba a mi madre cuando cocinaba. Entonces me sentí miserable, culpable, horriblemente avergonzado de siquiera desear la muerte de ese ángel. Y la culpa empezó a apoderarse de mi ser, a engullir mi tranquilidad, a enfriar mi felicidad.

Pasaron los años, y el recuerdo empezó a cambiar. Los primeros años recordé cómo era antes de la enfermedad: una niña hermosa vestida de rojo o azul, con coletas y una sonrisa de oreja a oreja. Dulce y maternal, de cachetes rosados y una mirada pura y hermosa. Cada vez que me acordaba lloraba, pues un terrible cargo de conciencia me oprimía el corazón. Pero entonces, creo, esa culpa empezó a jugarme en contra, pues de un día para otro empecé a recordarla sumergida en sus deformaciones.

Y todo es más terrible ahora que vivo solo. Empecé a dejar las luces encendidas, pues la oscuridad me recuerda a su terrible cuarto, causando en mí un temor invalidante que me causa náuseas y no me permite moverme ni respirar. Cuando todo está oscuro y en silencio la veo. ¡Juro que la veo! Veo su sombra de manos alargadas y espalda curva y descarnada, mirándome con esos ojos negros llenos de furia y dolor. Temo abrir la puerta de mi armario por la noche porque pienso que la voy a encontrar allí, agazapada en la oscuridad, sonriendo con esos dientes amarillos con una expresión sardónica y cruel, presta a lanzarse contra mí para morderme. Temo abrir la cortina por la noche, pues imagino que veo su rostro pálido y desfigurado pegado al cristal, con los ojos muy abiertos e inyectados de sangre. Temo encontrarla acurrucada al final de la escalera, o esperándome escondida en el baño, más oscura que el rededor, pero con ojos brillantes en un rostro negro y cadavérico. Incluso a menudo siento ese olor agrio que me recuerda su miseria. Sudo y tiemblo cuando percibo ese hedor. Así que miro a todo lado, esperando verla; pero nunca hay nada.

Sé que todo está en mi mente; un recuerdo terrible llevado por una conciencia sucia. Pero el terror que siento estando solo en mi casa es un tormento que se está volviendo cada vez más frecuente. Ya no quiero llegar a mi hogar por la noche, pues siento que ahora vivo con ese chillido agudo en medio de la lluvia y los rayos, ese olor asqueroso, esa sonrisa macabra, esas manos... ¡esas huesudas y deformadas garras! Esa posición fetal, esas muecas de ira y resentimiento. Todo es para mí palpable al llegar a mi casa, como si su

recuerdo fuera mi inquilino, un inquilino fantasmal y tenebroso. Intento recordar a mi amada hermanita, pero no, no lo logro; sólo recuerdo el horripilante monstruo.

EIDHARD

Me tomaré cierta libertad en este relato, pues narraré esta historia como cuentero y a la vez historiador. ¿Cuánto de realidad y de fantasía hay en este relato? Al igual que la verdadera historia y que los cuentos fantásticos, esta historia tiene ambos puntos de vista. Es que desde que empecé a conocer del guerrero Eidhard supe que tenía que contar su historia, guiada por la arrogancia y el orgullo.

Eidhard fue el primogénito de un señor feudal, por lo que poco y nada conocía las carencias de los campesinos. Siempre sobresalió por su estatura y su gran fuerza, lo que lo ponía en una excelente posición: poder y fuerza. Además, como si fuera poco, era bastante atractivo para las mujeres, por lo que ganó muchos enemigos.

En su aldea natal, Eidhard era conocido por coquetear con muchas mujeres, independiente de su estatus. A menudo se metía en problemas con los campesinos, pues no respetaba los lazos del matrimonio, y se sentía con el poder suficiente para intentar besar mujeres ajenas frente a sus maridos. Cuando algún hombre lo increpaba, el gigante lo amenazaba con sus nudosos puños o su espada larga. Casi todos los hombres de inmediato desistían del reclamo. Sin embargo, se vio envuelto en varios problemas, y cuando el amedrentamiento no funcionaba simplemente se iba a los golpes. Si el altercado crecía llamaba a los guardias de su padre. Era en verdad un completo idiota; pues es bien sabido que no hay que darle poder a un hombre joven, porque a menudo distorsiona su propia realidad.

Y los problemas se incrementaban con la cantidad de cerveza que bebía. Iba a los antros y destrozaba los lugares, acosaba a las mujeres y se burlaba de los discapacitados; pero nadie podía hacer nada. Los aldeanos simplemente lo evitaban.

Pero todo cambió a principios de abril, un año y tres meses después de iniciada la guerra. Eidhard tenía veintitrés años para esa época. A la aldea llegaban algunas historias de la guerra lejana, y de valientes héroes y grandes victorias. Muchos guerreros del imperio habían ganado renombre; y eso era lo que el joven quería. Empezó a fantasear con ir a la batalla, seguro de su fuerza y gallardía. Creía que podía batir enemigos a diestra y siniestra, y hacerse con riquezas de saqueos y con mujeres bellas. Incluso deseaba ser general y tener hombres bajo su mando; algo no tan descabellado para el hijo de un señor feudal. Eidhard estaba acostumbrado a mandar, pero además de dinero tenía fuerza y belleza, atributos que le permitían cierta petulancia.

Y cuando las noticias de la guerra llegaron en abril, Eidhard se animó, pues supo que el enemigo había cruzado la frontera oriental y se dirigían a los Acantilados, a sólo unos kilómetros de la aldea. El emperador había ordenado que todos los hombres que pudieran luchar fueran al valle que abría los Acantilados y unía las fronteras de los dos imperios. Así que Eidhard pensó que por fin había llegado su oportunidad: sería un soldado, un guerrero, un héroe.

La convocatoria llegó el amanecer del lunes. La proclama fue leída en la plaza del pueblo y el emisario fue claro: -¡Todo hombre que pueda luchar debe ir al valle en tres días!

Eidhard casi estalla de la emoción. El valle sólo quedaba a una jornada a paso rápido, por lo que podría unirse al enorme ejército en tan sólo tres días. Fue a su casa y se calzó la armadura de cuero, los guanteletes, las grebas y las botas. Abanicó la espada larga una y otra vez, mientras imaginaba a sus enemigos sucumbiendo por estocadas. Y reía, reía como una hiena senil, lleno de sevicia y arrogancia. Imaginaba a sus enemigos lerdos, patizambos y débiles; ¿y por qué no los imaginaría así?, si así eran los aldeanos que había conocido toda su vida. El joven pocas veces había visto soldados de verdad, por lo que suponía debían ser como él: valientes, altos y fuertes. Pero no imaginaba así a sus enemigos, pues eran el enemigo y con el enemigo no se tiene empatía.

Esa noche se fue de juerga con algunos amigos y algunos guardias. Se emborrachó y estuvo con varias mujeres, asumiendo que ya era un héroe reconocido y festejando como si ya hubiera ganado la batalla, y como si tuviera un botín de guerra en sus bolsillos y en su corazón.

Llegó la mañana y treinta y dos hombres salieron de la pequeña aldea hacia el valle. Ninguno iba a caballo. Sólo llevaban tres mulas con algunos víveres. Durante la jornada, Eidhard hablaba fuerte y con bríos, por lo que rápidamente los hombres lo vieron como un líder, y empezaron a pedirle consejos. Ninguno de esos campesinos había ido a la guerra, y sólo uno había matado a otro hombre en una riña; de resto sólo habían matado gallinas y vacas. Esos hombres analfabetos no sabían más que labrar la tierra y ordeñar; por lo que vieron en el joven alguien de quien aprender y en quien confiar. Esto animó al gigante, que hablaba con propiedad, aunque pocas veces supiera en verdad de lo que hablaba. Eidhard tampoco había matado nunca a nadie, pero eso no lo debían saber sus compañeros.

La noche llegó y con ella el cansancio y el hambre. La oscuridad era densa y los ramajes alrededor limitaban la visión. Durante medio día habían estado marchando por una densa arbolada que se extendía por las crestas de los Acantilados por kilómetros. Muchos que habían ido al valle sabían que estaban cerca, por lo que decidieron descansar, hacer unas fogatas y cantar algunas canciones para avivar los ánimos. Hasta el momento ninguno era consciente de que iba a una batalla, y el miedo aún no estaba presente. Bebieron algunas cervezas y se fueron a dormir.

Antes del amanecer la compañía inició de nuevo la marcha. Durante el camino comieron algo de carne seca y unas galletas, y antes de mediodía vieron finalmente el linde y, a lo largo, el verde valle de flores amarillas; lo habían logrado. Todos esperaban ver cientos de carpas con banderas de colores vivos, y mucho movimiento y ruido; pero no había nada de eso. Así que decidieron salir al linde.

Pero ninguno sabía qué era el cargo de batidor, o de explorador. Ninguno era cauto, pues habían vivido en la aldea toda su vida. Por lo que todos salieron del linde al mismo tiempo. Al hacerlo, vieron con alegría un grupo de unos quince hombres alrededor de una pequeña fogata humeante. Entonces, bonachones, se acercaron, pensando que eran soldados de alguna otra aldea cercana.

-¡Hola amigos! -dijo Eidhard levantando las manos, amable pero impetuoso. Su orgullo le permitía hablar con propiedad incluso a desconocidos.

Pero al acercarse se dio cuenta que esos hombres parecían diferentes a ellos. Eran de estatura un poco más baja, pero corpulentos, y los rasgos parecían más finos. Los quince parecieron palidecer al ver a Eidhard y sus compañeros. Entonces se miraron entre ellos y parecieron saludar... pero en otro idioma.

Todos quedaron paralizados, pues se dieron cuenta que no eran compañeros de armas... ¡Eran el enemigo! Al principio todos dudaron, en ambos bandos. Parecieron pensar en una tregua, pero Eidhard, llevado por su arrogancia, rápidamente se dio cuenta que los superaban en número. Además, parecían ser más débiles que él. Por lo que el joven gigante fue el primero en tomar su espada para blandirla. ¡Él sería quien iniciaría la batalla!

Pero no fue así. Apenas sacó la espada de su funda sintió un golpe abrupto al costado derecho de su cabeza. Un golpe súbito que lo hizo perder el equilibrio y la visión. Todo quedó en tinieblas. Eidhard cayó hincado sobre su rodilla, con los ojos abiertos, pero con todo su alrededor negro. Ni siquiera escuchaba bien, pues de repente todo fue difuso. ¿Qué había pasado? Él creía ser el mejor guerrero. ¿Quién lo había golpeado?

Duraron sólo unos segundos para que volviera en sí. Su visión volvió y vio solo pasto. Entonces intentó levantarse, pero casi de inmediato sintió un golpe en su mano derecha, como quien se machuca con una puerta. No sintió casi dolor, pues la adrenalina le corría por todo el cuerpo, pero sí quitó su mano derecha por acto reflejo. Se levantó y vio un caballero frente a él que blandía una espada. Así que por simple instinto subió sus manos para evitar el golpe, y allí se dio cuenta que su mano derecha le colgaba del brazo, casi desprendida por completo. Sólo la sostenía un poco de piel y algunos tendones. Aunque no sentía dolor, la impresión lo hizo gritar.

Logró esquivar el segundo golpe del enemigo con tan sólo una cortada leve en el antebrazo, pero sólo hasta entonces tuvo lucidez para pensar en la situación: sólo habían pasado instantes, y había sufrido un golpe en la cabeza y había perdido su mano derecha. Su batalla había terminado en menos de cinco minutos. Ya no podía luchar, pues era diestro, y no tenía arma alguna: había soltado la espada al sentir el corte en la mano.

Así que, presa del terror y del pánico, salió a correr hacia la arbolada. Olvidó a sus compañeros, su orgullo, sus ansias de poder, sus fantasías... todo. Se volvió un niño malcriado e indefenso. Su alta talla ya de nada servía. Sus ínfulas de matón habían quedado por el suelo. Estos no eran simples aldeanos de los que se podía aprovechar, estos eran en verdad guerreros, soldados que sabían que era mutilar, degollar y matar. Y el claro ejemplo era el hombre que lo había atacado: no era un simple campesino, pues se movía rápido, era fuerte y valiente, tenía un yelmo enterizo de acero, armadura y una capa roja. Su enemigo sí era un soldado que quizás había asesinado a muchos en batalla.

Todo esto pensaba Eidhard mientras corría cuesta arriba. El camino era accidentado, pero la adrenalina y el miedo lo llenaban de energía. Escuchaba a lo lejos gritos, insultos en ambos idiomas, súplicas y el chocar de los metales; pero cada vez eran más distantes. Siguió

corriendo unos minutos más hasta que el cuerpo dejó de responderle. Las piernas le temblaron y finalmente cayó en el suelo. Apenas lo hizo el pecho empezó a dolerle, la cabeza empezó a retumbarle y la garganta le pareció arenosa. Y en sólo segundos empezó a vomitar, pero no vomitaba sólo bilis, también sangre. Ahí se dio cuenta que tenía una hemorragia nasal, quizás causada por el golpe en la cabeza. Él no lo sabía, pero apenas sacó su espada un soldado que los había estado siguiendo desde el linde lo golpeó con un martillo, y casi de inmediato el otro soldado lo mutiló.

Eidhard entonces empezó a sentir que los segundos eran horas. El dolor empezó a invadirlo. La mano ya se le había desprendido y salían chorros de sangre por el brazo. Todo su cuerpo estaba rojo. Intentó hacerse un torniquete, pero no pudo apretarlo bien porque no tenía fuerza en su brazo izquierdo. El frío empezó a despertarle el dolor en el brazo, hasta que se volvió un suplicio. Y no era sólo el brazo: la cabeza le dolía como si la cincelaran a carne viva. Sudaba del dolor, mientras la cabeza le palpitaba de manera agónica. La sangre no dejaba de salirle por la nariz, y el vómito volvió dos veces más. Intentó respirar profundo para calmar el malestar, pero no era posible.

¿Dónde había quedado el sueño de gloria? Él, el alto y bello Eidhard, a quien envidiaban los hombres y amaban las mujeres, yacía manco en una arbolada, con un chichón negro en la cabeza, un ojo rojo a causa del golpe y pálido por la pérdida de sangre. ¡¿Cómo era posible que su destino, su gran destino, fuera el durar menos de cinco minutos en una batalla y fuera morir solo y deshonrado como una rata que escapa herida y muere entre las paredes?! ¡¿Qué clase de final era ese para un hombre tan grande como él?!

La batalla entre ambos ejércitos se llevó a cabo dos días después. Ambos ejércitos recibieron tantas bajas que ninguno avanzó, por lo que la aldea se salvó. De los treinta y dos que salieron a la batalla volvieron trece; todos huyendo. Pero hubo cuatro de ellos que lograron herir o matar a algún enemigo. Y ellos llegaron cansados pero orgullosos, pues habían hecho más que el cobarde de Eidhard. Nadie se molestó en buscarlo. De hecho, la verdad nadie sabía si estaba vivo o muerto. Todos contaron la historia del tonto arrogante que duró menos de cinco minutos dando batalla. El joven que se mofaba de todos y alardeaba de su fuerza fue abatido como una niña indefensa. El rumor se esparció por el pueblo, y todos los hombres y mujeres que sufrieron a manos del gigante se alegraron.

Al mismo tiempo, unos niños que jugaban en el bosque se toparon con un bulto lleno de hojas entre los árboles. Al acercarse se dieron cuenta que era el cuerpo de Eidhard, azulado y rígido. Los perros ya se habían comido sus piernas, y en su rostro se veía el sufrimiento de haber estado casi un día entero agonizando, solo, en medio de los árboles, frustrado y dándose cuenta de que quien lo mató fue su orgullo y no el enemigo. Así fue la historia de Eidhard, el guerrero arrogante que nunca luchó.

LA TABLILLA MALDITA

La historia premia a Sir Henry Rawlinson por la traducción del idioma acadio, un idioma cuneiforme que logró descifrar a partir del persa antiguo. Sin duda, la tarea de Rawlinson fue maravillosa, además de titánica, pues permitió conocer la historia acadia y saber más sobre el primer imperio del mundo. Sin embargo, antes de la traducción de Rawlinson hubo una arqueóloga llamada Jean Marie Green, que también se lanzó a la dura empresa de traducir una tablilla cuneiforme de los acadios, obtenida en la excavación de la biblioteca de Nínive, la antigua capital asiria. Lastimosamente, esta obsesión llevó a Green a una profunda locura, seguida por una gran depresión y posteriormente a su suicidio, el día 4 de marzo de 1864, tres años después de culminada la enigmática traducción.

Jean Marie Green nació en el sur de Londres el 13 de noviembre del 1823. Sus padres, George y Lucy, tenían una buena posición social. Esto le permitió dedicarse desde los veinte años a la arqueología. Aunque no está bien documentado el cómo, en 1854 logró acceder a una de las misteriosas tablillas de Asurbanipal, descubiertas por A. H. Layard en la expedición financiada por el Museo Británico. Es a partir de este momento donde la ficción y la realidad se empiezan a solapar como capas finas, incluso nebulosas, y donde el trabajo y el esfuerzo luchan contra la desesperación y el terror.

Animada por la gran adquisición arcillada, Green no perdió tiempo y se puso manos a la obra. Al igual que Henry Rawlinson, Green sabía leer el persa antiguo, también un lenguaje cuneiforme. Esto le permitió tener un sólido punto de partida. Sin embargo, su método de ensayo y error empezó a desgastarla y frustrarla a medida que pasaban los días. Los significados de los símbolos no encajaban el uno con el otro. La tablilla acadia tenía muchos más símbolos que el persa antiguo, y esto dificultó la tarea.

Green, sumergida por completo en un deseo de triunfo y curiosidad, empezó a obsesionarse con la tablilla, como si de repente una terrible monomanía la invadiera, impulsándola a resolver el enigma. Se levantaba, desayunaba y bajaba a su estudio para iniciar la traducción. Subía a mediodía para almorzar y volvía a bajar para continuar con su tarea, y casi siempre omitía la cena. Se acostaba a dormir a altas horas de la noche, siempre pensando en descifrar la pequeña tablilla de arcilla. Su mente sólo podía centrarse en esos símbolos pequeños y misteriosos.

Entonces su hermoso físico empezó a cambiar drásticamente. Después de algunos meses de iniciados sus estudios, empezó a caminar corva, sus mejillas se hundieron y sus labios palidecieron, perdiendo su bello color rosa. Su rostro poco a poco empezó a marchitarse. Y al año pareció sufrir reumas. Sus dedos empezaron a desfigurarse, como si una súbita artritis la hubiera abordado. A los dos años de la llegada de la tablilla, Jean Marie perdió tres dientes y bajó de peso de manera notoria, hasta pesar sólo cuarenta kilos.

Sus padres, preocupados, llamaron al médico familiar para revisar su estado; pero el médico no pudo dar un diagnóstico claro. Jean Marie no tenía dolor alguno, y su aspecto decrepito parecía ser sólo externo, sin dolencias internas. Sus órganos funcionaban sin problema, por lo que el médico simplemente concluyó que era agotamiento.

En el pueblo se empezó a rumorar sobre una maldición producida por la tablilla. George, preocupado por la salud de su hija, intentó destruir el objeto en tres ocasiones, pero Jean se lo impidió siempre. Incluso, antes de irse a dormir, ella guardaba la tabla de arcilla en una caja fuerte para evitar que alguien siquiera la mirara.

La obsesión de la arqueóloga obligó a sus padres a mantenerla aislada y a responder por ella económicamente. La carrera de Jean Marie se vino abajo a causa de los rumores de locura y enfermedad, y la repentina fobia que le tomó al agua hizo que dejara de bañarse, por lo que su soledad se hizo inevitable. Sólo sus padres aguantaban el hedor causado por el desaseo, y su decadencia física espantaba a quien la veía.

Pero ella, sin prestar mucha atención al entorno, lograba grandes avances. Después del cuarto año ya había descifrado varios símbolos, además de descubrir los números allí escritos. La tablilla sólo tenía un párrafo, por lo que un sólo símbolo era un logro enorme. -«Ya casi» -pensaba a medida que lograba traducir un nuevo símbolo. Pero a medida que iba traduciendo palabra por palabra, su estado mental iba empeorando, quizás por el horror que poco a poco iba encontrando en la oscura traducción.

El 28 de agosto de 1861 era un miércoles medianamente normal. Los padres de Green ya dormían, cuando a eso de las once de la noche se escuchó un grito aterrador y agudo desde el sótano que pareció romper los tímpanos de la pareja de ancianos. Jean Marie finalmente había logrado traducir toda la tablilla, pero lo que había encontrado en ella la había aterrorizado. Cuando sus padres se levantaron, temerosos, la vieron subir corriendo del sótano, pálida e hiperventilando. En sus ojos oscuros se veía el pánico y el asombro. Mientras subía corriendo las escaleras, Jean empujó a Lucy y salió corriendo de la casa, gritando y moviendo las manos de manera brusca; como si escapara de unos fantasmas espeluznantes e invisibles. Todos sus vecinos la escucharon, y quienes la vieron aseguraron que parecía una bruja de pelo grasoso y sucio digna de ser quemada en la hoguera. George salió tras ella hasta finalmente alcanzarla después de varias calles de trote.

-¿Qué sucede Jean? Dime, ¿te duele algo? ¡¿Qué sucede?! -preguntaba George Green a su hija, al tiempo que la abrazaba con fuerza para que ella no escapara.

Pero ella, con la mirada perdida y la respiración estertorosa, sólo gritaba: -¡Es Lamashtu! ¡Es Lamashtu!

Después de varios días de encierro, el médico sólo pudo concluir que Jean Marie estaba loca. Él no creía en maldiciones ni supersticiones, pues era hombre de ciencia; pero sí aseguraba que la manía de la arqueóloga por la tablilla tenía mucho que ver con su estado mental, por lo que recomendó destruirla... y así se hizo. La destrucción de la tablilla la hizo George, aunque a la sensible y débil arqueóloga nada se le dijo. El médico aconsejó un lugar de reposo, pero la pareja Green se negó vehementemente, por lo que Jean permaneció en casa.

Así transcurrieron tres grises y tristes años. Jean Marie empeoraba con cada día que pasaba. Desvariaba y hablaba sola, rogando vida eterna y temiendo a la muerte y al infierno de una forma insana. Había días que parecía un poco lúcida; otros días permanecía en silencio, mirando la pared fijamente, meditabunda; y otros días tenía crisis nerviosas, como si un

temor psicótico la invadiera, y gritaba con miedo y desespero varias veces el nombre «Lamashtu». La falta de sueño le causaba jaquecas, poco comía y temblaba mucho. Movía las rodillas con ansiedad cada vez que se sentaba, y nunca miraba a los ojos de sus padres cuando le hablaban. Finalmente pasó lo inevitable: Jean Marie se ahorcó en horas de la noche el 4 de marzo, tres años después de haber descifrado la tablilla.

Tiempo después del fallecimiento de la arqueóloga, un antiguo colega llamado Louis Jones fue a visitar a los Green para darle sus condolencias y, además, pedir permiso para revisar los estudios de la traducción cuneiforme de Jean Marie. Él estaba bien enterado del trabajo de la mujer, pues durante los primeros años ella le enviaba cartas con sus avances. Al principio parecía muy animada, pero a medida que traducía más símbolos parecía más sombría y nerviosa (o eso notaba él en las cartas). En la última carta que recibió de Jean, ella, preocupada, decía lo siguiente:

«Londres, martes 11 de junio de 1861

Querido Louis,

No soy una mujer creyente de mitos y leyendas, pues mi trabajo es descubrir la historia que inspira esos mitos y leyendas; pero no puedo negar que me siento asustada. Ayer logré entender otros cinco símbolos, y uno de ellos dice claramente Lamashtu. Ese es el nombre de una bruja o un demonio de la antigua mesopotamia. Me falta poco para traducir la tablilla por completo, pero temo por mi vida. Te pido que no me juzgues por ser supersticiosa. Si sucede algo inesperado, por favor ve a mi estudio y busca en el tercer cajón de la gaveta negra. Allí dejaré la traducción completa y entenderás mi temor.

Con aprecio.

Jean Marie Green».

Louis era un hombre de palabra, por lo que fue a buscar la traducción. Con el permiso de los Green, bajó al oscuro estudio de Jean y abrió el cajón. Allí encontró varios papeles, algunos con garabatos, símbolos y una que otra letra en desorden; pero hubo dos papeles que dejaron a Louis al borde del tormento. El primero indicaba que la tablilla, según sabía Jean, provenía de Aššur, en la antigua babilonia, pero estaba escrito en idioma acadio. Al parecer, los asirios la habían obtenido en algún saqueo y la habían llevado a la biblioteca de Nínive. ¿Cómo Green supo esto? Louis no pudo descubrirlo, pero especuló que quien le había dado la tablilla le había ayudado con esa investigación. En el segundo papel estaba la traducción de la tablilla, la misma que había causado el desquicio y el horror en Jean Marie. Inicialmente parecía ser una parte de una otrora epopeya, pero parece que el ver su nombre en la tablilla fue el detonante de su trastorno. La traducción de esa tablilla maldita era la siguiente:

«Te he visto leerme. Te he visto por siete años, nueve meses y dos días. Te he visto luchar por descifrarme. Ahora me has leído, pero yo también te he leído, y lo sé todo. Todo. Yo, Lamashtu, acá te espero, Jean».

UN CUERPO EN LA SELVA

Esta historia ocurrió en mi viaje a la inexplorada selva que se abre al sur de mi bello país. La universidad me dio la oportunidad de viajar al Amazonas para realizar mi tesis, que consistía en el comportamiento de las anacondas verdes. Mi compañero de tesis, Camilo Luque, no dudó un segundo en aceptar. Gracias a nuestras altas calificaciones, la universidad nos patrocinó los pasajes, nos ayudó contratando un guía y con todos los viáticos.

Como no quiero extenderme mucho, y aclarando que nada de lo que voy a narrar está en mi tesis, omitiré el penoso viaje desde el interior del país hasta la selva. Cuando llegamos nos recibió un hombre blanco. Su nombre era José Cuevas.

-Es un placer tenerlos aquí -dijo mientras nos extendía la mano. Se presentó y nos informó que era un gran conocedor del Río Dulce, ya que había pasado los últimos dos años en una aldea cercana a Puerto Alegría, en la frontera sur.

-Nos internaremos por los afluentes, donde es más fácil ubicar anacondas -nos aseguró-. Irán con nosotros tres personas más: Dionisio que es el dueño de la embarcación, un indígena conocido por las tribus nativas y un experto en serpientes llamado Bernardo. ¿Están de acuerdo? -preguntó.

-No hay ningún problema, señor José -respondí con premura. La ansiedad ya se hacía notoria en mis actos. Sin embargo, el ánimo de Camilo no era elevado; permanecía cabizbajo y en silencio.

-¿Pasa algo? -le pregunté.

Él meneó con la cabeza. -El clima me está haciendo daño. No es nada grave -respondió. Yo no creí mucho en la respuesta, pero no insistí.

Al anochecer nos encontramos en el Parque de los Loros. Posteriormente pasamos al puerto. Estábamos listos para partir por los afluentes. Todos los compañeros de viaje me parecieron en verdad buenas personas. El indígena, llamado Sihuca, era el más tímido; pero tenía ademanes amables. Por el contrario, el experto Bernardo era vivaz y bromista. Dionisio era el típico hombre que se ganaba la vida alquilando el bote. Aunque su dura vida se veía en su rostro curtido por el sol y en sus callosas manos, reía constantemente con las ocurrencias de Bernardo. José y yo nos limitábamos a reírnos; pero Camilo permanecía en silencio.

En la cena, y entre bromas y temas de serpientes, decidimos salir al amanecer por culpa del clima.

-La anaconda más grande que he visto es más o menos de diez metros -aseguró Bernardo-. Era enorme y casi vuelca la balsa donde iba. Pero se escondió rápidamente. Intenté capturarla, pero desapareció bajo al agua.

-¿Hay en verdad un animal tan colosal? -pregunté-. Sé que el promedio de las anacondas es de seis o siete metros, pero diez creo que es exagerado.

-Yo también pensaba igual, mi querido joven, si no la hubiera visto con estos ojos que van a comerse los gusanos -respondió el experto.

-También hay tarántulas gigantes -dijo Sihuca.

-La Tarántula Goliath -me apresuré a decir, demostrando mi conocimiento.

Pero Sihuca negó con la cabeza. –Una araña tan grande que puede arrastrar un hombre - aclaró.

-¡Imposible! -dije.

Pero Sihuca afirmó con la cabeza. –Muchos nativos de las aldeas cercanas aseguran haberlas visto. ¿Y cómo dudar de ellos?

Yo asentí. –Quizás, aunque tengo mis dudas.

-¿Y sobre qué es la tesis? -preguntó José.

-Dieta y metabolismos de las serpientes más grandes del mundo -respondí con orgullo.

Camilo seguía muy callado.

-¿Qué sucede? -preguntó Bernardo a Camilo.

-Me siento un poco mareado. Debe ser el clima -respondió mientras en su frente se notaban gotas de sudor. Sin embargo, el clima era sereno. Los zancudos nos rodeaban de manera incómoda, y varios sonidos emergían de los árboles del rededor del pequeño puerto. Ya a altas horas de la noche volvimos al hostel.

Cuando se asomó el lúcido sol, emprendimos el fantástico viaje. La ansiedad no me había dejado dormir; pero no tenía ni un poco de sueño ni de cansancio. Subimos al bote y nos dirigimos hacia el sur, donde las anacondas abundaban. Seguimos el curso del río por varias horas, fascinados por la amplia y diversa belleza de la selva tropical. Y, a eso de medio día, logramos ver una pequeña anaconda entre las Victorias Regias. Bernardo, ya enseñado a la caza de serpientes, se apresuró a tomarla con las redes. La serpiente se retorció entre los nenúfares, pero Bernardo, ayudado por José, logró atraparla.

Ya cuando la subieron al bote le amarraron la boca y pudimos medirla. Era joven, hembra y medía solo tres metros. Pero para mí era un logro, pues era la primera vez que veía y tocaba una anaconda salvaje. Era extremadamente pesada, y sus escamas húmedas y lisas. En un momento alcanzó a enrollarse en mi pierna, e hizo un poco de presión, pero fue un apretón muy suave. La pesamos y la dejamos en libertad.

Después de ese momento, Camilo pareció reanimarse. Empezó a hablar con todos los compañeros y se prestó a ayudar en todo. Esto en verdad me tranquilizó y me animó, pues alcancé a pensar que Camilo había caído presa de alguna enfermedad.

Seguimos el viaje unas horas más, maravillándonos con los bellos animales de la selva: Vimos tortugas, peces, y una variedad de aves que ni siquiera he visto en los libros. Pero al atardecer nuestro viaje cambió por completo.

-¿Qué es eso que flota en la orilla? -preguntó José mientras apuntaba con su dedo un bulto que flotaba rodeado de plantas acuáticas y malsanas, plagadas de manchas blanquecinas.

Yoforcé la mirada, mas nada pude distinguir. El bulto era raro, pues su forma era sumamente extraña. -¿Qué criatura es esa? -pregunté.

-Dionisio, acérquese un poco sin hacer ruido; no queremos espantarla -dijo Bernardo.

Y Dionisio asintió y se acercó con la mayor cautela posible. Pero al ver que la criatura no se movía, dedujimos que estaba muerta. A medida que nos acercábamos, el cuerpo empezaba a tomar una forma conocida, horrenda, pero conocida: Entre los nenúfares flotaba el inerte cuerpo de una mujer. La espalda, los desgonzados brazos abiertos y la negra cabellera eran visibles a la orilla del Amazonas.

-¿Qué le sucedió? -preguntó Camilo, aterrorizado por el hallazgo. Ni él ni yo habíamos visto un cadáver antes. Yo quedé impactado, incapaz de moverme, y Camilo tenía el rostro pálido, y la voz le temblaba.

-¿Quizás una mujer de una aldea cercana que se ahogó? -respondió José, igual de impactado con el descubrimiento.

-Debemos sacarla -dijo Sihuca-. Si es una mujer de una aldea cercana debemos llevar su cuerpo para que lo identifiquen. La familia quizás la está buscando, y no sería justo que la dejáramos aquí.

-¡No! -exclamé involuntariamente.

Entonces todos me miraron.

-No quiero ser aguafiestas, pero no quiero subir un cadáver al bote.

-A mí tampoco me gusta la idea de viajar con una muerta -dijo Dionisio.

-Pero no podemos dejarla aquí -insistió el indígena.

Yo permanecía en mi posición, pero sabía que Sihuca tenía razón. Finalmente resulté cediendo.

Dionisio acercó el bote a la orilla más cercana. Nos bajamos en una pequeña costa y allí esperamos Camilo, Dionisio y yo. José, Bernardo y Sihuca se apresuraron a sacar el cadáver. Y, mientras lo hacían, Bernardo soltó de repente el cuerpo.

-¡No puede ser! -exclamó el experto.

Apenas gritó, Sihuca y José soltaron el cuerpo. Los tres temblaron y salieron despavoridos del agua.

-¡¿Qué diablos pasó?! -preguntó José exaltado.

Pero Bernardo temblaba. Su rostro habíase tornado ceniciento, como las nubes tormentosas, y sus manos hacía movimientos involuntarios de terror. Sus ojos, extremadamente abiertos por espasmos, solo miraban fijamente el maltrecho y tenebroso cuerpo que flotaba todavía en el agua. Ninguno de los tres hombres había visto su rostro.

-Bernardo, ¿qué lo asustó? -volvió a insistir José.

Pero el experto solo pudo apuntar con el dedo al cadáver. El terror no lo dejaba articular palabra alguna. Y ese terror fue transmitido a todos los presentes. Todos nos alejamos del agua lo más que pudimos y nos quedamos en la costa por un buen tiempo, con el atardecer ya declinando en el horizonte y con los intolerables zancudos rodeándonos. Finalmente decidimos entrar al bote.

Pasamos una larga noche en el interior de la embarcación. Bernardo nada decía, simplemente miraba desde el bote el cuerpo que todavía flotaba en el río, no muy lejos de nosotros.

-¿Acaso la conocía? -preguntó Camilo a José.

-No lo sé -respondió.

-O quizás vio que había algún síntoma de enfermedad en el cadáver y se alejó de inmediato -deduje.

José asintió. -Quizás -me dijo.

Poco después, Sihuca, que estaba intentando hablar con Bernardo, se integró a la conversación y dijo: -Bernardo dice que mañana saquemos el cuerpo.

-Pero ¿qué tiene el cuerpo? -pregunté.

El indígena meneó la cabeza. -Le pregunté varias veces, pero solo dijo: «Cuando lo saquen del agua se darán cuenta».

Apenas la mañana bañó de luz la selva, todos, menos Bernardo, nos apresuramos a sacar el cuerpo. Yo lo tomé de los hombros con ayuda de Camilo, y José y Sihuca del lado opuesto; pero apenas lo hicieron ambos reaccionaron, y lo soltaron.

-¿Qué es eso? -preguntó José.

-¿Qué es qué? -pregunté.

Entonces Sihuca, visiblemente afectado por la sorpresa, tomó el cadáver y lo sacó a la vista de nosotros... Era sencillamente imposible de creer lo que estábamos viendo. Al parecer un bagre enorme, gigantesco, habíase tragado las piernas de la mujer... Pero... ¡Era imposible! Solo cuando la sacamos nos dimos cuenta de que no había cabeza donde las escamas terminaban. ¡¿Acaso era lo que parecía ser?!

Permanecimos alrededor del cadáver por buen tiempo, aunque desconozco cuánto. Olvidamos por un momento a los insectos que nos rodeaban y los peligros que corríamos al estar tan cerca del agua. Simplemente veíamos pasmados e incrédulos el adefesio que yacía tendido en el suelo. El cadáver debía tener aproximadamente tres días de muerto. Casi todo su rostro había sido devorado, quizás por pirañas. No tenía ni nariz, ni ojos, ni mejillas, y le faltaba una oreja. Prácticamente era una calavera empotrada en lo que antes era una cabeza completa. Sin sus labios, parecía sonreír macabramente. Solo su mentón se había salvado. Su pecho también había sido devorado, y estaba a carne destapada. El engendro era de tez clara, aunque ya se estaba poniendo morada a causa de la absorción de agua. Pero lo más horrible era esa escamosa cola que le salía de la cintura, también comida a pedazos. Era una cola de pez, lo que hacía del hallazgo algo sencillamente inimaginable.

-¿Es una Sirena? -preguntó Camilo con voz trémula.

Y yo, igual de atónito, asentí. -Creo que sí -respondí anonadado.

-¿Y qué vamos a hacer con ella? -preguntó Dionisio, que a duras penas podía mantenerse en pie. La lúgubre y morbosa aparición lo había impactado quizás más que a nosotros, puesto que él era un humilde hombre que a duras penas había escuchado hablar de Sirenas. Entonces José se vio las manos por un momento, y se dio cuenta que estaban llenas de sanguijuelas.

-¡Dios santo! -gritó, y se apresuró a lavarse las manos en el agua para quitárselas. Pero en ese momento algo emergió del agua, se sintió un chapoteo y un grito de dolor. Todos nos apresuramos entonces a ver qué había sucedido, y nos encontramos con una imagen aterradora: José había sido mordido por un caimán. El reptil giraba sobre sí mientras sostenía con sus fuertes mandíbulas el brazo de José. José intentaba zafarse del animal, y giraba con él. Entonces el caimán intentó arrastrarlo hacia lo profundo del río. Pero, en un heroico y doloroso acto de supervivencia, José se arrodilló y dejó de girar con el animal. En ese momento se escuchó un crujir. Después del crujir José logró levantarse y salir del agua.

-¡Mi brazo! -gritó una y otra vez. Pero ya era demasiado tarde. Al dejar de girar con el caimán, José había sacrificado su brazo para sobrevivir. El animal se lo arrancó con furia. El guía estaba perdiendo mucha sangre.

-¡¿Y ahora qué hacemos?! -preguntó Dionisio aterrado.

-Debemos llevarlo de vuelta a Leticia antes de que se desangre -aseguró Sihuca.

-¿Y la Sirena? -preguntó Camilo.

-También hay que llevarla -me apresuré a responder-. Es el hallazgo del milenio y no lo podemos dejar aquí.

Y sin más, nos apresuramos de nuevo en el bote, y empezamos nuestra travesía corriente arriba.

-¡Bernardo, ayúdenos! -grité para que él me ayudara a subir a la Sirena. Pero no recibí respuesta. Volví a gritar, pero no recibí respuesta. Entonces, con ayuda de Camilo, subí la abominación, y apenas lo hice fui a mirar al experto. Estaba sentado en el interior del bote, con el cabello enjugado en sudor, los ojos desorbitados y una respiración estertorosa.

-¿Bernardo, se siente bien? -le pregunté.

Pero él, aunque levantó la pesada cabeza, no contestó. Parecía estar alucinando. Entonces me acerqué, le toqué la frente y me di cuenta de que tenía mucha fiebre. Llamé a Sihuca para que examinara a Bernardo, pero él estaba ocupado tratando de hacerle un torniquete a José para que no se desangrara, y Dionisio estaba condiciendo el bote a toda velocidad. La situación era crítica, pues estábamos casi a un día de Leticia.

Estuve cuidando a Bernardo por una hora aproximadamente. Le ponía paños húmedos en la frente e intentaba darle agua, mas él no la recibía.

-Va a estar bien -le decía al hombre que alucinaba a causa de la fiebre. Ya ni siquiera podía pronunciar una sola palabra. Pero entonces me tomó de la mano, como si fuera un asesino que busca la redención en un sacerdote.

En ese preciso momento el barco se sacudió de un lado a otro de manera abrupta. Fue tal la sacudida, que Bernardo y yo volamos de un extremo a otro. Y, seguido del golpe, se escuchó la voz de José.

-¡Sihuca! ¡Sihuca! -gritó el guía.

Entonces salí a borda y vi que el indígena no estaba. -¿Qué pasó? -pregunté.

-¡Sihuca cayó al agua! -respondió José desesperado.

En ese momento miré hacia el río, pero no vi a Sihuca por ninguna parte.

Segundos después llegó Camilo, que había estado con Dionisio todo el tiempo. -¿Qué pasó? -preguntó.

-¿Eso le pregunto? -dije-. ¿Por qué el barco se movió así?

-Porque chocamos con un tronco. ¿Pero por qué los gritos?

-Sihuca cayó al río, pero no lo veo por ninguna parte -respondí.

Camilo y yo empezamos a buscar desde todo el borde del bote, pero parecía ser que el río se lo hubiera tragado. -¡Sihuca! ¡Sihuca! -gritamos por varios minutos; pero no hubo ninguna respuesta. Nunca más supimos de él.

Pero los problemas todavía estaban sobre el barco: José se estaba desangrando y Bernardo estaba ardiendo en fiebre. Y solo bastó unas horas para que Camilo empezara de nuevo con los síntomas. Empezó a sentirse débil y mareado, y la fiebre también empezó a hacer mella en él.

Para el anochecer, y con gran esfuerzo, ya habíamos logrado contener la pérdida de sangre de José, mas no el dolor. El guía gritaba, y esos gritos rebotaban en la inclemente y oscura selva. Incluso casi puedo jurar que la selva parecía burlarse de él. Aseguro que cada vez que José gritaba, yo escuchaba unas risas burlonas desde los ennegrecidos árboles. Camilo, aunque enfermo, cuidaba de Bernardo, que estaba mucho peor. La fiebre le había subido demasiado, y empezaba a balbucear frases inentendibles. Los esfuerzos que Camilo y yo

hacíamos eran casi sobrehumanos para mantener todo en orden; pero la vida muchas veces no es agradecida: Para el amanecer, José Cuevas, el guía y el hombre que había vivido gran parte de su vida en esa selva, estaba muerto.

A eso de las siete de la mañana, Dionisio bajó del puesto de mando. -¿Debemos deshacernos del cuerpo? -dijo con vehemencia.

Yo negué con la cabeza. -Debemos llevar el cuerpo de José hasta el puerto.

-No me refiero al cuerpo del señor José -aclaró-. Me refiero a la Sirena -añadió.

Lo miré extrañado. -¿Por qué? -pregunté.

-Ella es la causante de todo. En menos de veinticuatro horas el señor José y Sihuca murieron, y ahora el señor Camilo y el señor Bernardo están enfermos. ¡Es la maldición de esa Sirena! -exclamó.

Volví a negar. -Es un gran hallazgo, quizás lo único bueno de la expedición. No voy a arrojar ese cuerpo.

-¡Entonces yo lo haré! -dijo, y se apresuró hacia el cadáver de la Sirena.

Me levanté en ese momento y me apresuré a detenerlo. -¡No! -incredulé.

Entonces reñimos un tiempo. Pero la riña se acabó de repente, pues Camilo, muy débil y tambaleándose, salió de cubierta y dijo: -Bernardo está muy mal, y creo que se va a morir muy pronto.

Dionisio y yo entramos y vimos que Bernardo movía las manos como si peleara con demonios invisibles.

-Debemos arrojar ese cadáver -insistió Dionisio-. La selva no quiere que saquemos ese cuerpo de aquí -añadió.

Sabía que no podía pelear con Dionisio, pues él era el dueño del bote. Entonces le dije: -Dejémoslo en un buen lugar para volver después por él.

Él aceptó. Pero mientras hablábamos, Bernardo empezó a tener convulsiones. Intentamos controlarlo y en poco tiempo se calmó. Sin embargo, seguía muy enfermo. Yo empecé a pensar que en pocas horas moriría. Quizás se sorprendan de mi frialdad al describir las muertes, pero son personas que conocí solo por un día, y aunque admito que cualquier muerte es una tragedia, no puedo mentir diciendo que fueron heridas trascendentales para mí. En cambio, Camilo, que sí era mi amigo, ya empezaba a preocuparme: Tenía los mismos síntomas de Bernardo. Ya para el mediodía estaba alucinando.

En esa misma hora, Dionisio encontró una costa amplia donde podíamos dejar a la Sirena. Él acercó el bote a la orilla y nos dispusimos a sacar la muerta del barco. En verdad era un cadáver horripilante y hediondo, carcomido y luctuoso. Lo dejamos en la orilla, le tomé algunas fotos con mi móvil y nos dispusimos a continuar. La verdad yo no estaba de acuerdo con las supersticiones del barquero, pero él mandaba en su barco.

Apenas sacamos la Sirena y emprendimos de nuevo rumbo, a Dionisio y a mí nos pareció el aire más fresco y el bote más ligero, como si de repente nos hubiéramos deshecho de un terrible peso. Ambos parecíamos más tranquilos, y casi de inmediato empezó a bajar la fiebre de Camilo y de Bernardo. Y para cuando llegamos al puerto, a eso de las cuatro de la tarde, ambos estaban curados por completo. Era sencillamente increíble. Quizás Dionisio tenía razón.

Pero igual era el hallazgo del siglo, y ese hallazgo había costado la vida de dos personas. Así que, mientras Camilo, Bernardo y Dionisio explicaban a los aldeanos lo sucedido, otro barquero y yo emprendíamos camino hacia la Sirena. Esperaba llegar a la costa antes del anochecer. Además, era una costa amplia y fácil de ubicar. Estaba ansioso por tener de nuevo el fantástico ser en un barco.

La noche cayó, pero no mi deseo. Y el deseo creció al ver que las fotos del móvil habían quedado completamente negras. Solo las fotos de la Sirena habían quedado dañadas, pues el resto de las fotos todavía permanecían intactas. Eso quería decir que si no encontraba el cuerpo no habría prueba de lo que habíamos visto; y nadie nos creería.

A eso de la media noche encontramos sin dificultad la costa. Apenas llegamos vi un bulto sobre la arena. Me apresuré a bajar del bote con una linterna y me acerqué; pero al iluminarla vi que el bulto no era más que un pedazo de tronco. Quedé estupefacto, pues estaba seguro de que allí había arrojado a la Sirena. Seguí buscando, pero por más que recorrí la costa de extremo a extremo, no encontré el cadáver. Imagino que los carroñeros aprovecharon tal banquete. Fue allí cuando entendí que la selva no quería que sacara la Sirena de su místico y verde abrigo. Entonces retorné a la ciudad sin tesis y sin pruebas de esta historia. Lo único que traje del Amazonas fue terribles recuerdos y un hedor que a veces percibo inexplicablemente, y que me recuerda a ese horrible cuerpo.

UN DUELO DE VENENO

Como un verdadero caballero, debía hacer respetar la dignidad de mi amada, aun sobre los deseos de mi mejor amigo. Cuando me enteré por boca de Miguel que mi amada tenía una relación injuriosa con él, en mi cabeza se posaron todos los círculos del infierno, y de inmediato negué tan horrible afirmación. Entonces lo reté a un duelo.

Sin embargo, antes del duelo, hablé con mi amada. Ella me aseguró que todo era mentira, y en sus ojos vi una verdad profunda. ¿Cómo mi mejor amigo deshonoraba a la más pura dama? Entonces para mí fue todo más claro cuando ella me comentó sobre un incidente, donde él había intentado cortejarla. Al negarse ella, Miguel intentó dañar su reputación, a tal punto de pensar que al herir mi ego lograría romper mi compromiso.

Hablé una última vez con Miguel, y él me afirmó que todo lo ocurrido de ese incidente había sido tergiversado. Fue ella quien se le insinuó, y él, derrotado por la belleza de mi dama, no había podido resistir. Entonces, sintiéndose desleal, me había hablado sobre el asunto, y así asumir finalmente su pecado.

He aquí las dos caras de la moneda. Mi amada tenía que mentirme para no dañar su imagen y seguir siendo una dama reconocida y bien comprometida. Mi amigo tenía que mentirme porque estaba enamorado de mi amada, y no resistía los celos del compromiso, a tal punto de morir defendiendo sus mentiras y por fin descansar en paz al amparo de la tierra y el musgo.

El duelo se llevó a cabo cuando el alba despuntaba el horizonte con brillos dorados. La niebla parecía polvo de oro y los abedules espectadores pacientes de cabelleras verdes. Cada uno tomó su espada y nos dispusimos a iniciar la contienda. Blandí la espada contra el viento para medir mi velocidad y mi fuerza, pero también para intimidar; y funcionó, pues el rostro de Miguel palideció de inmediato. Era bien sabido por todos que yo era mejor espadachín que él.

Ahora bien, había un testigo por cada persona; mi tío en mi caso. También estaba mi amada y un juez. Cuando el juez dejó caer el pañuelo me abalancé con fuerza hacia Miguel. Blandí mi espada y lo herí en el brazo. Él soltó la espada y de inmediato el juez interfirió para que Miguel recogiera su arma.

En ese momento sentí algo de melancolía, pues recordé cuando él y yo íbamos a lomo de caballo, cabalgando a horcajadas, cazando zorros y liebres. Y recordé cuando él me salvó de morir ahogado en un pequeño estanque azul de agua fría. Y cuando me ayudó a batirme con unos ladrones por las callejuelas de la Candelaria. Incluso cuando me presentó a la mujer por la que ahora luchábamos. ¿Qué estaba haciendo? He ahí el hombre que me enseñó a amarrarme las botas y me enseñó a disparar un mosquete. ¿Por qué su corazón lo había llevado a batirse conmigo?

Él, cabizbajo y con el corazón acelerado, levantó de nuevo la espada y asintió al juez para que reanudara la batalla. Pero ni él ni yo avanzamos de inmediato. Nos reflejamos la mirada y ambos recordamos gratos momentos. Su herida sangraba, y sé que le dolía, pero él no inmutaba sentimiento alguno. Parecía que sencillamente quería morir.

Entonces vi a mi dama, con el rostro ceniciento y preocupado, y de nuevo un fuego interno hizo estremecer mi sangre. Blandí mi espada tres veces, y las tres veces tajé su carne. Así le di muerte a mi mejor amigo.

Sin embargo, Miguel no cayó de inmediato, pues era fuerte, y podría jurar que antes de que su fortaleza lo abandonara del todo, y antes de desplomarse en el suelo, él, sin levantar la mirada, me señaló a mi amada.

Así, antes de que el juez diera la orden de detenerme, (pues fui tan rápido que ni el juez se dio cuenta que Miguel ya estaba muerto), y antes de que todos se dieran cuenta de mis habilidades de esgrima, volteé a mirar a mi amada, y vi su rostro bajo la sombra de su abanico, sus rojos labios susurrando impúdicas frases al oído de mi tío, y su mano lanzándole una que otra sucia caricia.

VOCES DE LA ABUELA

Ya para final de año era común que Giovanni orinara la cama a causa de las pesadillas. Sus padres lo castigaban con más frecuencia por este hecho, encerrándolo en el viejo cuarto de la abuela, sin juguetes ni entretenimientos electrónicos. El niño de diez años permanecía en el cuarto por varias horas, siempre durante la noche, y al salir de allí lo hacía cabizbajo y en silencio, temblando y pálido del miedo. Del castigo a la cama y de la cama a las pesadillas, y de las pesadillas al castigo de nuevo por la incontinencia causada por el miedo. Todo se estaba volviendo un círculo sin fin, como una serpiente que se traga su propia cola.

Francesca y Rocco, sus padres, ya se preocupaban por el comportamiento del niño. A menudo intentaban conversar con él, pero Giovanni nada les contaba. Al único que le hablaba de lo sucedido era a su hermano mayor, a Luciano, de quince años.

-Siempre que me encierran escucho la voz de la abuela, aunque no entiendo lo que dice -le decía el niño a su hermano.

-La abuela está muerta Giovanni -respondía Luciano, que inmaduro, veía la oportunidad perfecta de asustar a su hermano, llevado por una malicia fraternal común entre los hermanos mayores-. Debe ser su fantasma -añadía con malicia.

El sólo pensar en el fantasma de la abuela era una tortura para Giovanni, que se la imaginaba con los ojos blancos y la piel azulada, tal y como la vio en el funeral. Y se imaginó susurrándole al oído, desprendiendo ese horrible olor a tabaco y a halitosis. Y tocándolo con esas manos arrugadas y frágiles, mientras la oscuridad del cuarto se cerraba sobre él para no dejarlo escapar. El niño no tenía buenos recuerdos de la abuela, y el pensar que su fantasma le hablaba lo hacía temer, y lo hacía orinar la cama para, posteriormente, ser de nuevo castigado por Francesca.

Pero lo que Giovanni desconocía era que todo era una pequeña broma de Luciano, que simplemente ponía una grabación de la voz de la abuela. Antes de que Giovanni fuera castigado, Luciano entraba al cuarto y ponía una pequeña grabadora que podía manejar remotamente, y simplemente ralentizaba la reproducción para que la voz sonara tenebrosa. Una broma inocente y divertida para el adolescente, que simplemente pensaba que, si era descubierto, sería castigado y de pronto recibiría una cachetada de su madre, pero nada más.

Sin embargo, ya iniciando el año, Giovanni fue de nuevo encerrado en el cuarto de la abuela. Luciano se fue a su cuarto y empezó a reproducir la grabación. Pero en un descuido subió súbitamente el volumen. La voz de la abuela fue escuchada fuera de la habitación, al mismo tiempo que el niño gritó aterrorizado. El grito de Giovanni fue tan fuerte que Francesca se apresuró a abrir la puerta. Allí escuchó la grabación a todo volumen, proveniente de debajo de la cama, y al niño con el rostro pálido, deformado en una mueca de pánico. Sus ojos estaban muy abiertos, al igual que su boca. Sus manos sobre el pecho, intentando aguantar el dolor, y sus pantalones sucios. Luciano también corrió al cuarto de la abuela. Allí vio a su madre llamando al niño a gritos, así que supo que lo castigarían; pero al acercarse más se dio cuenta que la situación era mucho más grave, pues vio a su hermano

rígido e inmóvil en el suelo, mientras esa maldita grabación seguía hablando incoherencias, pues la abuela ya estaba senil para ese momento. El adolescente había matado a su pequeño hermano del susto.

CADA MINUTO A SU LADO

Tomado del diario de Dante Riccardo:

3 de marzo:

Decidí empezar a escribir este diario porque hace dos semanas mi vida cambió; es más preciso decir que se vino abajo. Para poner todo en contexto primero tengo que describir mi vida, lo que puede ser un tanto aburrido al inicio, pero es preciso.

Soy ingeniero, trabajo en una empresa de inteligencia artificial y tengo un buen sueldo. No seré modesto, por lo que es preciso decir que no soy tonto; es más, mis títulos no caben en una sola pared. Y creo que esa inteligencia fue lo que enamoró a Valentina, mi amada. Creo que fue la inteligencia, porque físicamente no soy muy atractivo, no soy muy alto y no tengo muchos músculos. Soy «normal» físicamente. Compré un apartamento el año pasado y ahora vivo con ella. No estamos casados, pero igual nos consideramos marido y mujer.

Ella es hermosa, aunque en verdad no lo es tanto. A mis ojos es perfecta por sus imperfecciones. No parece una modelo, pero su piel blanca me parece de porcelana. Su cabello negro, aun acabada de levantar, me parece que brilla con la luz del amanecer, y odio cuando menciona que quiere cortárselo o tinturarlo. Sus dientes son blancos, sus ojos mieles y hermosos, como soles puestos en una estatua de mármol. Sus labios son rojos, su nariz respingada y tiene pequeñas pecas bajo los ojos, imperceptibles desde lejos. Sus manos son delicadas y su voz me arrulla, me calma, me enamora. Es delgada, aunque ella se queja de algunos «gorditos» que yo no veo, y no le gustan sus estrías, aunque a mí no me importan en realidad.

Así la describo yo, que estoy enamorado de ella; pero puede fácilmente pasar por la calle desapercibida. Incluso, puedo asegurar que al mostrar su foto las personas no ven a quien yo veo; pero no me importa, porque debe gustarme a mí (aunque me alegra que por lo menos no la tilden de fea, pues, aunque no sea una reina de belleza, gusta a las personas).

Ahora bien, la conocí por una amiga en común. Al principio me pareció atractiva, pero no como para rogarle. Sin embargo, apenas empecé a hablar con ella quedé encantado. Es inteligente, muy inteligente, y no me refiero a saber de física cuántica o matemática aplicada, me refiero al gusto por aprender, a su forma de hablar, a su evidente astucia al tratar bien a las demás personas, halagándolas y haciéndolas sentir importantes, incluso alegres. Me preguntó sobre mi trabajo, que en verdad es aburrido para la gran mayoría de las personas; pero ella me preguntó con genuino interés sobre temas relativamente específicos. Ese mismo día me dio su número, y desde allí empezamos a chatear todos los días.

La verdad no estaba convencido en involucrarme con ella, pues me gustaba mi soledad; pero una vez enfermó y ella llegó a mi casa con unas simples aspirinas, y eso bastó para quedar completamente enamorado de ella. Tengo que aclarar que, para ese entonces, ella vivía al otro lado de la ciudad, casi dos horas en un bus. Ella hizo ese viaje, estuvo conmigo

sólo dos horas, meciéndome el cabello y «cuchareándome» una sopa de microondas. Ella se demoró más tiempo en los buses que en mi casa. Eso me convenció que no encontraría otra mujer así. Y, después de algunas salidas más empezamos una relación, hasta finalmente terminar viviendo juntos.

Hemos estado viviendo durante seis meses. Ella trabaja en la parte contable. Tiene un buen sueldo, lo suficientemente bueno para sus gastos, pues yo prometí encargarme de todos los gastos de la casa. Y, aun trabajando, ella, todavía enamorada, llega casi todos los días a hacer la comida y dejar los almuerzos listos para el día siguiente. Y siempre se levanta antes que yo para hacerme el desayuno. Ella cocina delicioso. Además, mi ropa siempre ha estado impecable gracias a ella. Mi ínfima ayuda es lavar los platos; pero ella no se queja, por el contrario, parece feliz de hacer los quehaceres. Esto es porque de pronto siente que yo los hago mal... y si yo barro y trapeo ella vuelve a hacerlo porque no le gustó como yo lo hice. Así que, en vez de ayudar, ayudo más sin ayudarla. Son temas personales de pareja que me hacen sonreír, y me hacen seguir adelante. Durante estos seis meses ha sido la mujer perfecta, y creo que he de pagarle de alguna manera.

Ya aclaradas nuestras vidas, puedo empezar a contar el motivo por el cual empecé este diario. Hace aproximadamente dos semanas, Valentina sufrió de una fiebre alta. Inicialmente ambos pensamos que era un simple resfrío y una fiebre inofensiva. Ella estuvo en cama todo el fin de semana y yo me dediqué a darle algunas pastas para dormir y a comprar comida para que ella descansara. Incluso aprendí a hacer aguapanela con limón, (nunca había hecho), pues creí que a ella le sentaría bien (era lo que me daban de niño cuando enfermaba).

Pasó el sábado y el domingo, y ella pareció tener una leve mejoría. El lunes fue a trabajar, pero me llamó a mediodía a decirme que iba al médico, pues aún se sentía un poco mal. Al llegar esa noche me contó que el médico simplemente le había recetado algunas pastillas y le había dado una incapacidad para que descansara. Así que se acostó. Yo fui a prepararle su aguapanela con limón, y cuando volví ella me miró cansada y con el cabello empapado por el sudor.

-Gracias, amor -dijo.

-No te preocupes, mejor descansa -le dije.

Pero entonces ella miró sobre mí y añadió: -Pero me da pena dormir frente a la señora.

Yo simplemente no entendí en el momento. -¿Cuál señora? -pregunté.

-La señora que está detrás de ti -respondió Valentina.

Yo miré toda la habitación, pero no había nadie. -Amor, estamos solos los dos -dije.

Pero ella meneó la cabeza. -No, amor, esa señora que está de pie detrás de ti. La de vestido azul -insistió con tanta vehemencia que incluso me asusté. Pero entonces pensé que quizás era una alucinación a causa de la fiebre (aunque yo nunca tuve alucinaciones).

Así que le dije: -No te preocupes, mi vida, yo le digo a la señora que se retire.

-Si, por favor. Es que parece molesta conmigo -dijo.

Le toqué entonces la frente y me di cuenta de que estaba ardiendo. Así que le di un beso en la cabeza y la arropé. -Descansa -le dije, y me apresuré a preparar todo para el día siguiente. Pedí pizza para llevar de almuerzo y dejarle a ella. Tuve que aprender esa noche a planchar una camisa, y supe lo tedioso que es hacerlo, de hecho, lo hice muy mal; pero si mantenía el saco puesto nadie lo notaría en la oficina. Pero mientras lo hacía escuché un grito

espeluznante, un grito de terror proveniente del cuarto. Subí de inmediato y vi que Valentina gritaba como si hubiera visto un fantasma. Ya eran casi las diez de la noche, por lo que me preocupó que los vecinos escucharan y pensarán lo peor.

-¡Amor, cálmate! -le pedía mientras la abrazaba.

Pero ella parecía no entender lo que decía. Simplemente gritaba con toda la fuerza de sus pulmones, mientras todo su cuerpo temblaba. Yo empecé a impacientarme, y debo admitir que más por el bienestar de los vecinos que por la salud de ella.

-¡Valentina, por favor, no grites más! -exclamé mientras la seguía abrazando.

Ella parecía estar sorda. Así que, incapaz de callarla, simplemente le tapé la boca. Pensé que me iba a morder, pero sólo insistió un poco, se sacudió sin fuerzas y finalmente dejó de gritar. Yo, sin preguntarle nada, empecé a mecerle el cabello negro, hasta que quedó dormida. En ese momento pensé que las alucinaciones eran las culpables, y pensé en llevarla por urgencias; pero debo ser sincero, me dio física pereza. Sólo pensé en que tenía que trabajar mañana, que tenía que levantarme más temprano para hacer el desayuno de ambos. Incluso, me justifiqué pensando que no era una urgencia y que simplemente le darían unos medicamentos. Finalmente acabé de planchar la camisa y me acosté a dormir al lado de Valentina.

A eso de las dos de la mañana quedé sentado al escuchar de nuevo el grito de mi amada. Los alaridos rebotaban por todo el apartamento. No puedo negar la molestia que me dio, pues deseaba dormir bien para rendir en el trabajo.

-¡Valentina! -exclamé furioso.

Pero, igual que en el ataque anterior, ella no me escuchó. Estaba exhorta en su mundo de terror. Así que volví a abrazarla. La sentí muy caliente a causa de la fiebre. Entonces empecé de nuevo a mecerle el cabello, mientras le susurraba que se tranquilizara. Ella se calmó entonces, y finalmente pudo conciliar el sueño. Yo me quedé despierto un poco más, mirando el reloj de pared, incómodo y molesto por no poder dormir bien. Pero entonces miré el rostro de Valentina y caí en cuenta que estaba sufriendo. Así que le besé la frente, avergonzado conmigo mismo, y le acaricié la mejilla.

-Mañana vamos al médico -dije a su oído.

Y ella entonces pareció entenderme, y asintió, calmada, incluso sonriente.

Al día siguiente me levanté con mucha pereza, pues la noche no había sido placentera. Hice el desayuno entredormido y le llevé el desayuno a Valentina. Ella parecía de mejor semblante, pues se sentó y se sobó los ojos, despeinada, pero tranquila.

-Amor, discúlpame por lo de ayer. La verdad no sé qué me pasó. Simplemente me dio pánico y tuve la necesidad de gritar. Lo siento -dijo mientras miraba el desayuno con profundidad-, gracias por lidiarme -añadió.

Al escuchar esto olvidé toda incomodidad. -No te preocupes -dije aliviado-. Hoy vamos al médico apenas vuelva del trabajo.

Y ella asintió.

El día fue normal en el trabajo. Y cuando llegué a la casa efectivamente fuimos al médico. Como fuimos por urgencias, y no era una urgencia, nos tuvieron esperando tres horas en la sala. El aburrimiento me ganaba a veces, pero al verla allí, sentada cabizbaja, ensimismada y un poco deprimida, olvidaba el aburrimiento y, en vez, la tomaba de la mano y le daba un beso. Cuando finalmente nos atendieron, simplemente nos dieron unos somníferos para que

pudiera conciliar el sueño. Lastimosamente la cita con el especialista fue agendada para una semana después.

Pero en verdad de nada han servido esas drogas. Durante la última semana Valentina ha tenido tres ataques. En el último escuché golpes en la pared proveniente de los vecinos. Incluso ya me llegó una citación de la administración del conjunto pidiéndome que no hiciera ruidos a altas horas de la madrugada. Cuando recibí la notificación me sentí avergonzado, y llegué a la casa con la firme intención de recriminar a Valentina; pero mientras caminaba hasta la casa suspiré y pensé con más calma. «Ella no tiene la culpa, y aunque me molesta la situación, es temporal, mientras la ve el especialista», me dije. Entonces abrí la puerta y la vi, hermosa pero notablemente cansada. Tenía el rostro agachado y colorado, pero no por la fiebre, sino por la vergüenza.

-¿Te dijeron sobre la notificación? -preguntó.

Y yo asentí. -Si, me la acaban de dar -dije.

Ella crispó las manos y tomó con fuerza la parte baja de su blusa, como una niña pequeña esperando un regaño. Esta reacción me causó un vacío en el estómago. Incluso se me complicó la respiración. Así que me acerqué a ella y la abracé.

-No te preocupes. Sé que no es tu culpa. Tengamos paciencia -le dije.

Entonces ella recostó su cabeza en mi hombro y se le salieron las lágrimas de los ojos. - Estoy apenada con los vecinos, con el administrador del conjunto, y contigo -dijo.

Yo simplemente le acaricié la cabeza mientras la abrazaba con fuerza. -Tranquila. En unos días tendremos la cita con el especialista. Además, no es muy grave. Lo peor que pensarán es que yo te maltrato o... que la pasamos muy bien...

Ella entonces soltó una risa. -Si, tienes razón -dijo mientras se secaba las lágrimas de las mejillas.

Y yo añadí: -Son sólo gritos. Es más importante tu salud-. Aunque la verdad sí me preocupaba mucho la situación con los vecinos.

Mañana tendremos la cita con el especialista. Espero que todo salga bien, pues la verdad cada ataque de Valentina me roba la tranquilidad, y la tranquilidad es la felicidad.

4 de marzo:

He confiado siempre en los médicos, pero el especialista parecía un poco desconcertado. Me dio la impresión de que no entendía cuando Valentina simplemente le decía: «Me da pánico y me dan unas ganas incontenibles de gritar, y aunque estoy consciente que estoy gritando no puedo detenerme». El médico simplemente le recetó algunas drogas. Le contamos que los somníferos no habían funcionado, así que él recetó otros más potentes. Llegamos a la casa esperanzados que todo había terminado. Incluso fue ella quien hizo la comida. Me sentí feliz.

5 de marzo:

Recibí una llamada de un número desconocido. Apenas contesté supe que algo estaba mal con Valentina. Era una compañera de trabajo de ella, y decía que era necesario que fuera de inmediato a su oficina. Pregunté si estaba bien y ella me dijo que sí, pero que se

comportaba extraño. Pensé que era un nuevo ataque, así que tuve que pedirle permiso a mi jefe. Él aceptó sin problema, con el compromiso que no debía dejar atrasar el trabajo.

Salí apresurado, y como no tengo auto, tomé un taxi con el dinero de mi almuerzo, (la llamada fue antes de mediodía), y me fui para la oficina de Valentina. Apenas llegué me recibió una jovencita.

-Menos mal llegaste. Ella no se siente bien. Se encerró hace rato en el baño -dijo.

-¿Está bien? -pregunté.

Y ella, llevándome por un pasillo, asintió. -No es grave, pero no es normal -dijo mientras tocaba la puerta de un baño-. Valentina, ya llegó tu novio -dijo.

Al principio no hubo respuesta.

-Valentina -dije pegado a la puerta.

Entonces ella salió, cabizbaja. La miré asombrado, y sentí una mezcla de rabia con tristeza. Ella se había cortado la mitad del cabello negro, ese cabello negro y brillante que identificaba desde el otro lado de la calle. No se había rapado, pero se había cortado la parte izquierda del cabello hasta la altura del cuello. Lo que me decía su compañera era verdad: No era grave, era sólo cabello; pero no era normal.

Apreté los dientes mientras sentía la mirada inquisidora de todos los de la oficina en mi espalda, y entonces suspiré, pues ella ni siquiera levantaba la mirada para verme a los ojos. Estaba pálida y asustada. Lo supe porque temblaba.

Entonces la rabia se fue de repente, la abracé y le dije: -No te preocupes amor, todo está bien. Vamos y que te hagan un corte bonito.

Y ella, sin mirarme a la cara, asintió y salió conmigo de la oficina.

Una de las compañeras me dio su bolso, pues se me había olvidado por completo, y dijo: -No te preocupes. La jefe me dijo que se tomara una licencia de dos días. La idea es que se mejore.

Yo le sonreí a la joven y asentí. -Muchas gracias -dije, y tomé otro taxi para llevarla a la casa. Tuve que pedirle al taxista que le rebajara a la tarifa porque la verdad no había llevado efectivo conmigo. El taxista, al ver el estado ensimismado de Valentina, no puso problema. Apenas entramos me apresuré a acostarla en la cama.

-Voy a mirar qué hay de comer. Ninguno de los dos ha almorzado y la verdad tengo hambre -le dije.

Ella meneó la cabeza entonces, y dijo: -No te preocupes por mí, no tengo hambre.

-¿Quieres algo de tomar?

Y ella volvió a menear la cabeza. -Me siento como una idiota -dijo cabizbaja.

De inmediato me senté a su lado. -¿Tomaste las pastillas? -pregunté mientras le tomaba la mano temblorosa.

Ella asintió. -No sé qué me pasa. De repente sentí que el cabello no era parte de mi cuerpo. Que me incomodaba, y no pude contenerme. Simplemente me sentí obligada a cortármelo. Ni siquiera quiero verme en el espejo. Debo parecer una loca... aunque creo que en verdad me estoy volviendo loca -dijo con una amargura profunda.

Yo le tomé la otra mano con fuerza y me puse frente a ella para que viera mi cara. -¡No estás loca! -exclamé mirándola fijamente.

Ella abrió los ojos, sorprendida.

-Vas a estar bien. Vamos a estar bien. Esperemos que esa droga surta efecto. Por ahora descansa estos dos días. Llama a tu madre para que venga por el día y yo te cuido por la noche -dije. Entonces la abracé.

-Sé cuánto te gustaba mi cabello -dijo cabizbaja.

-El cabello volverá a crecer, pero mis instantes contigo son únicos -respondí desde el fondo de mi corazón.

Ella entonces me abrazó con fuerza, como si no quisiera que me fuera de su lado.

Bajé e hice arroz con huevo. La verdad tenía pereza de cocinar, y como Valentina no tenía mucha hambre no me fui de exigente con la cena. En este momento me preparo para irme a dormir. Mañana tengo el doble de trabajo por la licencia que pedí hoy. Pensar en eso me desconcierta, pero ahora que veo a Valentina durmiendo profundamente, con la respiración constante y las pestañas largas unidas, me doy cuenta de que tengo que aguantar más. Ella merece que aguante más.

6 de marzo:

El día en la oficina estuvo muy movido, pues tenía mucho trabajo acumulado. Incluso tuve que quedarme una hora más porque no alcancé a terminar todo a tiempo. Cuando llegué a la casa vi que mi suegra le cortaba el cabello a Valentina. Me extrañé, pues normalmente vamos a un salón de belleza cercano. Cuando acabaron, cenamos (pues mi suegra había hecho la comida) y Valentina se tomó la droga para irse a dormir.

Cuando ella estuvo dormida, su madre me contó lo sucedido: Apenas llegaron al salón de belleza, Valentina se orinó en los pantalones, al parecer asustada por algo. Ella le contó a su madre que vio un fantasma horripilante apenas entró al salón de belleza. El fantasma hedía e irradiaba un aura roja (una alucinación). Sólo su madre se dio cuenta del accidente, así que de inmediato salieron y volvieron a la casa. Lavaron los pantalones y se dispusieron a arreglar su cabello. Mi reacción inicial fue de alivio al saber que nadie la había visto, pues en verdad me sentiría apenado al volver a ese salón de belleza; pero después de pensarlo un poco más, mi tranquilidad se volvió preocupación, pues era algo grave. Al parecer las drogas no estaban haciendo efecto, y, por el contrario, el comportamiento de Valentina estaba empeorando.

Mañana su madre volverá para cuidarla mientras yo no esté. La visita de mi suegra en verdad me dio un poco de alivio, pues me ayudó con la ropa y con la cena. Al menos hoy puedo acostarme temprano y descansar un poco. Estos días han sido agotadores. Pienso volver a pedir cita con el médico, aunque eso implique estar una hora en el teléfono con la oreja roja y escuchando música de fondo. Espero volver a la normalidad pronto.

7 de marzo:

Fue un día maravilloso. Valentina se levantó antes que yo y me hizo el desayuno. Estaba radiante. Su rostro brillaba y esbozaba una risa alegre. Sus ojos mieles brillaban y su sonrisa curvaba sus labios rosados. Me fui muy feliz al trabajo, pues el verla animada influye en mi estado de ánimo. La llamé varias veces desde la oficina. Ella siempre me contestó contenta, diciéndome que se sentía mejor. Al parecer finalmente las drogas recetadas empezaban a hacer efecto.

Cuando llegué por la noche ella ya tenía la cena lista. Comimos y conversamos mucho sobre la situación actual.

-En verdad me hace feliz que estés conmigo -dijo mientras me tomaba de la mano.

Yo sonreí entonces. -Lo importante es que te mejores, que te sientas bien -dije-. Recuerda que la relación es recíproca, y si yo te hago feliz entonces tú me haces feliz. Me alegra tenerte de vuelta.

A ella se le iluminaron los ojos al escucharme. Entonces me dio un beso y me abrazó.

Hoy fue un buen día. Si los días siguen igual probablemente ya no sea necesario seguir con este diario.

10 de marzo:

Mis ilusiones se vinieron abajo. Fue un fin de semana terrible. Incluso la policía estuvo acá en la casa a causa de los gritos de Valentina durante el ataque del viernes. Los vecinos, pensando en un posible caso de maltrato, llamaron a las autoridades. Apenas abrí me sentí apenado y furioso. Tuve que explicarles la situación. Ambos policías entendieron apenas vieron cómo Valentina temblaba y gritaba sin motivo aparente. Incluso pedimos una ambulancia y fuimos al hospital. Pero cuando ya estábamos en la sala de urgencias ella se calmó, por lo cual tuvimos que devolvemos sin que nos atendieran. Sentí cómo todos los de la sala nos miraban. Apenas pude cubrir mi cara mientras abrazaba a Valentina y salíamos del hospital.

Apenas llegamos a la casa en verdad estaba molesto. Ella sólo callaba. Pensé en reclamarle, en decirle que estaba cansado de estas escenas vergonzosas. Incluso pensé en llevarla a casa de mi suegra y descansar finalmente. Pero opté por simplemente quedarme callado. Ninguno habló por el resto de ese viernes. Simplemente nos acostamos a dormir. La verdad estaba tan cansado que me dormí apenas puse la cabeza sobre la almohada.

El sábado, cansado como estaba, me levantó el hambre. Ahora que lo pienso, ella también debía tener hambre, pero creo que por la pena no me dijo nada. Me levanté, ya más tranquilo, y le hice el desayuno. Ya me estaba volviendo experto en hacer huevos y café. Antes de la fiebre de Valentina ella lo hacía todo. La verdad yo poco cocinaba, pero ahora sabía incluso cuánta sal le gustaba a ella. Desayunamos en silencio. A la hora del almuerzo pedí pollo apanado para que me sirviera tanto de almuerzo como de comida. La verdad no quería cocinar y Valentina no estaba en facultades para hacerlo. Intenté hablar con ella poco después, pero ella respondía de manera monosílaba. Ni siquiera se bañó, creo que llevada por una depresión derivada del ataque del viernes. Aunque no gritó ni tuvo alucinaciones, fue un sábado triste.

Ayer, un poco más descansado, tuve que planchar y lavar. Llamé a mi madre y miré en internet cómo funcionaba la lavadora, pues nunca había lavado. Se me olvidó echar el jabón en polvo, por lo que tuve que esperar un ciclo para volver a lavar. Me sentí un idiota, (aunque fuera un ingeniero), y después extendí la ropa. Me di cuenta el gran trabajo que llevaba hacer todo. Entonces entendí a Valentina. Cuando ya llevaba la mitad de la ropa extendida, empecé a escuchar los gritos de ella en el tercer piso. Entonces suspiré, cansado de todo, y dejando la ropa me apresuré hacia la habitación. Allí la encontré de nuevo gritando sin cesar, con los ojos cerrados y prácticamente arrancándose el cabello, como

quien no quiere hacer algo, pero igual no puede evitarlo. Así que me apresuré a tomarla de las manos, y al ver el desespero y la angustia en sus ojos, no pude hacer más que empezarle a mecer el cabello y darle besos en la cabeza para calmarla. Y esto funcionó, pues casi de inmediato dejó de gritar. Apoyó su cabeza en mi pecho, y allí se quedó por un tiempo hasta que se quedó dormida. Poco después bajé y extendí el resto de la ropa, mientras aún tenía la imagen de su pálido rostro en mi mente. En verdad se veía afligida, por lo que sentí un gran vacío en mi pecho, como quien quiere llorar. Incluso se me complicó la respiración, pero simplemente respiré con profundidad y seguí con los quehaceres.

12 de marzo:

-¿Quién es esa perra?! -exclamó Valentina furiosa apenas llegué a la casa de la oficina. Yo estaba cansado, y la verdad no quería discutir. Sólo quería comer algo y acostarme a dormir. -¿Cuál? -pregunté resignado.

-La rubia que vi en el primer piso. ¿Es su moza? -preguntó.

-¿Cuál rubia? ¿De qué me habla? No hay nadie -dije molesto. No quería en verdad continuar con la situación.

-No me engaña. Hasta acá huelo su perfume barato. ¿O acaso me cree loca?

Entonces pensé en responderle: «Sí, creo que está loca y ya no quiero seguir con esto». Pero me contuve. No sería digna de mí una respuesta semejante. Así que dije: -No hay ninguna mujer abajo. Si quieres vamos y revisamos.

-Ya se debe haber ido. Pero yo me di cuenta. La escuché hablar -insistió. Sus ojos echaban llamas, y su rostro pálido mostraba mucha molestia. En verdad estaba celosa.

Yo miré hacia arriba por acto reflejo, hice una mueca y finalmente dije: -No hay nadie. No sé de qué me hablas, y no voy a discutir más; pero debes saber que te amo y eres la única mujer que me importa. Y te seguiré acompañando en esta situación. No necesito otra mujer.

Ella intentó seguir la discusión, pero simplemente no pudo. Así que se volteó en la cama mientras yo me acostaba. Se me había quitado el hambre, así que me acosté a dormir. Supuse que ella había tenido una nueva alucinación producida por la fiebre, que pude notar que estaba alta.

13 de marzo:

Valentina me mencionó de nuevo la rubia que creyó haber visto el día de ayer. Aunque inicialmente estaba molesta, finalmente pude convencerla de que todo era causa de la enfermedad. Estuve en el teléfono con ella casi dos horas desde la oficina. El detalle de sus alucinaciones era sorprendente, pues parecía no solo verlas, sino que las oía, las olía y las sentía. El jefe finalmente me llamó la atención después de la llamada, y con justa razón. Estuve aburrido el resto del día en la oficina a causa del llamado de atención y de la situación en la casa. Debo ser sincero: Apenas salí de la oficina no quise volver a la casa. Mentalmente me estoy cansando. Sin embargo, tomé un bus lleno de gente y llegué a mi hogar. Valentina no me mencionó nada de la mujer rubia, pero vi que ni siquiera se había bañado. Ya empezaba a oler mal. No estaba maquillada y el pelo era una maraña. Ya llevaba varios días sin bañarse.

Aun así, llegué y le di un beso en la cabeza, le preparé la comida y le di unos chocolates que había comprado camino a casa y que sé que a ella le gustan. Apenas vio los chocolates

vi un rayo blanco en sus ojos mieles, como si de repente tomara conciencia. Un atisbo de felicidad iluminó su rostro. Entonces me miró y sonrió, incapaz de hablar. Los comió emocionada, mientras algunas lágrimas salían de sus ojos. Yo también sonreí y la abracé. -Saldremos de esta -le dije, aunque lo dije más por convencerme a mí mismo. Ella me devolvió el abrazo y dijo con voz quebrada: -Espero que sí. Estoy cansada de estar loca.

Esto me rompió el corazón, y me dio más bríos para seguir apoyándola. No puedo dejarla sola en este momento. Me sería más fácil dejarla sola si estuviera en todas sus facultades; pero en este momento no puedo, aunque en verdad sea una prueba difícil de superar.

16 de marzo:

Esta semana mis suegros decidieron ayudarme con Valentina llevándosela a la casa. En verdad todos estábamos preocupados porque ella quedaba sola todo el día. En su trabajo tuvimos que pedir vacaciones adelantadas, y yo no puedo pedir aún vacaciones porque las pedí para la semana santa (la tercera semana de abril para este año). Antes de su primer ataque compré dos pasajes a Cancún para esa fecha. Espero que ella ya esté bien para el viaje.

Hoy me levanté muy temprano (aunque me hubiera gustado dormir más y descansar), y fuimos al médico. Llevé este diario para explicarle al doctor sobre los ataques. Le envié más medicamentos al ver que las primeras fórmulas no le servían. Espero que estas le sirvan. Este fin de semana yo voy a cuidar de ella, pero el lunes sus padres vuelven y se la llevan. Es lo mejor. Además, para mí también es un respiro, pues es agotador tener que cuidar a alguien enfermo y además cumplir con el hogar y el trabajo. Cuando vivía con mis padres en verdad mis quehaceres eran pocos, y cuando Valentina estaba sana no cambiaron mucho mis obligaciones; pero ahora hasta tenía que aprender a cocinar. Fue tal el cambio, que antes ni siquiera sabía encender la estufa; y ahora estaba aprendiendo a hacer pasta, que es lo que a ella más le gusta. Este fin de semana voy a aprender a preparar *spaghetti* para que ella esté un poco feliz. La enfermedad la ha llevado a deprimirse, por lo cual una enfermedad está naciendo de otra, y, según el médico, todo esto puede agravarse.

22 de marzo:

Hoy fui a casa de mis suegros por Valentina. Fui en bus hasta el otro lado de la ciudad y la traje en taxi. Mi mal humor ya empieza a notarse, pues siento más obligaciones. Aun así, nada digo y sigo resignado a cuidar a mi amor. Pero mis suegros ya se dieron cuenta de mi cansancio y mi disgusto. Me preguntaron si quería que ella se quedara con ellos; pero no, pues, aunque a veces no me sienta conforme, es mi mujer, es mi responsabilidad; no de ellos (aunque sea su hija). Mientras yo pueda cuidarla los fines de semana lo haré. No pienso botar a la basura todos los momentos maravillosos que ella me regaló, y creo que son esos momentos los que me apegan a ella.

Mientras iba en el taxi, y la veía cabizbaja y callada, suspiraba y pensaba en los momentos felices, cuando era ella quien me servía la comida, como me cuidaba cuando tenía fiebre, como me apoyaba cuando tenía algún pasatiempo o emprendimiento, como me impulsaba

cuando me veía derrotado. Quizás lo que yo estaba haciendo era agradecerle, pues muy probablemente si ella no fuera ella, ya hubiera desistido de esta empresa y simplemente les hubiera delegado la responsabilidad a sus padres.

Apenas llegamos a la casa la sentí inquieta. Balbuceó algo sobre algunas mujeres que ella pensó habían estado en la casa (lo cual no era cierto), y se puso un poco molesta; pero por lo menos no gritó ni tuvo algún ataque. Simplemente la dejé hablar hasta que finalmente se desahogó, se cansó y se fue a dormir, no antes de comer pan con chocolate que le había preparado. Lo tomé como una escena de celos causada por su depresión y su enfermedad. Puede ser una alucinación o, de pronto, una inseguridad causada por su estado actual. Espero que mañana sea un mejor día.

25 de marzo:

Hoy es lunes festivo. Todo el fin de semana estuve con Valentina, intentando que la situación actual fuera más llevadera. Pero siento que ella está cada vez más distanciada de mí. Me gritó varias veces que no me amaba el sábado pasado, mientras me increpaba sobre dos supuestas mujeres que habían estado en la casa cuando ella estaba con sus padres. Además, cuando intenté hacer que se bañara se puso furiosa, diciéndome que ella no era un animal y que sencillamente no quería bañarse. Su fiebre estuvo alta el sábado y el domingo, pero hoy ya bajó un poco. Intentamos ver una película y se quedó dormida en mi regazo, mientras yo simplemente la peinaba. Fue un momento de descanso y alegría para mí. El pensar que mañana tengo que ir por más medicamento después del trabajo me da pereza, pero el recordarla dormida en mi pecho me motiva. Hace poco mi suegro llegó por ella para llevarla a su casa y que ellos la cuiden entre semana. Admito que descanso un poco, pero esta situación en verdad me molesta. Me molesta estar solo en mi casa, pues es un hogar de dos. Me molesta tener que hacerme mi comida, pues, aunque la preparación es molesta, es más molesto no tener la calidez en la comida, no tener el amor de la preparación, simplemente comer por comer. Me molesta acostarme a dormir solo, pues la cama se siente fría, aunque la noche sea cálida. Toda la situación me molesta, y espero que acabe pronto.

28 de marzo:

Mañana tengo que ir por Valentina. He llamado todos los días a mis suegros para ver el estado de mi amada, pero al parecer la situación va empeorando. Tuvo dos ataques de pánico durante la semana, donde gritó y tembló, e intentó de nuevo cortarse el cabello; pero mi suegra lo evitó. Me niego a enviarla a un hospital psiquiátrico, pues tuve una experiencia similar con una tía y sé que esos sitios son más una prisión que un hospital. Así que llamé a mi madre para contarle la situación y pedirle consejo, pues siento que esto se está prolongando más de lo que quiero, y me aterra pensar que esto sea para siempre.

-¿Qué quieres hacer? -preguntó mi madre.

-No lo sé -respondí.

-¿Amas a Valentina?

-Claro que sí.

-¿Quieres que ella sane?

-Sí.

-¿Y si no sana?

Quedé petrificado al escuchar esto, y respondí: -No lo sé.

-Debes tener eso presente, pero por ahora, si lo que quieres escuchar es: «déjala», no lo voy a hacer. De hecho, creo que lo que estás haciendo es lo correcto, y debes seguirlo haciendo, por lo menos hasta que en verdad sientas que es suficiente.

Esta respuesta me dio bríos, pues me hizo saber que lo que estaba haciendo valía la pena, que estaba en lo correcto. Ése era el impulso que necesitaba en ese momento.

-¿Es suficiente o puedes aguantar más? -me preguntó mi madre finalmente.

-Puedo aguantar más. Puedo hacerlo -respondí más motivado-. Mañana iré por ella y seguiré cuidándola, hasta que finalmente el medicamento funcione. Gracias, mamá.

29 de marzo:

Los compañeros de la oficina me invitaron a salir con ellos. No es la primera vez que lo hacen, y no es la primera vez que los rechazo. Tenía que ir por Valentina a donde mis suegros, lo que implicaba ir al otro lado de la ciudad. No puedo negar la desgana, pero debía hacerlo. Incluso, quien me invitó es una compañera que me coquetea de tiempo atrás. Nunca le sería infiel a Valentina, pero sí quería tomarme una cerveza.

Cuando llegamos a la casa Valentina empezó a reclamarme.

-¿Dónde está la mujer de pelo negro del mercado? -preguntó como reproche.

Yo suspiré, pues sabía que ella estaba teniendo alucinaciones. -No hay ninguna otra mujer -respondí un poco malhumorado. Dejé de irme con los compañeros de la oficina por cuidarla. Ignoré otra mujer porque deseaba verla desde el inicio de semana; y ahora teníamos una discusión sin sentido.

-¡Deje de mentirme! -exclamó casi gritando. Temí que se pusiera a gritar como en ataques anteriores, pero no fue en esta ocasión.

-¡Ya! -finalmente grité, cansado-. No hay otra mujer. La única mujer por la que me parto la espalda y por la que me juego la vida es la que tengo al frente -añadí vehemente.

Valentina pareció entrar en razón entonces, por lo que bajó la cabeza y me abrazó. -¿Por qué no me dejas? -preguntó-. Déjame, que no mereces esta situación.

Pero yo negué con la cabeza. -No, amor, no te voy a dejar mientras me queden fuerzas -respondí.

-Estoy loca, veo cosas, grito y actúo por impulso. Me paraliza por fantasmas imaginarios y sucesos que me invento, y no tengo motivación para nada. Ya se te nota el mal humor y el cansancio. Incluso hoy no te afeitaste, y siempre lo haces. No quiero arrastrarte a mi depresión y a mi locura.

Entonces la abracé y le besé la frente, y le dije: -Yo decido hasta donde acompañarte.

Después de la conversación pareció calmarse. Hasta este momento no ha tenido un ataque.

15 de abril:

¡Adiós Cancún! ¡Maldita sea! Llegaron mis vacaciones y Valentina no mejoró. Estuve intentando cambiar la fecha del viaje, pero tenía un costo adicional, costo que prácticamente equivalía a comprar de nuevo los tiquetes. Perdí el dinero y, según veo, también mi descanso; pues estas vacaciones estaré cuidando a Valentina. Finalmente ella tuvo que renunciar al trabajo, por lo cual se doblaron mis gastos. Incluso tuve que pedir un crédito para estabilizar por ahora las finanzas. Esta situación en verdad se pone cada vez más difícil.

Durante estas últimas semanas Valentina sólo tuvo un ataque, el domingo 7. Aunque no gritó empezó a temblar incontrolablemente, y quedó paralizada como una estatua de mármol, sentada en la cama. La verdad me costó un poco calmarla, pero como fue en horas de la tarde no me pareció tan estresante. Además, ya la administración del conjunto y los vecinos conocen del tema y, la verdad, han sido muy comprensivos.

Pero, aunque no tuvo más ataques, la depresión se apoderó de ella. No se levanta de la cama ni para bañarse. Lloro mucho y debo llevarle la comida a la cama (y no come mucho). Habla muy poco y me ignora constantemente. La verdad a veces no sé qué estoy haciendo; pero por momentos le brillan los ojos al mirarme, y le sale un «gracias» y un «te amo», y entonces veo que todo vale la pena. Ya me estoy preparando mentalmente para dedicarme estos días de vacaciones a estar pendiente de mi amada. No es mi plan favorito; pero es lo mejor.

19 de abril:

¡Ha sido el peor día de mi vida! ¡Ya no puedo más! Hoy me quebré finalmente. Fui a comprar leche y huevos, pero la tienda estaba llena, por lo que me demoré un poco. Cuando llegué, desde antes de abrir la puerta sentí un olor desagradable. Apenas entré vi que las paredes estaban llenas de lo que parecía ser heces, y Valentina gateaba en el suelo cual animal. Lloraba mientras lo hacía, como arrepentida. Entonces me vio y, como un perro asustado, se apresuró a irse a un rincón y allí se quedó agazapada, tiritando, como quien espera ser apaleado.

-Si no hago esto esa bestia de seis patas que está en el segundo piso me va a matar -dijo mientras temblaba y miraba al piso-. El olor la espanta -añadió.

Las lágrimas se escaparon de mis ojos. ¡¿A qué había sido reducida la mujer de mi vida?! ¡Ahora andaba en cuatro patas como una bestia salvaje y manchaba la casa como un chiquero! Cerré la puerta y me apresuré a limpiar las paredes. La verdad poco asco me dio, aunque el sitio apestaba; pero me dominaba más la tristeza que el repudio o la ira. Limpié en muy poco tiempo las paredes y subí a Valentina al baño. Ella, cabizbaja y sin decir una sola palabra, no opuso resistencia. Le bañé el cuerpo y le cambié la ropa. La ropa sucia tuve que lavarla inmediatamente. Al mismo tiempo que trapeaba todo el suelo. Nunca imaginé estar en esta situación. Mientras hacía todo esto no podía dejar de llorar. Ya estoy cansado, y la verdad no creo poder aguantar mucho más tiempo. Probablemente mañana la llevaré a casa de sus padres y romperé con la relación. He hecho lo posible, pero el ver así a mi mujer es supremamente doloroso. Ya las fuerzas se me escaparon y la situación me ganó. No tengo muchas esperanzas con las nuevas recetas. Creo que es hora de acabar esto.

21 de abril:

Ya estoy más calmado. Ayer estuve pensando mucho la situación, y no puedo desistir. Es la mujer de mi vida, y ella me necesita. Asumí que su comportamiento fue por una alucinación; una bestia de muchas patas que la perseguía, así que no puedo renunciar ahora. La nueva receta parece funcionar, pues ni ayer ni hoy tuvo ataques, incluso no ha llorado, y hablamos sobre la situación y su actitud del viernes. Me pidió perdón y me dijo que ella era consciente de lo que hacía, pero no podía detenerse; era como si el impulso dominara la

razón. Esa conversación y el verla un poco más lúcida me ilusionan. Quizás pronto todo volverá a la normalidad.

24 de abril:

A veces me siento triste porque a mi amada no le gustan algunos platos que cocino. Pero son nimiedades. La verdad estoy muy feliz porque no haya sufrido ningún ataque últimamente. Incluso el día de hoy se levantó, se bañó y me hizo el desayuno. Sigo en vacaciones y finalmente no viajamos, pero estar a su lado sin estar preocupado por su enfermedad es más que suficiente para hacerme feliz.

30 de abril:

¡Estoy feliz! Valentina responde muy bien a los nuevos medicamentos. Duerme toda la noche sin temblar siquiera, se levanta temprano llena de energía y se apresura a bañarse y a hacer el desayuno. Su sola presencia irradia luz e ilumina toda la habitación. Sonríe con alegría y sus ojos míeles brillan. Habla animada, me abraza a menudo y me da un beso con dulzura cada que puede. Es como si de repente el infierno hubiera quedado atrás y ahora estuviera en el paraíso, recompensado por ese ángel ahora sano de cabello negro y piel blanca.

8 de junio:

Hace meses Valentina es quien se ocupa de la casa. Hablamos todo el día, sobre todo. Todas las noches me da muchos besos y me abraza como si no me quisiera dejar ir (incluso a veces me muerde, pero por una ansiedad de felicidad). Me agradece incontables veces y en ocasiones llora de felicidad. Ya estamos planeando para el próximo año de nuevo el viaje a Cancún.

Los medicamentos finalmente hicieron efecto después de dos meses en verdad complicados. Al parecer la fiebre y las alucinaciones no tenían relación, pues el tratamiento empleado es para demencia. Según el médico, la fiebre fue sólo una coincidencia, y por eso fue tan complicado el diagnóstico.

Sé que habrá días difíciles, días en los que los medicamentos se acaben y no podamos comprarlos, o que de repente ella tenga un ataque fuera de lo normal, pero no dudo que voy a estar preparado para esos momentos.

Hace poco uno de mis compañeros me preguntó si había valido la pena tantos sacrificios por ella; incluso rechazar a mi compañera de trabajo, perder un viaje y sacar un crédito bancario; y ahora que la veo en la cocina, con delantal azul, cantando y sonriendo, puedo decir con propiedad que valió oro cada minuto a su lado.



FIN

